

Selecta

Hasta
que
regresen



D.J.57

Nunila
de Mendoza

Table of Contents

[Hasta que regresen](#)

[Nota editorial](#)

[Parte uno](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Parte dos](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Parte tres](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Parte cuatro](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Parte cinco](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Nunila de Mendoza](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)

Hasta que regresen

Nunila de Mendoza

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](https://www.facebook.com/megustaleerebooks)



[@megustaleer](https://twitter.com/megustaleer)



[@megustaleer](https://www.instagram.com/megustaleer)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Nota editorial

Selección es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Perú, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la lengua española siempre está disponible para consultas.

A mis hijos

Parte uno
La nueva vida, el diario de Bonnie
y la venganza de Leonardo

Capítulo 1

—¡Marcus! ¡Tan feo como siempre! —exclamó Bonnie al entrar a la sala. Como siempre, sonriendo, besó en ambas mejillas a su cuñado.

—¡Hola, Bonnie! —respondió Marcus y, en un tono sarcástico, agregó—: Siempre tan encantadora.

—¡Trátame bien, Holms!, es mi cumpleaños.

—¡Julian! —Se acercó a su otro cuñado—. ¿Por qué llegas tarde?, ¿tus hijos te escondieron, otra vez, tus piernas?

—Sí —respondió él—. ¿Quién le habrá enseñado esa *bromita*?

—¡Esos son mis sobrinos! —dijo Bonnie riendo y dando aplausos—. ¡Oh, Bram! —Fue directo a los brazos del delgado caballero—. ¿Quién iba a pensar que terminarías siendo mi cuñado favorito?

—Hola, Bonnie. —El alto hombre la saludó con un beso en la cabeza—. Y tu cuñado más guapo también...

—Solo tú la soportas —dijo Julian, acomodándose en el sillón, tras poner las muletas una a cada lado y disimulando una sonrisa.

—Si viviera conmigo... —expresó Amy, a la par que le daba a su hermanita besos y le acomodaba el cuello de su blusa—. ¡Padrino, no le celebre las majaderías! —Volteó enojada al ver al doctor Gervais zarandeando su cuerpo por los estragos de su risa—. Si vivieras conmigo, ya serías una dama.

—¡O conmigo! —exclamó Grace abrazando a su hermana menor—. Necesito mucha ayuda en la escuela.

—¡Ella vive en Garden House! —Henry entró en ese momento al salón y se acercó a besar a sus queridas hermanas y luego le dio la mano a sus cuñados—. Esta es su casa.

—Pero no haces nada por educarla mejor —dijo Katy abrazando a Bonnie con esos abrazos que molían los huesos—. Malcriada.

—Hoy cumple diecinueve años. —Henry levantó los hombros e inclinó la cabeza—. Creo que ya es tarde para empezar.

—¡Bah! —dijo Katy, siempre la más expresiva, pellizcando los cachetes de Bonnie—. Una semana conmigo y verás cómo la educo.

—¡Alexandra! —Se soltó Bonnie de los fuertes brazos de su hermana y corrió a refugiarse en su cuñada—. ¡Me quieren mandar a un internado suizo!

—¡Engreída, engreída! —expresó Alexandra, la abrazó y, riendo, agregó—: Te mandamos a Suiza y empezamos otra maldita guerra. Bien, ¿todos están? ¡Oh, falta Josué!

—¡Y el novio de Bonnie! —exclamó Katy.

—Mi novio vendrá después del almuerzo —respondió Bonnie mirando severamente a todos y, tras levantar el dedo en señal de advertencia, dijo—: Prometieron no molestarlo. Además, vendrá junto con su jefe.

—¿Cuándo lo hemos molestado? —preguntó Katy, poniéndose las manos en la cintura.

—Josué —habló Amy cambiando abruptamente la conversación antes de que empezara la discusión entre sus hermanas—, como siempre dramático, querrá hacer su entrada triunfal.

—¿Cómo estará mi ahijado? —preguntó Grace con una dulce sonrisa.

—Al final también le pondrán *Randolph* —agregó Bonnie suspirando—. ¿Ya van cuántos? El de Henry, el de Amy, Grace, Katy. No podemos seguir teniendo tantos *Randolph* en la familia. Comenzaran a decir que los Townsend no somos originales.

—¡Y tanto que les ha costado ganarse la fama de excéntricos! —exclamó Alexandra riendo.

—No te rías tanto, Alex —arrugó la frente Katy—, que aún no te borran tus antecedentes policiales.

—Se llamará *Randolph* y punto —habló tía Gloria. Al entrar la anciana al salón todos saltaron de sus asientos prestos a saludarla; los caballeros con una inclinación de cabeza y las damas con un beso en ambas mejillas—. Es orden de tu madre que cada uno de ustedes tuviera un *Randolph* en la familia, y así será.

—Los deseos de Violet Townsend se están volviendo cada vez más exigentes —dijo Bonnie suspirando—. Ya es un lío llamarlos a la mesa.

—¡Calla, Bonnie! —gritó la dulce tía. Acomodándose las gafas, miró donde estaba sentado Gervais y, enojada, preguntó—: Y tú, ¿estás tan viejo que ya no te paras a saludar a una dama?

—Si entra una, me paro —respondió el anciano.

—¿Por qué seguimos alimentando a este hombre? —inquirió a los presentes la tía, señalándolo.

—Orden de *lady* Violet —dijo Bonnie riendo.

—Por cierto, ¿dónde está tu madre?

—Con sus nietos, tía Gloria, en la galería —respondió Katy—, contándoles las historias de los ancestros de Garden House.

—Henry, cariño —expresó la tía mirando a su sobrino mayor—, ¿qué esperamos? ¿Por qué no sirven?

—A Josué, tía Gloria.

—Ese muchacho siempre tarde.

—Como se cree el favorito de mamá... —intervino Amy.

Entonces todos los presentes que no eran Townsend blanquearon los ojos al oír esas palabras porque, como siempre, comenzaron todos los hermanos a discutir quién era el hijo favorito de *lady* Violet. Hasta la callada Grace entraba en la discusión, pidiendo para ella ese honor. Todos argumentaban y peleaban, como si la vida se les fuera en ello, para que los demás admitieran que era el más querido de su madre. Todos discutían y quien escuchara sus argumentos,

por separado, diría que indiscutiblemente tenían la razón. *Lady Violet* se cuidó muy bien de dejar rastros o dudas en sus hijos. En algún momento, con un gesto o una mirada les dijo al oído, a cada uno, que eran sus favoritos y ellos lo daban por cierto. Sobre ser el favorito de papá no había esas discusiones, aunque todos reconocían que los había amado mucho y que había sido un increíble padre, sin rencor; coincidían en que el hijo favorito de Ian Townsend había sido Randolph.

¡Horror de horrores! Tristeza, desolación, angustia, congoja y pena (razón tenía papá de decir que soy muy dramática), qué día tan atroz. A diferencia de mi hermana Katy, yo no poseo ese don de tener presentimientos, si no, hubiese sacado mis libretas a tiempo de la biblioteca. Fue de la manera más absurda; aún están haciendo los cableados para ese horrible sistema de luz eléctrica. Comenzó, dijo el electricista (qué graciosa palabra), con una chispa. El muy cobarde salió corriendo (nunca regresó) y, desde la puerta de entrada, recién alertó. El incendio avanzó como dirigido por el diablo y, con suma perfidia, el centro fue mi baúl donde guardaba mis diarios. Diarios queridos que llevo escribiendo por años. Tantos recuerdos, tantos sentimientos. He llorado toda la mañana, pero como no hay nadie en casa, nadie me hace caso. «Bonnie, por qué lloras tanto, vuélvelos a escribir», fue todo el consuelo que me dio mi madre. Para *lady Violet* todo siempre es tan simple. El grosero de Josué ni salió de su cuarto para ver qué había pasado (cada día está peor) y el bruto del chofer tuvo el atrevimiento de murmurar con su marcado acento español: «Moza escandalosa, tanto jaleo por gusto». Fue todo culpa de él, no lo soporto. Cuando iba a entrar a rescatar mis cuadernos, me interceptó en la puerta; como a un saco de papas, me cargó en el hombro y me sacó al pasillo. Luego, sin piedad alguna, echó agua encima de mi baúl. Todo quemado, mojado, totalmente inservible, para después atreverse a murmurar tan alto para que yo escuchase. Le he pedido a mamá, de nuevo, por enésima vez, que lo despida, pero sé que no lo hará. «Leonard es extranjero, cariño, no sabe bien el idioma y no tiene familia. No puedo echarlo, además, te salvó la vida». Imposible discutir con mamá, si al menos Henry estuviera en casa, irse justo ahora a Nueva York, Katy no se sabe cuándo regresará de Boston y las panzonas de Grace y Amy no pueden salir de sus casas por orden del médico. Me siento tan sola en Garden House. Y encima perdí mis diarios... ¡Oh, qué pena! Pero no importa, soy una Townsend, y las Townsends no nos dejamos vencer tan fácilmente. Como dice mamá, habrá que escribir de nuevo. Años y años de historias contadas, tantas vivencias plasmadas en papel, pero como siempre para *lady Violet* todo es tan simple y fácil... «Escribe de nuevo, cariño».

Primer día en esta casa y estoy muy desconcertado. Vine con la intención de

desenmascarar a Ian Townsend ante su familia y el mundo, juré ante la tumba de mi madre vengarme de su opresor, del mal hombre que llenó su vida de tristeza, llegué de tan lejos y él no está. Entonces, he decidido que será la esposa cómplice en la desgracia de mi madre quien pague. Estoy seguro de que ella sabía todo si no es que fue la instigadora de la maldad que le hicieron.

Logré infiltrarme en Garden House por cosas del destino. El hijo mayor de la familia, el conde de Hamilton, viajaba prestamente a América (entendí que su suegro, que vive allí, estaba mal de salud y viajaba con sus hijos, esposa y una tía de esta). Necesitaba, con urgencia, dejar en casa un chofer para poner al servicio de su madre y hermana menor. No lo sabía, estaba rondando la residencia para buscar información, cuando un sirviente, al verme, me preguntó si venía por el puesto de chofer. Respondí afirmativamente y me hizo entrar. Es una casa en verdad muy hermosa, de muchos jardines y plantas coloridas. Me llevaron a la cocina a que esperara a ser llamado por el señor. Me tuvieron sentado ahí por casi una hora y me dieron, eso sí, mucho té y pasteles, al parecer es casi una obligación en Garden House (así llaman a la casa de los Townsend) dar de comer a todo aquel que cruce el umbral. Ya aburrido, de repente, entró una hermosa chica de grandes ojos violetas, primera vez que vi unos igual. Vestía encima un delantal, cargaba en brazos a un bebé pelirrojo y muy llorón. Se me acercó sonriendo muy acalorada y preguntó si era el nuevo chofer, le dije que sí, e inmediatamente puso el rollizo bebé en mis brazos, mientras acomodaba unos bucles negros azabaches alrededor de un gastado pañuelo.

—¡Pronto! —Me quitó al bebé—. ¡Hay que bajar los baúles o perderán el barco!

Después todo fue muy rápido, como un sueño. Los habitantes de la casa gritaban todos a la vez, siendo la muchacha de ojos violetas la más alborotadora, corría de un lado a otro, siempre con un bebé en los brazos. Otra que armaba tremendo jaleo era una mujer muy alta, también muy atractiva, que vestía pantalones de hombre y gritaba con un acento distinto al inglés. Diciendo maldiciones cada dos palabras a un hombre de rostro impasible que entendí era su esposo, el conde de Hamilton, hijo mayor de Ian Townsend. Su molestia era por no apurarse, gritaba, iracunda, que perderían el barco. El no respondía, mientras todos estaban acalorados en los trajines; parecía mirar aburrido la escena. La gritona americana solo calló cuando este le dio un acalorado beso en los labios.

—Es la única forma de callarla —me dijo el hombre dirigiendo su atención a mí—. Tú debes ser el nuevo chofer.

Sin preguntarme más, comenzó a darme órdenes para acomodar el equipaje. Y también me informó lo que serían mis labores y mi paga.

—Estás a completa disposición de mi madre, la llevas a donde ella pida.

Generalmente a la casa de mis dos hermanas, Amy y Grace, quienes no viven muy lejos de aquí, y a su obras de caridad... ¡Ya te escuché Alexandra!... ¡Hasta en América deben haberte escuchado!... Tu labor es trasladar a mi madre a sus labores y a mi hermana, que está por ahí. Ella va a la universidad, siempre debes acompañarla a donde vaya. Siempre. Está metida en muchos *clubs* de oratoria, teatro, derechos de las mujeres y no sé qué más, va a lugares muy alejados. Siempre debes acompañarla, jamás dejarla sola. Tu paga es muy buena, pago mucho más que el promedio, sobre todo por ella, hay que tener cuidado donde va. Otra cosa... Quiere manejar. No lo autorizo, es muy alocada y... ¡Alexandra, ya está todo listo! ¡Qué mujer! ¡Que los niños se despidan de mamá!... Intentará, de todos los modos, que le enseñes a manejar. De ninguna manera. Por esa razón, despedimos al anterior chofer. Verás la glorieta de la entrada y los arreglos que le están haciendo... bueno. Imagínate cuánto nos costó sacar el carro incrustado en ella... No, Alexandra, mamá no irá... Ya subo a despedirme. Hablo con Josué y voy a la puerta... ¡Lo sé, esposa, no se despidió de nadie! ¡Alexandra, por favor, déjalo ahí, no hagas más problemas!

La mujer americana gritaba a su esposo por la descortesía del hermano Josué por no despedirlos. Este lo excusó subiendo los hombros, y ella salió a la puerta murmurando: «Amy tiene razón, demasiado mimado».

El alboroto siguió unos cuantos minutos más. Me encargué de subir el equipaje al automóvil y supongo que dentro de la casa se dieron las despedidas. Subidos todos los baúles, la americana gritona, una anciana extraña, tres niños pelirrojos, dos castaños y el conde marchamos al puerto. Solo ellos. Los demás habitantes se quedaron en el interior de la casa. Llegamos a tiempo y sin demora. Subieron al gran transatlántico y partieron no sin antes, por última vez, el conde darme las indicaciones sobre su hermana pequeña, Bonnie.

—No quiero verla detrás de un volante. Cualquier cosa lo manejas directamente con mi madre, *lady Violet*, no la llames *lady* no le gusta, o con Josué. Ya, Alexandra... sube... Escuche bien, joven: Bonnie no maneja un automóvil. ¿Entendido?

Se marchó el conde, sin siquiera preguntarme mi nombre.

Capítulo 2

Mis recuerdos están atados a Garden House, a esta casa, la casa más hermosa del mundo, aunque he visto otras más grandes o con más jardines y lujos, no existe otro Garden House. Mis hermanos casados, consciente o inconscientemente, cada uno en sus respectivos hogares, han hecho una réplica de nuestro hogar, todos tienen un vivero, una glorieta, buganvillas que trepan por las paredes, jardines bellos, por lo menos un gran árbol para tener una casita de juego, y un sol enrejado en el atardecer; con esmero construyeron su propia versión de nuestra casa. Pero hasta que no tenga la mía, Garden House es la más bella, una casa donde, como decía mamá: «La gente, al entrar, olvida su pasado y sana». El primer recuerdo vívido que tengo, de cuán diferente era mi vida a la de los demás niños de mi edad y de mi supuesta «clase social», fue cuando tenía siete años. Tía Helen me había llevado al parque y jugaba con otros niños. Recuerdo haberle preguntado a un niño, que tenía tres hermanos mayores, cuál era su hermano del corazón y cuál de la barriga, por supuesto que aquel niño no entendió mi pregunta. En mi mundo, para mí todas las personas tenían hermanos como los míos, seis hermanos del corazón (adoptados) y solo yo que había nacido de la barriga de mamá. Descubrí, con el paso del tiempo, que las familias tampoco tenían abuelos «Alfred» que penaban en casa revolviendo cajones para encontrar golosinas. Cuando le dije a mi maestra que a mis abuelos muertos les gustaban los dulces de nata, mandó a llamar a mi mamá para informarle de mis alucinaciones y recomendaba enérgicamente llevarme a un doctor. Cuando mamá le respondió que yo estaba confundida porque quien se robaba los dulces de nata era el bisabuelo Henry (fallecido dos décadas atrás), de lo cual ella daba fe porque varias veces se había tropezado con ella en los pasillos de casa, mi maestra no volvió a tocar el tema y esa semana renunció. Otra cosa que descubrí, con el tiempo, es que las familias no estaban compuestas como la nuestra. Mi madre no tuvo hermanos al igual que papá, bueno, sí tuvo uno, pero fue un hombre muy malo y murió. Entonces, solos en el mundo con una tía lejana llamada Gloria se dedicaron a rodearnos, a mis hermanos y a mí, de una familia en la que nos unía el amor y no la sangre, como mi tía Helen y su esposo German; mis tíos de América, Ivanna y Alexander; sus hijos, nuestros primos; Nana, nuestro adorado doctor Gervais; mis queridos tíos, Jean Paul y Vespasiano, que viven hace años en Argentina. Los otros niños tampoco tenían una madre que los abrazara todo el tiempo, a veces sin razón, porque decía que un abrazo se da cuando se quiere sin esperar un motivo, o un padre como el mío que, habiendo sido tan alto y fuerte, se sentaba a mi lado a tomar el té con mis muñecas, hasta imitaba la voz de ellas. Fuera de Garden House, el mundo era muy diferente y cuánto. Pero un día ese mundo perfecto de bromas, risas, fiestas y flores fue interrumpido por la Gran

Guerra del 14. Recuerdo a mamá peinándome en la terraza, el día que mis hermanos habían partido al frente, entre lágrimas dijo que por quien más sufría era por mí, que cuánto le hubiese gustado que mi infancia durara un poco más, que con la guerra nada sería igual. Y así fue. A los doce años, ese mágico lugar llamado Garden House comenzó a desmoronarse. Y la primera columna que flanqueó fue papá.

Pues qué casa tan extraña, ¡joder! Una vez pasado el alboroto del viaje del conde de Hamilton, regresé a una casa totalmente silenciosa. Algunos sirvientes se presentaron con amabilidad, y un viejo mayordomo, que lleva años con la familia, me mostró mis cómodas habitaciones, destinadas para el chofer, ubicadas arriba del garaje de los automóviles. No vi a nadie más hasta la tarde. Estaba intrigado por conocer a los miembros de la casa, supe que solo eran tres: *lady Violet*, Josué, mi..., bueno, él y la hija menor, Bonnie. Los demás vivían en otras casas o estaban de viaje. Otra que me intrigaba, lo admito, era la hermosa doncella de ojos violetas. Esperaba en la cocina cuando entró ella sonriendo. Se puso un delantal encima y al lado de una robusta señora, que después supe que era la nueva cocinera, le dijo:

—Señora Rachel, su asado estuvo delicioso, no lo tome a mal, pero yo cocinaré el estofado de conejo hoy. Es el plato favorito de mi hermano y de mi mamá. Y la receta, no sé por qué, solo nos sale bien a las mujeres Townsend.

Me quedé sorprendido al escucharle decir estas palabras. La mujer de ropa desgastada, pañuelo en la cabeza, que cargaba a los niños en brazos, era la hija menor de los Townsend, la tal señorita Bonnie y no una doncella. Escondido en un rincón de la cocina, escuchaba las amables indicaciones que le daba a la nueva cocinera: «Menos sal, cortar un poco más la cebolla y los ajos triturarlos más...». Terminó de cocinar con gran destreza y le dijo a la cocinera que cuando su mamá se sintiera un poco mejor, ella misma le indicaría cómo le gustaban las cosas en la cocina. Se marchó, no sin antes dar unas cuantas indicaciones más. Ya en la puerta, al verme, retrocedió unos pasos y, fijando la mirada en mí, con mucha soltura se presentó.

—Hola, soy Bonnie. Tú debes ser el nuevo chofer.

—Buenos noches, señorita. Así es, me llamo Leonardo.

Me tendió su delgada mano y la sacudió con fuerza.

—Qué bonito tu acento. ¿Eres extranjero?

—De España, señorita.

—¡Ole! Mucho gusto, Leonard.

Sin más, se marchó.

Había pasado ya un año de la guerra cuando encontré a mi padre desmayado en la biblioteca, recuerdo lo que sufrimos para abrir la puerta. Era

muy grande y pesado. Cuando por fin conseguimos entrar, mamá levantó su cabeza en sus faldas y, con mucha ternura, le dijo:

—Aún no, Ian, aún no. No me hagas esto, por favor, hasta que regresen.

Al poco rato, papá despertó, pero ya nunca fue el mismo. Comenzó cada día a debilitarse, poco a poco fue perdiendo las fuerzas. En esos años, en casa quedábamos pocos. Mis hermanas se fueron cuando se casaron con hombres muy buenos, hasta Marcus, el esposo de Grace, que al principio no lo fue tanto. Amy se casó con el amor de su niñez, el príncipe de sus sueños, Julian, marqués de Saxonhurts, y Katy con un médico muy bueno llamado Bram. Henry, para esto, ya se había casado con mi adorada Alexandra (no presumo si digo que fui la gran autora de ese amor, junto a tía Gloria y Doger). Pero aun con sus hijas casadas con buenos hombres, en la mesa los hijos no estaban. Como decía mamá, su corazón no estaba completo. Empezó esa horrible guerra que duraría cuatro años y, desde el primer día, mis hermanos se ofrecieron de voluntarios para ir al frente. Henry, Randolph y Josué. La angustia del día a día era terrible, mamá miraba por la ventana y suspiraba, papá leía los diarios y escuchaba todas las noticias. Creo que no había cartero mejor recibido en Inglaterra que el que llegaba a casa. Mamá lo recibía con besos, y papá lo envolvía con un gran abrazo y, sin que él se diera cuenta, ponía una gran moneda de oro en su bolsillo. La hora de las lecturas de las cartas era la hora del silencio absoluto. Mamá leía, papá escuchaba atento y le hacía repetir párrafos que no entendía. Mis hermanos, entre líneas y sin ser específicos o detallistas (las cartas eran revisadas y decomisadas por la «defensa de la ley del reino»), hasta con bromas, relataban el horror que vivían a diario en el frente de batalla. Una vez leídas las cartas, mamá y papá se dedicaban a escribirles a sus hijos. Cada uno a su estilo, madre, con palabras cariñosas, los llenaba con letras de besos y abrazos; padre les daba consejos sobre el correcto comportamiento que debería tener un caballero inglés en la defensa de su patria o, mejor dicho, como se comportaría un Townsend. Al entrar el cuarto año, recuerdo que las últimas cartas que mandaba mi correcto padre, el inglés más honorable, eran con una sola directiva: «Sálvate, hijo, y regresa vivo». Ya habíamos perdido en el camino muchos amigos, hijos de conocidos cercanos, amigos de la infancia. Mis padres parecían recibir un golpe en el pecho cuando a sus oídos llegaba la noticia de algún caído, y yo los veía envejecer. Las desgracias, hasta ese momento, también se contaban en la familia: Julian, el esposo de mi hermana Amy, brindó literalmente la mitad de su cuerpo a la patria. Al caer prisionero en un campo enemigo, lo torturaron y le rompieron las piernas. Cuando en un acto de valentía o locura, Randolph y Marcus se internaron en el mismo cuartel de los alemanes, haciéndose pasar por oficiales de su ejército, lo rescataron y lo trajeron de vuelta a Londres, pero a mi pobre cuñado le tuvieron que apuntar ambas piernas. Marcus, el esposo de Grace, para esto ya había perdido la visión

de su ojo izquierdo y parte de su rostro quedó desfigurado. Y mi querida hermana Katy perdió, la pobre, a su primer esposo, Edward, o como ella lo llamaba «gatito», que murió en sus brazos al poco tiempo de iniciar la guerra. La muerte rondaba Garden House como un monstruo grande que pateaba las puertas queriendo entrar. Hubiese querido tener el talento de Amy para poder pintar la escena de mis padres mirando la ventana tomados de la mano, y el momento en que mamá murmuraba: «Aún no, Ian. Aún no. Hasta que regresen». Años después, entendí el significado de sus palabras.

Han pasado cinco días de mi estancia en esta casa y todavía no han solicitado mis servicios de chofer. Al parecer, la dueña *lady* Violet está con un fuerte resfrío y Bonnie aún no tiene clases. A ella la vi unas veces más en la cocina dando indicaciones para el almuerzo. La joven tiene una rutina peculiar e intensa, en la mañana se levanta muy temprano, se dirige directamente a la biblioteca, escucho el teclear de la máquina de escribir y lleva siempre sus manos manchadas de tinta. De allí sale por un libro, papeles y regresa presurosa. Estudios, supongo, o debe estar preparándose para un gran examen, aunque las clases en la universidad empiecen recién en unos días. Al mediodía, va a los viveros y se pone encima un viejo mandil, cuida personalmente de las plantas por una hora aproximadamente, luego va a dar indicaciones en la cocina para la preparación de los alimentos. Ayer se unió a los sirvientes en el almuerzo. Al parecer, como su mamá y hermano comen en sus habitaciones, a ella le disgusta comer sola, se dirigió con soltura a los demás empleados. Es muy conversadora, hasta les hacía bromas y noté que los sirvientes, sobre todo los mayores, la tuteaban.

Lo único que interrumpió la rutina fue una llamada telefónica de América. Bonnie gritó emocionada al escuchar a la interlocutora y llamó a su mamá para que bajara a responder, entonces la vi a ella: la señora Townsend. Es una mujer de pequeña estatura y apariencia frágil, muy parecida a la hija, y respondió muy alegre el teléfono. Habló con una hija llamada Katherine, que estaba en América, y le informó que Henry, el hermano mayor, había partido ya. Fue una conversación muy afectuosa, habló hasta con un nieto y se despidió de la hija tras enviar muchos besos por el fono. Escuché que Bonnie fue a tocarle la puerta al hermano Josué para que saludara por teléfono a su hermana, pero este se rehusó a salir de su habitación. Muy molesta, Bonnie discutió con su madre por permitirle esas majerías a su hermano. Terminó de colgar la señora Violet y fijó su atención en mí. Se presentó con naturalidad y pidió que le diera mi fecha de cumpleaños al mayordomo para que no pase la ocasión desapercibida.

Mi casa, Garden House, con esa guerra, trató de organizarse con los nuevos vientos. Eso siempre admiré de mi madre, la capacidad de amoldarse a

cualquier circunstancia. Inmediatamente mandó a podar sus mejores plantas. «Con esta guerra no debemos hacer gastos superfluos», decía ella. Decidió también racionar los gastos de vestidos y alimentos. «Lo bueno es que tu padre y yo hemos sido muy pobres, y sabemos cómo es esto». Papá reía o a veces arrugaba la frente cuando mamá disponía solo dos cubos de azúcar para su té. «¡No somos pobres!», gritaba él. «No sabemos cuánto durará la guerra, amado esposo», respondía tiernamente ella. ¿Y cuánto duró esta guerra? Demasiado, mucho. Recuerdo los primeros meses. Cuando empezó, todo era algarabía en Inglaterra, los jóvenes disponían de sus mejores trajes para ir a enlistarse y las familias los despedían con flores y aplausos. La gente planeaba horas y horas cómo recibirían a sus soldados en una guerra programada para que durara dos meses, como máximo quizás cuatro. «¡En navidad estaremos de vuelta!» era la consigna en todas las calles. Sería, supuestamente, una guerra rápida y esperaríamos al siempre glorioso ejército británico victorioso con muchas celebraciones.

Solo Ian Townsend, mi padre, leía con escepticismo los periódicos y le murmuraba a mi madre: «Nos mienten, nos mienten y descaradamente».

Capítulo 3

¡Es una diablilla! Muy temprano, mientras limpiaba los automóviles de los patrones, se acercó la señorita Bonnie muy sonriente. Vestía unos pantalones bombachos, guantes de piel, gorra quepí y lentes.

—Hola, Leonard. Estoy lista para mis clases de manejo, daremos una vueltas primero por Garden House y luego iremos a Londres. No te preocupes, soy muy lista y aprendo rápido.

La dejé hablar un poco más de sus planes para las clases de manejo, sonriente ante el atrevimiento y picardía de la mocosa para embaucarme de esa manera.

—Lamento contrariarla, señorita Bonnie, pero la persona que me contrató, su hermano, el conde de Hamilton, dio la orden expresa de que, por ningún motivo, usted se siente delante de un volante.

Esas palabras desataron la ira de la señorita Townsend. Primero trató de presionarme con sonrisas y halagos. Al ver mi negativa, procedió con amenazas de hasta despedirme. Por último, se dio vuelta apretando los puños y gritó que iría a decirle a su madre que en el acto me botara de la casa. Supongo que fue en vano porque, un par de horas después, la señora Townsend me mandó a llamar. Me recibió en una estancia contigua a su habitación muy limpia y ordenada donde había, en el centro, un gran retrato del señor Ian Townsend, uno de menor tamaño de un joven Randolph y otro de sus abuelos.

—No te incomodes, Leonard —me dijo señalando los retratos—, es mi lugar de meditación, donde converso con los ausentes.

Sonrió amablemente y me invitó a sentarme en una silla cercana a ella. Era la primera vez que la tenía tan cerca y conversaba con la señora. Durante años me hice a la idea de que la esposa de Ian Townsend, que entendía como una dama de sociedad, una *lady* inglesa, sería una dama acartonada de rígidas costumbres, no la amable señora que, sentada a mi diestra, me pedía no llamarla *lady*, sino, en todo caso, señora Townsend. Se quedó observándome por un tiempo prolongado, mientras pedía que la disculpara, que mi rostro le era familiar, que había algo en mí que la hacía recordar a alguien, pero no podía dilucidar quién. Después de unos minutos, mencionó que su hija había pedido que lo despidiera porque no quería enseñarle a manejar.

—Nunca le falté el respeto —agregué prontamente al pensar que la diablilla de ojos violetas hubiera mentido al respecto.

—No, claro que no me dijo eso. Mis hijos no mienten, como mucho me ocultan cosas para no lastimarme, pero los Townsend no engañan.

La señora sonrió amablemente y me dijo que estaba de acuerdo, que su hija no debía aprender a manejar, y acotó que no porque fuera mujer.

—Tengo las opiniones de mi nuera en los derechos de las mujeres a acceder

a toda educación que posea el hombre. Pero Bonnie es una mujer muy especial, tan bondadosa como irreflexiva y bastante vehemente cuando desea una causa. Van dos choferes que hemos tenido que despedir porque cayeron en sus tretas. Además, su hermano mayor dio una orden y debe obedecerse.

Luego procedió a preguntar sobre mi familia y mi lugar de origen.

—España, mi señora, Mallorca. Soy huérfano desde los quince. Vine a Inglaterra después de la Gran Guerra buscando un mejor futuro.

Aunque siempre consideré una causa noble desenmascarar ante al mundo quién era en verdad Ian Townsend, no niego haberme sentido mezquino al estar delante de esa criatura extraña y serena que me veía con ternura por el hecho de ser huérfano.

—¡Oh, qué duro, Leonard! Tanto Ian como yo fuimos huérfanos, sin hermanos ni familiares cercanos. Pero que eso, muchacho, no marque tu destino. Mira la gran familia que formé con mi esposo.

Procedió a contarme, luego, de sus hijos y nietos. Unos minutos después, me aseguró que no debía temer, que por el capricho de una niña mimada un hombre no perdería su trabajo y su futuro. Me despidió con una amable sonrisa. Fue tan extraña la conversación, años formándome una idea tan equivocada y lejana de la señora Townsend. Creí, estaba convencido de que ella había sido la instigadora de lo que le hicieron a mi madre, por cumplir con su deseo de la maternidad, junto al esposo, habían maquinado esa pérfida idea. Sin embargo, esa malvada mujer no podía ser aquella de ojos serenos que, sin ningún reparo, me había dicho que sus seis hijos mayores eran adoptados, quien se había apenado sinceramente porque yo fuera huérfano. Terminada la charla, me arrastré hacia mis habitaciones sintiéndome confundido y algo ruin...

Los cuatro años que duró esa malvada guerra, no sé cómo describirlos a los ojos de una niña (cuando empezó tenía doce), mis hermanos marcharon al frente y mis hermanas se fueron a vivir con sus esposos. Garden House recibió a Alexandra, esposa de Henry, y a Nana, la tía de cariño de mi cuñada. Para escándalo de todos, Henry, el hijo ejemplar y perfecto caballero inglés, embarazó a mi cuñada antes de casarse, aunque con la guerra a nadie le importó. Los pobres ni siquiera tuvieron luna de miel porque inmediatamente él se marchó al frente. Alexandra, tal como lo pidió y tanto rezó mi madre, fue la nuera que tanto quiso para su hijo mayor. Como decía, al igual que la marquesa de Saxonhurts, suegra de Amy, mamá no trabajó nada en ella. Parecía como si Alexandra hubiese vivido en casa todos esos años y nos conocía mejor que ella. Papá también la adoró. Me había percatado de que ellos se parecían mucho en la mirada, ojos negros, muy profundos. Años después, mi cuñada me explicó esa coincidencia. El embarazo de Alexandra, lo mal que le cayó los primeros meses, nos entretuvo bastante, vomitaba casi todo lo que comía, y Nana la cuidaba

como un perro guardián. La adorable tía, aunque temerosa al principio, poco a poco comenzó a sentirse cómoda en casa y mamá congenió inmediatamente con ella. Nana, por su enfermedad mental, tenía mucha resistencia a los adultos, pero con mamá no. Mi madre, tan noble y buena, reconoció su alma al instante y se hicieron inseparables. Henry venía cada cierto tiempo a ver a su esposa. Cuando nació el pequeño Ian, papá y mamá no cabían de felicidad. Su primer nieto. Era un niño colorado y de ojos muy azules, igual que Randolph, su tío. Papá siempre había tenido alguna duda de que Henry y Randolph fueran hermanos verdaderos. Eran tan distintos físicamente que pensó que se habían conocido en un orfanato y cuando Henry huyó, lo llevó consigo. Por más que preguntábamos a Henry de su pasado era muy poco lo que él recordaba. Se veía siempre al lado de Randolph, pasando por distintos hospicios y huyendo por los malos tratos. Pobrecitos mis hermanos mayores. Alguna vez, cuando hemos ido a nadar con Henry, he visto sus cicatrices en la espalda como prueba de esa oscura etapa de su vida. Luego del nacimiento del pequeño Ian, papá enfermó y, con Henry en el frente, mi querida Alexandra se hizo cargo de la fábrica. Algunas veces, las primeras, papá la acompañaba para enseñarle el accionar, temeroso de que por su condición de mujer no la fuesen a respetar. No pensó que Alexandra estuviese tan bien entrenada para esa profesión como para cualquier otra. Mi cuñada, sufragista y feminista, se manejó tan bien al mando que sorprendió a mi papá y al mismo Henry. Al poco tiempo de nacer Ian, Alexandra salió embarazada de la pequeña Helen Victoria y, el mismo día que terminó la guerra, trajo al mundo al pequeño Randolph. Mamá bromeaba con la fertilidad de Alexandra y de prohibir los permisos de mi hermano porque cada permiso resultaba en un hijo. Mis otras hermanas, después de igual vicisitudes y tragedias, se unieron a las rutinas de casadas. Y cada una a su manera escribió su propia historia de lo que fue la guerra para ellas.

Los días en Garden House son muy agitados. Una vez recuperada de su fuerte resfrío, la señora Townsend se reintegró a lo que son sus rutinas. Ella y su hija siempre están saltando de una actividad a otra y me hacen llevarlas por toda la ciudad, tanto que, hasta el día de hoy, no he podido hablar con Josué Townsend. Este mozo pocas veces se deja ver por la casa, pasa la mayor parte del tiempo encerrado en su habitación, hasta pensé que sufría de una enfermedad mental. Pero los demás sirvientes lo negaron. Aunque la mayoría era personal nuevo, algunos, los más antiguos, como el mayordomo, me contaron que después de terminar la guerra quedó así, muy huraño, dejó sus estudios, todo contacto externo y se encerró en la casa, pero que loco no estaba.

Salgo con la señora Townsend casi todos los días a ver a sus hijas, Amy y Grace, que están embarazadas en los últimos meses y que, por recomendación del médico de la familia, no pueden salir de sus casas, entonces ella se dirige a

verlas. También, dos veces por semana, visita orfanatos y una casa de asistencia de exprostitutas. Me contó que les tenía mucho aprecio a esas mujeres porque su mamá, llamada Bonnie (como su hija menor), había sido prostituta. Me lo dijo así, sin ruborizarse, o bajar el tono de su voz, como si me hubiese dicho que fue costurera o maestra: «Ejerció como prostituta antes de unirse a mi abuelo y la llamaban, en esos años, *madame* Fénix», me contó *lady* Violet que le decía «madre» porque la crio de niña, sus verdaderos padres murieron cuando era casi una bebé. La llevaron a vivir con el abuelo paterno por ser su único familiar, y este, junto a *madame* Fénix, fueron sus amorosos padres. Temeroso por lo peligroso de los lugares a los que asiste, ingresé con ella y vi el afecto tan grande que le tienen estas mujeres, correspondido por la señora Townsend. Ella hasta se toma la molestia de conversar con ellas, se preocupa sinceramente por los males que las aqueja y se emociona cuando encuentra alguna anciana que conoció a su madre. Les lleva comida, medicinas y doctores. Las mujeres se lo agradecen con besos en sus manos. En estos sitios, los lugares más sórdidos de Londres, llaman a la señora Townsend «la santa de los ojos violetas». Definitivamente, no es la mujer de la que esperaba vengarme. Tenía la certeza, por las cartas que dejó mi madre, que la llegada de Josué a Garden House se debió a que *lady* Violet no podía tener hijos, hasta pensé que ella, la señora Townsend, incitó al esposo para quitarle el hijo a su amante, o sea, a mi madre, para cumplir su deseo de la maternidad. Pero no es cierto. Entonces, ¿por qué adoptar a los otros niños? En sus recorridos por la ciudad, me contó que el orfanato donde colabora lo quería mucho porque ahí es donde conoció a sus hijos mayores: Henry y Randolph, o sea que estos llegaron antes que Josué. Luego me contó que a este lo habían dejado en la puerta, en pésimas condiciones de salud, casi al borde la muerte. «Es por eso que es el más pegado a mí, porque de niño era muy enfermizo y paraba en mis brazos todo el día». Las hijas mujeres también fueron adoptadas, salvo Bonnie. Su única hija verdadera. Comencé a razonar, entonces, que al menos ella no supo de mi madre. Quizás solo fue Ian quien quiso cumplir su deseo de ser padre, de tener un hijo que tuviera su sangre. ¿Y los otros hijos? ¿Para qué?, ya tenía a Josué. ¿Para qué adoptar otros niños? Además, por lo que he entendido, nunca hizo distinción entre sus hijos adoptados y él. Lo trató con el mismo afecto que a los demás. Los títulos nobiliarios se tramitaron en favor del hijo mayor: Henry, sobre Randolph todos coinciden que fue su engreído. ¿Para qué tener un hijo de su sangre y tratarlo como a los demás?, ¿para qué adoptar niños teniendo un hijo propio? No tiene sentido. Al encariñarme con la afectuosa señora Violet, tengo la certeza de que ella fue ajena a las tramas de su esposo. Entonces he comenzado a odiar a un más a Ian Townsend. Cómo un hombre pudo haberle hecho tal infamia a una esposa tan admirable y a mi madre, y aparentar toda una vida ser el hombre intachable que cree su familia...

La guerra pasó con todas las amarguras y tristezas que suelen dejar. Relatar lo que viví a detalle es vano. Una guerra es igual a cualquier guerra, y quien pasó por una sabe lo que es. En cualquier país, lugar o época, el enemigo es el mismo y solo uno: la guerra. Viendo en retrospectiva y analizando los detalles o momentos a través de un cristal más claro que da la distancia y los años, supongo que la historia de la familia Townsend no es muy diferente a la de tantas familias de Inglaterra, Bélgica, Austria o la misma Alemania. Cada familia se veía desmembrada al perder un hijo, un hermano, un esposo. Soldados enfrentaron una lucha supuestamente moralizante, pero que fue, en realidad, un reguero de hedor y muerte. La redención se la llevaron los especuladores, contrabandistas. La gloria fue canjeada por torturas, sadismo y hambre. Padres desesperados esperando cartas, enfermando, muriendo de a poco por no tener noticias de sus hijos, mujeres que enviudaban prontamente, niños tempranamente huérfanos. Vidas truncas, jóvenes a quienes les robaron su juventud y sueños, junto a quizás sus piernas, brazos, parte de su rostro o la cordura. Qué absurdo todo. El dolor de lo que significó la guerra para nuestra familia la puedo resumir en una sola escena, en una tarde, con una carta.

La señorita Bonnie, desde el día en que me negué a enseñarle a conducir, se rehúsa a hablarme. Apenas con monosílabos pide que la lleve a la universidad o a la casa de sus hermanas. Se acomoda en el asiento de atrás y mira la ventana muy molesta. Y lo está, aún más, porque hace unos días hubo un amago de incendio en la biblioteca y yo la saqué a rastras, ya que la muy insensata quería sacar unos libros en pleno fuego. Pues a sus miradas de odio se le ha sumado las volteadas de cara y una manera muy graciosa que tiene de arrugar la nariz cuando me ve. Me da mucha risa. Esto fue hasta el día de ayer. Fui a recogerla a la universidad cuando entró corriendo al auto con el rostro lleno de lágrimas y, agitada de la emoción, me pidió partir pronto a casa. Obedecí, pero unas cuadras adelante estacioné el coche y la confronté, temeroso de que le hubiera ocurrido algo grave o que alguien le hubiese faltado al respeto.

—Peor, Leonard, me expulsaron de la universidad.

En una difusa conversación, entre sollozos, hipos y sonadas de nariz, me explicaba que el rector la había suspendido por faltarle el respeto en medio de una protesta que había organizado con unas amigas en la universidad, en la que exigían derechos iguales con los estudiantes varones.

—¿Puedes creer, Leonard, que a pesar de que estudie mucho, sea más inteligente y me esfuerce más que cualquier varón de mi clase, terminaré de estudiar y no me darán un título? Solo me darán una mención por haber asistido, por el hecho de ser mujer. Mi reclamo fue justo y no le falté el respeto... Solo un poco... Casi nada... Le dije: «Pelado, cavernícola». El problema fue que

mis demás compañeras se rieron. ¿Qué diré ahora en casa? ¡Pobre mi madre! ¡Otra pena más!

—Hable con el rector y pida disculpas.

—Es un viejo calvo y malvado. No debí decir eso. Mi mamá siempre dice que mi carácter explosivo me dará problemas. Me parezco a Amy que cuando abre la boca, salen cuchillos en vez de palabras, pero es tan injusto.

—Está bien, no hable con su madre. Pero sus hermanos quizás puedan ayudarla.

—Amy y Grace están delicadas con sus embarazos, no puedo atormentarlas. Henry y Katy en América, Josué... no se puede contar con él. ¡Oh, si estuviera Randolph!, me lo imagino entrando a patadas a la rectoría para coger a ese viejo de...

—Señorita...

—¿Ves, Leonard? Soy muy lengua suelta. Oh, ¿qué haré? Un disgusto más para mi pobre mamá.

Nos pusimos a reflexionar cuál sería su accionar. Pensó en hablar con sus cuñados, el marqués de Saxonhurts o un tal Marcus Holms, un respetado comerciante, para que movieran sus influencias y pudieran levantarle el castigo. Pero, cavilando, no lo consideró digno.

—Papá se hubiese avergonzado que por influencias se levantara mi sanción. No queda más remedio, Leonard. Debo dar la cara y explicarle a mamá. Será un semestre, máximo dos. Ese viejo no puede vivir tanto —luego, levantando los brazos al cielo de una manera muy teatral, agregó—: ¡Perdón, mi Dios! ¡Bisabuelo Henry, dame paciencia!

Siguió unos minutos más disertando sobre lo correcto y justo que debería ser su proceder; conversaciones en que ella se preguntaba y a la par se respondía, y llegó a la conclusión de que lo único correcto era decir la verdad, lo que haría honor a su apellido.

—Soy una Townsend, diré la verdad, asumiré las consecuencias, saldré de esta. Ya verás, Leonard.

«Una Townsend». Escuchando conversaciones de Bonnie o de las otras hijas de esta familia, siempre repiten lo mismo: «Soy una Townsend», como una máxima en la vida, como si el apellido las protegiera de cometer cualquier indecencia en este mundo. ¿Y si supieran quién era, en verdad, el señor Ian Townsend? Y lo cobarde e indigno que fue. ¿Tengo yo derecho de desenmascarar a ese hombre ante el mundo? Cada día que paso en esta casa, me convenzo de no poder ejecutar mi tan concebida venganza. La esposa y los hijos no merecían haber vivido una mentira, pero ¿merecen acaso saber la verdad? En los últimos años, ha habido ya demasiado sufrimiento en esta casa, no seré capaz de infringirles el mayor de todos: matar dos veces a Ian, al amado esposo y padre, ante sus ojos. Si tan solo pudiera hablar con Josué... Ahora que

la diablilla ya me habla y no insiste en las clases de manejo, se está dedicando en cuerpo y alma a escribir su proyecto que la lleva todos los días de un sitio a otro. Durante el camino conversamos mucho. No puede estar callada más de cinco minutos. ¿De qué hablamos? De todo, pero especialmente trato de llevar los temas de la conversación hacia su familia.

—¿Cómo era tu padre?

—El mejor, Leonard. Mi padre malogró para siempre mi relación con los hombres, me quedaré solterona. Puso la valla muy alta. Era íntegro, justo, bueno y generoso. Tan amoroso... ¡Cómo lo extraño!

Dando ella un dramático suspiro, con una sonrisa, cambió de tema. Me dijo que su sueño es, además de ser periodista y escritora, que la primera historia que cuente sea de su familia, la historia de los Townsend. Ahora entiendo su llanto desesperado, los primeros días luego de que llegué a la casa, cuando el incendio quemó unos libros. Eran los diarios que escribió por años, desde pequeña, sobre su familia.

—Será una tarea gigantesca, Leonard, que me llevará años, pero lo haré, recopilaré las historias. Estoy llevando un orden cronológico y será desde otro punto de vista. Hablo con mi madre y hermanas para que me cuenten lo que vivieron y cómo lo sintieron. Estoy recopilando cartas, diarios, recortes de periódicos y también opiniones de personas como Doger o tía Gloria. Es increíble como un mismo acontecimiento, visto de diferentes ángulos, es totalmente disímil. Quizás por una parte haya sido bueno que se destruyeran esos diarios. Mamá siempre dice que hay que mirar el lado bueno hasta en las peores desgracias. Ahora que soy más madura puedo darle una perspectiva mejor a las cosas.

«Más madura», yo sonreí cuando dijo eso. Es tan solo una niña, aunque alta y voluptuosa, con un hermoso rostro capaz de tentar a un santo. Basta hablar unos minutos con ella para darse cuenta de que es un pollito que tímidamente sale del cascarón, producto de una familia hermética y una espantosa guerra. Me contó que quiere ser periodista y corresponsal de guerra. ¡Santo Dios!, no puede caminar en su propia casa sin causar destrozos y quiere ser corresponsal de guerra. Solo por Josué alargo mi estadía en esta casa, pero, a medida que pasan los días, dudo de contarle la verdad a él, el principal interesado, no por causarle una pena, como sí sería el caso con *lady* Violet y sus hijas, sino porque no debe saber la verdad, ya que, aunque sea el principal interesado, no la merece. Como dice la hermana, está bien, es comprensible, lo amargó la guerra, le tocó la mayor y más difícil de las pruebas: traer de vuelta al hermano caído. Pero eso no le da derecho de tener la vida de un enloquecido. Encerrado en su habitación, descuida a su familia. Su pobre madre y joven hermana están tan solas en una casa grande, rodeada de muchos peligros, sobre todo Bonnie, y él indiferente, rumiando sus propias penas. Quisiera un día entrar a su cuarto y

darle un puntapié en el trasero. Gritarle por lo desconsiderado que es con estas mujeres que tanto lo aman.

Capítulo 4

Los momentos dolorosos de la guerra se resumieron en uno solo, en una sola tarde. El día de cumpleaños de mamá, en noviembre, a días de que acabara la Gran Guerra. Henry ya estaba en casa con una herida en el brazo que no tuvo mayores consecuencias. Todos reunidos, mis hermanas con sus esposos, los hijos de estas; nuestro querido doctor Gervais, tía Gloria, *lady* Elinor, la suegra de Amy. Todos reunidos para festejar el cumpleaños de mamá y esperando a los dos hermanos menores. Josué había escrito, días antes, que iría al campamento de Randolph por él, había conseguido permisos para que le dieran franco y poder venir juntos. Pero las horas pasaban y no llegaban. Yo estaba al lado de la ventana, a la expectativa, para dar la voz cuando los viera atravesar las puertas de Garden House. Cuando a lo lejos distinguí un oficial, que venía en dirección de la casa, les pasé la voz. En mi inocencia, a mis demás familiares, les grité:

—¡Qué raro!, es un oficial, pero no es Randolph ni Josué.

Ya muchos sabían cuando venían esos oficiales a una casa, con una carta en las manos, a qué venían. Mi madre, aún sin asomarse, fue la primera que gritó:

—¡Ian, no abras!, ¡Ian, no abras!

Querida Cosette:

Dicen que esta guerra terminará pronto, no lo sé, pero si algo pasara y, por algún motivo, no regresara a buscarte, por favor, ve a mi casa en Londres. Te envío un dinero, guárdalo y utilízalo para ese fin. Vayan a Garden House (así se lo conoce a mi hogar), mi madre es una mujer muy buena y mi padre un hombre muy justo. Los recibirán con mucho afecto, estoy seguro. Viaja a Londres y llegarás a la zona norte, entonces...

Randolph Townsend

Cada día que pasa, tengo la certeza de que esta es una casa de locos. Ocurren cosas extrañas, incendios, explosiones de gas, Bonnie se tropieza con sus propios pies, se trae abajo algún adorno (es bastante torpe la moza) o pierde algo: un libro, anotaciones o un recorte de periódico y hace un gran alboroto (es bastante histriónica), luego lo encuentra y vuelve la calma. Los demás sirvientes y, sobre todo su madre, le prestan poca atención a sus exabruptos emocionales. Luego vienen sus disparatadas ideas, como cuando se le ocurren recetas nuevas. Me dijo que, después de Katherine, es la que mejor paladar tiene y se concentra en un plato que da de probar a todos. Cocina muy bien, aunque cuando algo no le sale a su gusto, lo repite hasta conseguirlo. Hace una semana, comimos cuatro días seguidos unos *pelmeni* rusos, receta de una tal mamá Romanov, hasta que se aburre de la cocina, para alivio de todos, y regresa a la rutina de libros y plantas. La señora Townsend, en realidad, no es muy distinta a

la hija. Siempre tiene algo que hacer y una rutina para todo, hasta para sus momentos de reflexión o como ella dice: «Cuando habla con los ausentes». Es un momento del día en que hay silencio en la casa y nadie debe interrumpirla. Hace unos días llegó de visita un amigo de la familia, un anciano bajito y rechoncho llamado *sir* Richard Gervais. Quería hablar urgente con ella, pero cuando me dispuse a anunciarlo con la señora, me detuvo y dijo: «No, lo olvidé. Llegué media hora antes, esperaré a que termine de hablar con ellos». Cuando lo miré sorprendido por su comentario, el anciano sonrió y me dijo: «Estimado joven, cada quien, ante el dolor, se procura de cualquier medio para no enloquecer», se sentó en la sala y solo cuando el reloj marcó la hora en que la señora terminó *su conversación*, pidió ser anunciado. En fin, casi dos meses aquí y, aunque un poco me acostumbré a las extravagancias de *lady* Violet y a las locuras de Bonnie, esto último fue el colmo.

Llegué de mis clases (he comenzado a estudiar, por insistencia de *lady* Violet, quien hasta consiguió, por intermedio del doctor Gervais, que se me acepte en un periódico local como practicante). En verdad, qué encantadora señora, pero ese es el gran problema. Todos en esta casa son demasiados buenos, hasta ingenuos, diría yo. Ayer se presentó una mujer muy joven, francesa, con una niña en brazos, que decía que la niña era la hija de Randolph. Aunque parezca increíble, *lady* Violet y mi alocada diablilla lo dieron por hecho, así sin más, sin preguntar, sin cuestionar nada. Abrazaron a la mujer, a la niña, con besos y estrujones, y dieron por cierto que la bebé era una Townsend. Dentro del alboroto que se formó, algo bueno sucedió: por fin pude ver a Josué por más de dos minutos. Es increíble el parecido con mi madre, las cejas pobladas, la forma de su cara, hasta las expresiones. A Josué, un poco más cuerdo que la madre y hermana, por lo menos se le ocurrió hacer unas cuantas preguntas a la forastera. Por supuesto, pidió pruebas. Al parecer, sí tenía cartas del hermano que comprobaban que lo había conocido. Mientras Josué leía las cartas con el ceño fruncido, *lady* Violet había tomado a la niña en brazos y llamaba a los sirvientes para que conocieran a su nieta. Al mismo tiempo, Bonnie corría de un lado a otro para alistar las habitaciones para las recién llegadas y se apuró a comunicarse por teléfono con su hermana Katy de EE.UU para contarle la buena nueva. La forastera y la niña se quedaron en casa. Por lo menos Josué ahora sale del cuarto más seguido a verlas. Bonnie tiene a la pequeña, que también se llama Violet, en brazos todo el día, como una muñeca a la que le da besos siempre que puede. Hacen un bonito cuadro. Ojalá, lo espero de corazón, la mujer francesa no sea una estafadora y todo no sea mentira. Los Townsend tienen mucho dinero, no sería la primera vez que, después de esta pavorosa guerra, jóvenes se acercan a la casa de familias pudientes para encajar supuestos hijos de soldados difuntos. Habrá que estar atento. Al menos la presencia de la mujer y de la niña ha sacado de su ensimismamiento a Josué. Se

acercó a mí, después de llevar meses en su casa, a preguntarme quién era. Hablamos unos momentos hasta que la diablilla pidió casi a gritos que inmediatamente la llevara a casa de sus hermanas para contarle la buena nueva. «Casa de locos».

—Bonnie, ¿qué es esa noticia tan importante? Como sea una de tus bromitas...

—Qué bueno que viniste a ver a Grace, Amy, no podría contar la historia dos veces. Estoy muy emocionada.

—Bonnie, apúrate, que me tienes en ascuas.

—Vamos, pequeña, habla —dijo Grace.

—Bien. Llegó hoy en la mañana a la casa una muchacha, es francesa, muy hermosa y muy joven, no debe tener más de veinte. Se presentó con su inglés un poco atravesado y dijo que la niña que traía en brazos... es hija de Randolph.

—¿Quéeee?! —gritaron al mismo tiempo Grace y Amy.

—¡Oh, hermanas! Es preciosa, linda, es igualita al pequeño Ian, pelirroja de ojos azules, con ese mentón cuadrado de nuestro hermano. Mi madre corrió a verla... ¡Santo Dios! Rejuveneció diez años al ver a esa bebé. De inmediato se la quitó de los brazos a Cosette. Así se llama la mamá. La pobre, aturdida, no sabía qué hacer. Mamá comenzó a besar a la bebé y luego a ella. Ya saben cómo es madre. «¡Mi nieta!», gritaba y lloraba de alegría, besando a la bebé. Cuando la vi, también no pude dejar de derramar algunas lágrimas.

—Pero... —dijo Amy—, no me malentiendan, que Randolph haya tenido un hijo sería una gran bendición, aunque también hay mucha gente aprovechadora y mal intencionada que se... ¡no me miren así!, Grace, dime si lo que digo no es cierto. Los Townsend aún somos muy ricos.

—Tienen que verla —dijo Bonnie—. ¡Ay, Amy!, eres igual que Josué. Desconfiado, este vino a la sala y se acercó mirando como un oso furioso. Cada día está peor, mamá tiene razón, cómo lo ha amargado la guerra. Bueno, nuestro hermano, comenzó a hacerle un montón de preguntas a Cosette, como si fuese un interrogatorio: que de dónde lo conocía, el nombre de la ciudad, cuánto tiempo estuvieron y, por último, tuvo el atrevimiento de preguntarle si estaba segura de que Randolph fuera el padre. La pobre Cosette se puso muy roja, y mi mamá le llamó la atención a Josué por su impertinencia. Fue entonces cuando Cosette nos mostró cartas de Randolph a ella. Cartas de amor en las que le decía que iría a casarse con ella después de la guerra. Y si estaba embarazada, cuando naciera el bebé, le pondría, si era niña, Violet, y si era hombre, Ian.

—¿Las leíste, Bonnie?

—Sí, era la letra de Randolph, su manera de expresarse, y estaba muy enamorado de la mamá de la niña. Le prometió casarse y le pidió que si no regresaba por ella, buscara a los Townsend en Londres.

—Bueno, habrá que verla —dijo Grace—, darle el beneficio de la duda.

—Mamá ya se encariñó con ella. Es muy buena chica. En serio. Cuando llegó, ¿saben qué quería? Que le dieran trabajo como cocinera. Cuando contó que no tenía donde quedarse y si podía quedarse en casa, mamá se alegró tanto como ella. Cuando nos dijo que trabajaría en la casa como cocinera o en la limpieza, mamá y yo nos quedamos mirando sorprendidas. «O en lo que sea», agregó aturdida, si la hubiéramos dejado, hasta habría cuidado de los jardines y huertos... Mamá corrió a abrazarla, de nuevo, y le dijo que ella era una Townsend. Cosette se negó al decir que ella sabía que éramos buenas personas, que Violetita, así se llama la bebé, debía estar cerca de nosotros para verla crecer, pero que no era su intención aprovecharse de nosotros ni ser una carga.

—Violet... —interrumpió Grace a Bonnie, y se puso a llorar—. Una vez me dijo Randolph que él no se rompería la cabeza buscando nombre para sus hijos, que él a todas sus hijas las llamaría Violet y a sus hijos varones Ian.

—Bien —dijo Amy suspirando mientras miraba enternecida a su hermana mayor—. Grace, a Garden House.

El sutil interrogatorio de Amy y las lágrimas de Grace, al ver a la pequeña Violet, fueron el colofón de la tarde.

—¿Y? —preguntó Bonnie a las hermanas, quienes después de darle muchos besos a Violetita, se marchaban a sus casas con ella en el auto.

—Sí, parece buena —habló primero Amy—, y la bebé es... Dios mío, ni dibujada sería más parecida a Randolph. Ojalá que no crezca mucho o será una gigante como él y será difícil conseguirle esposo.

—¡Amy! —exclamó Grace con severidad—. La bebé recién ha cumplido dos años y ya piensas en su futuro matrimonio. Es preciosa. ¿Y vieron qué feliz está mamá? No pensé verla tan alegre. ¿Saben qué me dijo? «Yo sabía que parte de mi Randolph estaba en este mundo, lo sabía. Gracias, Dios mío, por darme vida para ver este milagro. Ahora solo me falta Josué».

—Ese, cada día, está peor —habló Amy—. Me hace recordar a Julian cuando le cortaron las piernas, se volvió un energúmeno.

—Apenas habló con nosotras, fue muy descortés —dijo Grace. Luego, suspirando, agregó—: Es que la guerra lo amargó demasiado, se siente culpable por la... eso... lo de Randolph.

Bonnie se quedó mirando a sus pobres hermanas enmudecer y llenárseles los ojos de lágrimas, aunque había pasado más de dos años, no podían aún decir en la misma oración «Muerte» y «Randolph».

—¡Ian, no abras!, ¡Ian, no abras!

Jamás vi a mi madre tan descontrolada. Se puso pálida y gritaba casi en alaridos que no abriéramos la puerta al oficial. Papá también se puso blanco, mientras todos los presentes en la casa corrieron a la sala a ver por qué gritaba

mi madre. Mi padre con una señal dio la orden al mayordomo de que abriera la puerta. Luego todo fue como en esas pesadillas que pasa la acción de forma muy lenta y no puedes despertar. El oficial se puso delante de mi padre, mientras mi madre no paraba de gritar. Abrió la carta y comenzó con la frase tan temida: «La Real Armada Británica tiene el penoso deber de informarle la sensible baja de...». No escuché más, mi madre soltó un grito tan desgarrador, tan agudo y profundo, un grito casi sin sonido, que jamás he vuelto a escuchar en un ser humano. Luego comenzó a saltar, a retorcerse, a jalarse los cabellos y a golpear su cara con sus manos. Mi hermano Henry corrió hacia ella y la rodeó con sus brazos para que no se lastimara, mis hermanas también lloraban a gritos, todos nos abrazábamos unos a otros. Katy, que estaba embarazada junto a Alexandra, se descompuso, y Gervais con Bram se apuraron en auxiliarla. El oficial, con el rostro impassible, terminó de leer la carta, tocó sus talones uno con el otro, dio un saludo militar a mi padre y se marchó. Solo entonces fijé mi atención en él, estaba muy pálido, pero extrañamente sereno. Grace quiso acercársele, y él rechazó su mano.

—No, hija —dijo—, vean a su madre.

Luego se marchó en silencio, a paso lento, sin lágrimas que asomasen en sus ojos.

La alegría de la nueva nieta hizo que pasara un poco desapercibida la novedad de la expulsión de Bonnie de la universidad. Vinieron las dos hermanas embarazadas a casa para conocer a la nueva nieta. Y, en la conversación, Bonnie les dio la noticia. Su madre, Violet, contuvo la respiración, hizo un gesto negativo con la cabeza y le dijo: «Ese carácter tuyo». Las hermanas blanquearon los ojos, siendo la llamada Grace la más afligida por la noticia: «Con lo difícil que es que una mujer sea admitida en un universidad». Al parecer es la intelectual de la familia, hasta escribe cuentos para niños, según entendí. Llegó el turno de contarle a la hermana llamada Katy, que está en EE.UU. Esta llamada fue muy graciosa porque, lejos de molestarse, pegó una gran carcajada que resonó fuera del teléfono y pidió que le repitiera los insultos que le dijo al rector. La hermana Amy tuvo que quitarle el fono a Bonnie y gritarle a su hermana, que aún reía, para que no alentara las malacrianzas de Bonnie. Quedaron en que, a la noche, le contarían al hermano mayor Henry (creo que es al que más teme). Josué apenas cruzó por la sala y preguntó si el rector le había faltado el respeto a ella. Mi diablilla valientemente le dijo que no, que la insolente había sido ella. Luego, los miembros de la familia, sentados alrededor de *lady* Violet que cargaba a la bebé, discutieron unos minutos sobre la sanción para concluir que el castigo de Bonnie era, justamente, perder el semestre y que no era necesario ningún otro, pero que habría que darle otras obligaciones para que no estuviera ociosa. Aunque, antes de llegar a esta conclusión, todos opinaron cuál debía ser el

castigo de Bonnie, y fueron los cuñados, que vinieron con sus esposas, los más entusiastas en proponerlos. Me llamó mucho la atención el aspecto de los dos. Inglaterra tuvo una Gran Guerra y esos hombres eran el vivo testimonio de ello. El esposo de Amy, el marqués de no sé qué, camina con muletas y piernas postizas. El esposo de Grace tiene una gran cicatriz que cruza su ojo izquierdo y parte de la frente. Sin embargo, eran los más animados en hacerle bromas a Bonnie sobre el castigo que debían darle. Planeaban, para ella, internados en Suiza o prohibirle hablar por un día. Soltaban estruendosas carcajadas al ver la reacción furiosa de ella. Al parecer, ellos también son el centro de pullas de Bonnie. La joven francesa, llamada Cosette, miraba también desconcertada a la familia que le hablaba con tanto afecto con solo minutos de conocerla y se desesperaban por tener a su bebé en brazos. Todos, salvo Josué. ¡Qué familia tan extraña!

—¿Cómo están las cosas en casa, Bonnie? Primero, cariño, acomódame la almohada en la espalda.

—¡Qué grande está tu barriga! Bueno, las cosas en casa están bien, Amy. Cosette es encantadora, cocina riquísimo. Y se lleva estupendamente con mamá. La Violet francesa es preciosa. Qué niña más despierta. Apenas está caminando y ya rompió dos adornos. Cosette se asustó mucho, y mamá rio a más no poder. Dijo: «Igual que su padre: destructora». Ya mandó a poner todo en alto y a atornillar lo que se mueva.

—¿Josué?

—Sigue con su cara de perro amargado. Pero cuando nadie lo ve, se acerca a la Violet francesa. Ayer lo descubrí cargándola y, mirándose ambos en un espejo, le decía: «Eres una Townsend. Valiente, digna y de buen corazón».

—Las palabras de papá. ¿Y con Cosette?

—Igual, casi no le habla, la mira desconfiado. Y cuando se digna a dirigirle la palabra, la incomoda con sus preguntas inquisitivas.

—Y yo sin poder salir y darle su jalón de orejas a ese sinvergüenza. Mamá no le pone límites, le tiene demasiadas consideraciones. Pero Josué se está pasando de la raya. Ni una sola vez ha venido a verme. Verá lo que le espera.

—¿Cuánto dice Doger que te falta?

—Tres semanas, máximo —frotándose el vientre con ternura, agregó—: Ay, mi pequeño Randolph me está haciendo rabiar.

—¿Y si es niña?

—¡Es varón!, lo sé. Me toca mi Randolph. ¿Y Grace cómo está?

—Igual que tú, pero está perdiendo sangre. Doger le ha prohibido moverse. Está todo el día echada en la cama. Marcus está como loco de la preocupación porque, además, las gemelas se enfermaron. Él y tía Gloria corren por todos lados por los chicos. Felizmente que son vacaciones en la escuela de Grace.

Mamá va en las mañanas y deja a Cosette a cargo de la casa. Pobre Cosette, es igual a nuestra madre, le cuesta dar órdenes a los sirvientes, todo lo quiere hacer ella, y a Violetita no la deja un segundo. Hace un bulto de ella y se la carga en la espalda de una manera muy simpática. Nos dijo que es una costumbre de su pueblo para que los niños dejen trabajar a las mamás. Pero lo hace, sobre todo, para que no esté correteando por la sala y rompa más cosas, entonces ella ayuda en lo que puede del quehacer. Yo soy la que tiene que poner orden porque, a veces, las doncellas quieren aprovecharse y dejan que ella haga sus trabajos. Ayer le llamé la atención a una cuando Cosette le pidió un poco de leche. Le dijo que solo recibía órdenes de los patrones. La pobre se puso roja y comenzó nerviosa a disculparse. La puse en su sitio a esa doncella. Cosette es muy humilde, Amy, nos contó que es de un pueblo de pescadores llamado Audresselles, al norte de Francia, que de casualidad la batería de Randolph llegó por provisiones y se conocieron.

—Pero ¿no te ha contado más?, ¿cuánto tiempo estuvieron juntos?, ¿cómo se enamoraron?

—No le gusta entrar en detalles respecto a Randolph. Es más, pocas veces lo nombra, aunque cuando no está Josué; le tiene mucho miedo. Habla de su pueblo con mucho cariño. Y de su madre, quien, al poco tiempo de nacer Violetita, murió.

—¿No tiene más familia?

—No. Fue un momento incómodo. Mamá le preguntó si tenía hermanos o papá. Y ella, Cosette, se puso muy triste, le dijo que su madre había sido madre soltera, siendo que de muy joven la había tenido a ella y de su padre nunca supieron nada. Luego agregó, sin que dijéramos nada, que su mamá fue una mujer muy decente, que salió embarazada porque su padre la engañó; su madre la crio sola. Está muy orgullosa de la señora. Por eso no hay hermanos. Mamá la tranquilizó al decirle que estaba segura de que su madre había sido una mujer decente y buena porque crio una hija que tenía una mirada muy limpia.

—Me agradó a mí también. Y sabes como soy yo. Me parece sincera. Lo mismo que a tía Gloria y a Marcus, esos dos sí que tienen ojos para detectar canallas. Aunque...

—¿Aunque qué?

—Hay vacíos en su historia. No habla mucho de Randolph. El que haya venido de tan lejos lo entiendo: sola, pobre y sin familia, pero ¿por qué esperar tanto tiempo para venir a vernos? Randolph le dijo que si estaba embarazada y algo le pasaba a él, buscara a su familia inmediatamente en Inglaterra.

—Grace dice que quizás tuvo temor de que le quitáramos a la bebé. A veces pasa.

—Puede ser, pero ¿cómo es que Randolph no le contó a nadie de su existencia? Al menos a Josué, esos dos siempre fueron muy unidos. Hasta los

pensamientos se transmitían.

—Tú sabes que los últimos meses nuestro hermano no estaba bien. Tenía otras cosas en la cabeza... no sé... ¡Ah! Eres igual de desconfiada que Josué.

—Nadie es tan desconfiado como Josué.

—Tengo que irme.

—Vienes mañana. Quiero que cuentes todo, día por día, de lo que pasa en casa.

—Entre tú y Grace me tienen corriendo de un lado a otro de Londres. Leonard me preguntó si no sería más práctico que ambas, tú y ella, estuvieran en Garden House. Si me dejaran manejar, no estaría pendiente de mí, pero como fue orden del conde de Hamilton...

—Quisiera dar a luz en Garden House y estar cerca de Grace para ver todo lo que pasa, pero este es mi hogar, pequeña. Cuando una mujer se casa, tiene una nueva casa. Por cierto, ¿qué novedades hay del conde y Katy?

—Alexandra escribió. Llegaron muy bien a Nueva York. Tía Ivanna muy feliz al conocer a sus nietos. Dice que tío Alexander se ha aliviado bastante al verlos. Se reunieron con tía Helen, quien está bastante mejor y toma dignamente su viudez. ¿Sabías que sí se casó con tío German en extremaunción? Ahora es una viuda dignísima. Está montando una academia de etiqueta y modales para chicas de la alta sociedad de Nueva York, que es un furor. Las chicas de dinero se pelean porque las reciba en su escuela. Al parecer, es la moda en América, casarse con alguien noble y si es inglés, mejor. Alexandra nos cuenta de la novedad que causó la llegada de Henry. Todos querían conocerlo, les llegan invitaciones a diario de cuanto evento social hay en la ciudad. Claro que no van, Alexandra se moriría al pisar las casas de la clase... ¿cómo los llama ella? Ah, sí, «burguesía opresora». Pero, aun así, no hay día que alguien no quiera conocer al conde de Hamilton, sobre todo las damas. Menos mal que no es celosa.

—No, para nada, no me hagas reír, Bonnie. Con la estatura de Alexandra, sus pantalones de hombre y su lengua doble filo, pobre la que se atreva a poner la vista en su conde, y a Henry lo tiene con orejeras para caballo. ¿Y Katy?

—Katy sigue con la familia de Bram en Boston. Al pequeño Randolph Edward no le cayó mal el viaje, está muy contento.

—¿Crees que se queden a vivir allá? Julian escuchó a Bram de especializarse en América.

—No ha mencionado nada. Pero tú sabes cómo es Katy, impredecible.

—El chofer tiene razón.

—Leonard.

—Leonard tiene razón. Le pediré a Marcus que traiga a Grace aquí estos días. Está más cerca de los hospitales. Y nos necesitamos tanto...

La diablilla ha dejado de hablarme de nuevo. ¿Qué pasó? Hay una amiga de la

familia que continuamente visita a la señora Violet. Se llama *lady* Alessia. Una tarde la señora Townsend me llamó a su salón privado y la presentó como una muy querida amiga de la familia y me pidió que le diera clases de manejo, por supuesto que con un pago adicional a mis servicios. Como estoy juntando dinero, acepté de inmediato. La joven fue la que objetó al principio, pero *lady* Violet le dijo:

—Alessia, ¿qué hablamos? Es hora de tomar las riendas de tu vida. Empezarás aprendiendo a manejar. Yo también aprendería si no fuese por mi escasa visión. Con los años, solo distingo formas y colores. Haría más destrozos que Bonnie frente al volante.

—Pero mi familia... —dijo *lady* Alessia— ¿Qué dirán ellos?

—Tú eres la dueña de tu destino —la interrumpió *lady* Violet—. Tomarás las lecciones acá en casa, nadie tiene por qué enterarse. Luego seguiremos con los otros planes.

Al día siguiente, comenzaron mis lecciones con la dama en cuestión. A la mitad de la clase, Bonnie se atravesó, delante de nosotros, cuando íbamos a dar una vuelta. Suerte que tomé el volante a tiempo si no, la arrollaba.

—¿Qué significa esto? —gritó—. ¿Por qué le enseñas a ella y a mí no?

—Órdenes de su madre, señorita Bonnie.

—Bonnie, déjame explicarte —le dijo Alessia.

Pero ella no quiso oír. La diablilla puso las manos en puños, y caminó con grandes y furiosas zancadas a la casa. De nuevo silencio absoluto conmigo. Y, aunque ahora yo me deshago en atenciones para ella y cumplo todos sus encargos, no recibo ni media sonrisa de simpatía. Con lo acostumbrado que estaba a sus charlas... En fin, ya se le pasará, como dice su madre. Ayer, la señora Violet me dio, además de seguir como chofer, el encargo de las labores del mayordomo. El hombre en verdad es muy anciano, viudo, sin hijos. Ha vivido en Garden House desde siempre. Está también muy enfermo, esa enfermedad en la que se les va la memoria de a poco. Todos en la casa lo atienden como un miembro más de la familia. Hay veces que vaga por la residencia desorientado, se queda dormido en cualquier lugar y la misma dueña lleva su mejor manta para arroparlo. Cuando despierta, cariñosamente *lady* Violet lo lleva a sus habitaciones.

—Viví mi niñez rodeada de ancianos —me dijo cuando la vi guiándolo a su cuarto—. Sé cómo tratarlos. A todos nos llega, Leonard.

No se contrata a otra persona, como dice *lady* Violet: «Para no lastimar sus sentimientos». Así que ahora, que tengo más responsabilidades en Garden House, me abocaré sobre todo a la seguridad de la casa. Tantos incidentes a repetición no son de mi agrado. Más trabajo, ahora que en el diario estoy como ayudante de reportero de policiales. Cuando *lady* Violet me preguntó qué me gustaría ser, respondí periodista, casi de una manera irreflexiva, pensando en la

diablilla. Pero desde que el doctor Gervais me consiguió estas prácticas, estoy muy emocionado. Creo que esto es lo mío.

Capítulo 5

—Hola, Grace.

—Mi querida Bonnie. Perdona, pequeña, que no me levante, órdenes de Doger.

—Pensé encontrar a mamá acá.

—Se fue a Garden House, dijo que no le gusta dejar sola a Cosette con Josué porque él es muy impertinente con ella.

—Cierto, aunque se ha moderado un poco, pero siempre la mira con esa mirada de lobo feroz.

—Pobre hermano nuestro. Esta guerra lo ha marcado y... lo que le pasó a Randolph aún más. Se siente culpable.

—¡Bah!, tonterías. Es como dice Amy, mamá está siendo muy condescendiente. Demasiado consuelo. Ya debería haber tomado las riendas de la casa, de la fábrica o regresar a la escuela de medicina. Pero nada, sigue rumiando sus penas enfurecido con el mundo. Todos sufrimos, Grace, todos extrañamos a Randolph, pero es en honor a él que nuestra vida debe seguir.

—Démosle tiempo. Dile que me venga a ver.

—Ya se lo he dicho. Quizás uno de estos días. Al menos desde que llegó Cosette a la casa, se baña todos los días y se pone ropa limpia. Ya no hiere con su presencia.

—¡Bonnie!

—Es cierto, Grace, se le dio por no bañarse y estar encerrado en su habitación. Ayer salió por primera vez a la calle después de meses, ¿y sabes qué trajo? Un oso de felpa para la Violet francesa. Nos rió a todos, nos cuestionó cómo era posible que tuviéramos sin juguetes a una niña. Era cierto, no nos percatamos de eso. Yo le bajé una muñeca de las mías, pero no se nos ocurrió comprarle a la bebé... Era un oso como el que a Randolph le gustaba dormir de niño. ¿Cómo le decía?

—El oso roñoso.

—Sí, muy parecido. Le trajo también dos muñecas y unas ollitas de fierro. La bebé se puso muy feliz, aunque lo que más le gustó fue el oso roñoso, tanto que se lo llevó a dormir con ella. Ahora solo duerme con su osito... Josué me hizo recordar a papá cuando se aparecía con juguetes para todos.

—Y mamá se molestaba por malcriarnos.

—¡Ah, papá!... Bueno, es un gran avance que Josué salga; un niño en casa es bueno. Henry se llevó a sus hijos y el tío los trató muy poco.

—Alexandra me dijo que hizo este viaje más por Henry que por visitar a sus padres. Lo de Randolph lo afectó, también, profundamente.

—Al igual que a Katy. Al igual que a todos.

—Cómo decía papá: «Cada quien sana a su manera». Josué necesita solo

tiempo.

—O un milagro, como dice mamá; aunque estos días lo he visto de mejor semblante, bueno lo he visto más, que es bastante. Se acerca a compartir las comidas con nosotros y, aunque habla muy poco, al menos se sienta a la mesa. Ayer lo vi abrazando a mamá. No sé qué decían, pero ella se emocionó mucho.

—Está encontrando el camino a casa.

—¡Ah!... Estoy dándole clases intensivas de inglés a Cosette, es muy divertido. Cuando esta cómoda, es bastante graciosa, y he descubierto que me gusta enseñar... No sonrías, no voy a ser profesora... seré periodista.

—Señorita periodista, ¿le escribiste al rector para pedirle disculpas?

—No me admitirá de nuevo.

—No importa, le pedirás perdón porque es lo correcto.

—Mañana la escribo. ¡Qué gracioso! Asómate a la ventana.

—No puedo levantarme, ¿qué pasa?

—Leonard está que da vueltas en el carro con tus hijos, ha puesto a Richard en sus piernas y lo deja manejar. Le gustan mucho los niños.

—Que no los vea tía Gloria, odia los automóviles. Por ella tenemos aún el carruaje.

—Umm, es capaz de enseñar a un niño de seis años, pero no a mí.

—No insistas con eso, Bonnie. ¿Ya te vas, pequeña?

—Sí, tengo que ir a ver a Amy y pasar por el restaurante de Katy.

—¿Cómo está la señora Dasporht?

—Ella está bien y maneja muy bien el restaurante de Katy. Antes de irse, nuestra hermana dejó los menús de tres meses y dispuso que contrataran a antiguos amigos del instituto, que fueron amigos también de gatito... ¿Sabes qué me dijo la señora?, pero no se lo digas a nadie, mucho menos a mamá o a Amy.

—¿Qué te dijo?

—Katy ha ido a América a ver cómo era el negocio de la comida y que si ella decidía establecerse por allá, ella también se iría, que no podía dejar a su querida nuera sola porque se lo prometió a Edward en su tumba, cuidarla por siempre. La adora en verdad.

—Y Katy a ella... Ay, Bonnie, temo que nuestra hermana esté pensando en irse a América. En una conversación que tuvo Marcus con Bram, este le dijo que no les gustaba el fuerte antisemitismo que se está viendo en Europa. En Alemania, por ejemplo, los culpan por la Gran Guerra. Está temeroso por su familia.

—Será un golpe muy duro para mamá.

—Bueno, son decisiones de ellos.

—Voy a ver a los niños, a fastidiar un rato a Marcus y a tía Gloria. Y luego a ver a Amy.

Qué gran disgusto ese jovenzuelo. No me gustó cómo engatusó a la diablilla con darle clases de manejo; casi no llegó a tiempo a esa sala. Tiemblo de cólera de pensar qué le hubiese hecho a Bonnie. Sinvergüenza, infeliz. Los moretones en su brazo por los forcejeos me producen náuseas al verlos. Resulta que ese mozuelo rondaba la casa cada dos de tres días, nunca me gustó su presencia. Presumido, altanero, cuando nadie lo veía, trataba mal a los sirvientes, pero cuando Bonnie salía a atenderlo, era todo cortesía. Supuestamente, amigo de infancia, en una conversación, después de que me negué de nuevo a enseñarle a manejar, este tipejo se ofreció a enseñarle a conducir. No lo supe hasta que, en la mañana muy temprano, escuché el motor del auto y las risas de Bonnie y ese jovenzuelo. Aprovechó que los demás miembros de la familia habían salido a llevar a la pequeña francesa al médico por unos chequeos. Bajé corriendo y los encontré dando vueltas. Con los brazos cruzados, yo miraba cómo la diablilla me hacía adiós con la mano mientras derribaba unos setos y unas bancas (fueron el saldo de su primera clase); se reían mucho, lo que terminó por encolerizarme. Marché entonces a mis habitaciones. Al poco rato, algo no me dejó tranquilo y bajé a buscar a Bonnie. El carro estaba en la entrada, al parecer habían entrado por un refresco. Entonces entré a la sala y vi a ese hombre encima de ella forcejeando: quería besarla a la fuerza. En el momento que llegué, ella hábilmente le clavó el codo en sus costillas, él hizo un rictus de dolor para luego levantar la mano con la intención de darle una bofetada. Rabioso, le tomé la mano en el aire, lo agarré con furia y, de un solo sacudón, lo estrellé contra la pared. Aunque el imbécil me miraba iracundo, gritaba amenazas y juramentos, no se atrevió a levantarse. Quise ir detrás de él, pero ella me detuvo.

—Déjalo, Leonard, es muy rico. Te meterás en problemas. —Entonces fue ella quien le dio un fuerte puntapié en el trasero, lo que hizo que cayera de bruces—. Me has decepcionado profundamente, William. Y, por supuesto, nuestra amistad ha terminado.

Aunque el verriondo [\[1\]](#) decía obscenidades horribles e insultaba a Bonnie, no se atrevió a hacerme frente. Era más alto que yo, pero supongo que me vio tan encolerizado que intuyó que si me hacía frente, lo mataba. Se acercó a la puerta a gatas y se fue. Cuando salió de la casa, me fijé en ella. La pobre tenía el cabello alborotado, la camisa desabotonada y los labios le temblaban nerviosamente. Tuve ganas de perseguir al infeliz para destriparlo.

—No sé lo digas a nadie, Leonard —me dijo llorosa—, por favor. Yo lo arreglaré. —Me sonrió tristemente, y subió corriendo las escaleras a su cuarto.

A los pocos minutos, luego de que el oficial se retiró de la casa, mientras todos llorábamos sin poder salir del espanto de la noticia, mamá comenzó a

reaccionar, pudo fijar la mirada en nosotros y, de repente, gritó:

—¡Josué!, ¿dónde está Josué?

—Está bien, mamá —le dijo Grace—, dijeron que él está bien. Está trayendo a... —mi hermana enmudeció, se tapó la boca y abrazó con fuerza a su esposo.

—Está bien, mamá —dijo Henry sin soltar a mi madre, pasando tiernamente su mano por su rostro—. Está vivo y sano. El oficial dijo que él está trayendo a nuestro hermano.

—¡Tu padre! —gritó mamá—, ¿dónde está? ¡Vayan a ver a su padre!

Yo fui quien salió corriendo a buscarlo, lo había visto entrar en la biblioteca y ahí lo encontré. Estaba sentado detrás de su escritorio y me extrañó su expresión, estaba mirando a lo alto de un estante de libros, sonriente.

—Baja de ahí, Randolph —dijo mirando a lo alto del estante—. Ahí no están los dulces. Baja, te vas caer.

Un frío cruzó mi nuca al escucharlo decir esas palabras. Me acerqué despacio hasta ponerme a su lado. Le toqué el hombro con delicadeza, pero él no volteó, seguía mirando a lo alto de ese estante siempre sonriente.

—Papá, papá —le dije varias veces, sacudiéndolo cada vez con más fuerza—. Papá, escúchame. Papá, mírame, por favor.

En el último sacudón, recién reaccionó, volteó a verme y fijó su vista en mí, pero cuando quiso decir mi nombre no pudo.

—Bo... Bo...

—¿Y?

—Salúdame primero, hermana. Amy, tengo hambre, que suban té y galletas.

—Ya, engreída, cuenta. Dos días que no has venido. Habla.

—Las cosas están un poco raras en Garden House. Yo estoy encantada con la Violet francesa y, por supuesto, con Cosette, aunque es un poco tímida o mejor dicho reservada, pero conmigo está más desenvuelta. A quien le tiene mucho miedo es a Josué. Apenas lo ve, se pone tensa, hasta se sonroja cuando él se la queda mirando fijamente.

—¿Y mi madre?

—También feliz con Cosette y con su nieta. La tiene en brazos todo el día. Le habla mucho de Randolph. «Tú papá era así», «Esto rompió cuando tenía cinco», «Esto traje abajo cuando tenía siete», «Estos son sus calzones de boxeador». La niña es adorable, aunque de seguro que no entiende una palabra de lo que dice mamá. La escucha atenta, y cuando mamá ríe, ella también lo hace.

—¿Y con Cosette?, ¿cómo se llevan?

—Muy bien, sabes cómo es mamá, la intimida un poco con sus sesiones de besos y abrazos. Como a ella también le gusta la cocina en eso congenia con madre. Le pidió que la dejara ayudar porque se siente muy inútil en la casa. Siempre ha trabajado desde pequeña. Entonces trajeron unos pescados que

emocionaron a Cosette. Resulta que su madre vendía pescado en su pueblo y, mientras los fileteaba hábilmente, nos contó un poco de su vida. Son... eran muy pobres, Amy. Su mamá vendía pescado en el mercado y, por las tardes, los comerciaba salados en comida... Sabe mucho de eso. Luego cocinó para todos una receta de su pueblo, se puso muy contenta cuando la felicitamos por lo deliciosa que le había salido su comida. Bueno, no todos. Josué, apenas probó la comida, se levantó de la mesa. Cuando mamá le preguntó por qué no terminaba, dijo que estaba muy salado.

—¡Qué grosero!, pobre Cosette.

—La pobre se puso roja, y mamá le dijo a Josué que tenía el paladar de una piedra porque la comida estaba riquísima. Superado el *impasse*, en la sobremesa, Cosette nos contó un poco más de su mamá. Resulta que murió al poco de nacer Violetita, entonces, como ya no podía atender sola el negocio de la venta de pescados, trabajó en algunas casas como sirvienta, bueno, en casas donde la recibían con una bebé cargada a la espalda. ¿Te imaginas lo duro que habrá sido, a mi edad, quedarse sola en el mundo con una niña, sin familia, sin dinero, sin estudios...?

—Sin Randolph...

—Cuando dejó de recibir las cartas de él, dio por cierto que estaba muerto porque, de ninguna manera, hubiese olvidado su promesa de regresar por ellas. Nunca pensó que la hubiese abandonado.

—¿Por qué no nos buscó antes?

—Eso le pregunté y dudó un poco. Me contó que le fue mejor cuando ahorró un dinero y se compró una máquina de coser. Le gusta la costura. Estuvo bien por un tiempo, pero la mala suerte fue que entraron unos ladrones a su pequeño cuarto y se robaron su herramienta de trabajo; se asustó mucho. Si los vecinos no hubieran escuchado sus gritos, la hubiesen... lo que imaginas. No le hicieron daño, pero se llevaron sus instrumentos, fue entonces que tomó la decisión de venir a Londres.

—Quizás dudó en buscarnos porque pensó que nos quedaríamos con su hija. Suele pasar. Muchas mujeres humildes cuando van a pedir ayuda a la familia del padre muerto, les quitan los hijos y las botan a la calle.

—Yo también lo creo. Cuando converso con ella de Randolph, lo poco que habla de él es que nunca pensó que él fuese rico. Era tan sencillo y campechano. Entraba a la cocina de su mamá, preparaba unas deliciosas salchichas y luego lavaba los platos. No era para nada pretencioso.

—Así era nuestro hermano.

—Cuando llegó a Londres, pensó que éramos una familia modesta, de clase obrera. Le entendió a Randolph, por sus conversaciones, que su mamá Violet cultivaba plantas y su padre trabajaba en ferrocarriles.

—No que era el dueño de la función. A Randolph como a Katy siempre les ha

disgustado decir que tenemos dinero. Hasta creo que siempre les avergonzó. ¿Y ahora qué piensa?

—Que Randolph no mintió cuando dijo que su madre era una santa y que todos somos buenas personas.

—¿Hasta Josué?

—Hasta él. ¡Ah! Lo olvidaba, ayer, por fin, Cosette le hizo frente a Josué.

—No me digas, por fin alguien en esa casa se animó a hacerlo.

—Yo sí lo increpo, Amy. Buenas reprimendas que le he dado, pero como soy la pequeña Bonnie, nadie me respeta.

—Ya, engreída, cuenta.

—Yo no estaba espiando, por si acaso...

—Sí, claro, cómo no.

—En serio, entraba en la sala y, al oír la discusión, me quedé detrás de las escaleras.

—¿Y no estabas espiando?

—No, seguí mi marcha, pero comencé a caminar un poco más lento... No te rías tan fuerte, se te saldrá el hijo. Bueno, entró Josué a la sala donde Cosette y el bebé jugaban gateando en las alfombras y, de frente, sin saludar ni nada, le preguntó a ella por nuestra madre. Ella se puso seria y le dijo en francés: «*Bonjour, monsieur*. Su madre salió a visitar a la señora Grace. No tarda en llegar», se puso de pie y levantó a la niña. Pero esta pataleó tanto que la tuvo que dejar de nuevo en el piso y corrió Violetita a los brazos de Josué, quien para variar le traía juguetes y dulces. «*¡Par Dieu, non!*»^[2] —gritó Cosette disgustada—. No ha cenado, la llenará de dulces y no querrá comer luego». «Guárdaselos para después de la cena», le respondió Josué, quien había levantado a la pequeña y le daba vueltas en el aire. Cosette se puso furiosa y comenzó a gritar: «No comerá, ya los vio y no parará de llorar hasta que se los dé. Malcriar es malo. Los niños crecen irrespetuosos». «Como yo», le dijo Josué mirándola de reojo sin dejar de jugar con la niña que se entretenía jalándole su barba. «Si usted lo dice... Deme a mi hija, le toca su baño». Josué se la puso en sus brazos de mala gana y la vio subir las escaleras. «Dale uno y, después de la cena, el resto», le gritó. Luego soltó una carcajada al oír a Cosette maldecir en francés.

—Muy bien por Cosette.

—Aunque es tan pequeña como mamá y de apariencia muy frágil, tiene su carácter.

—Lo bueno es que Josué está pensando ya en alguien que no es él... Pero me extraña la actitud de nuestro hermano, él siempre fue muy amable con las mujeres. No sé por qué, en particular, le tiene tanta aversión a Cosette.

—Umm, qué pasará por su cabeza... Asómate a la ventana para que me veas manejar el automóvil, convencí a Leonard de que tú querías verme detrás del volante. Daré una vuelta en la plaza.

—Bonnie, antes, que todos los niños estén dentro de la casa.

—¿Tú también, Amy? ¿Por qué son todos así conmigo?

—¿Te acuerdas cuando se te atoró la pierna en la gradas del jardín?

—Era una niña.

—Hace un año, Bonnie. Tuvo Henry que mandar cortar los escalones para sacar tu pie.

—Pero ahora no es así. Leonard dice que tres clases más y me dejará salir de Garden House. Es increíble cómo un extraño tiene más fe en mí que mi propia familia.

Capítulo 6

Gervais y Bram dijeron que nuestro padre tuvo un infarto cerebral. No volvió hablar desde ese día, solo algunas palabras, oraciones cortas, pero cada día menos. Tampoco volvió a caminar. A veces fijaba su mirada en nosotros, por ratos y, de repente, se le perdía en el horizonte. A quien más podía seguir era a mi madre.

—Jo... —decía cada vez que ella se le acercaba—. Jooo... sué.

—Está bien —le decía mamá tras besar sus manos—. Está vivo, esposo, nuestros hijos volverán pronto a casa. Espéralos.

Papá le sonreía, cerraba sus ojos y esperaba. En esos días, mis hermanas y sus familias se quedaron en Garden House. Nos turnábamos para estar con él y nunca dejarlo solo. Era la disposición de mi mamá nunca dejarlo: «Que siempre vea a alguien a su lado». Contó mamá que su mayor miedo, de la vez que quedó prisionero en una chimenea siendo niño, era morir estando solo. Claro que obedecimos, nos turnábamos y hasta nos peleábamos por estar con él. En uno de los momentos que me quedé a solas con él, me dijo:

—Abajo... liii... bro... azul.

—¿Te lo traigo, papá? —Sabía que se refería a una agenda grande que siempre traía con él.

Fui corriendo a la biblioteca y se lo subí presto, pero no quería leer el libro, con señas me indicó que en la tapa había un doble forro y en el interior una carta. La saqué y, al verla, sonrió.

—Jo... Jo...

—Es para Josué, ¿quieres que se la dé?

Sonrió como señal afirmativa. Y lo besé en la frente.

—Tú mismo se la darás. Te pondrás bien. Espéralo, como dice mamá.

Y mi padre esperó por dos días el regreso de sus amados hijos, que fue el tiempo que Josué tardó en traer a Garden House el cadáver de nuestro hermano Randolph.

—Amy, dile a *lady* Elinor que no quiero ser *presentada en sociedad* como si fuera una yegua en venta.

—De nuevo te salió con eso.

—Cada vez que vengo a tu casa, me habla de lo mismo, que se me está pasando la edad para el baile de debutantes, que podemos hacerlo aquí en el castillo, que ella será mi presentadora... Dile que esas cosas ya no se estilan, no para mí, por lo menos.

—Pobre mi madre, vive en los tiempos de la reina Victoria. Déjala. Al grano, ¿cómo está la casa?

—Las discusiones de Josué y Cosette siguen en aumento, pero ella ya no se

deja y lo pone en raya.

—Bien por ella.

—Ayer —hablaba Bonnie mientras le acomodaba los almohadones a su hermana para que acomodara su enorme barriga—, en la cena, fue muy gracioso. Sentados todos, Cosette se esmeraba en que Violetita comiera una zanahoria. La bebé la recibía en la boca y luego la escupía, pero Cosette insistía. En eso, Josué salió en defensa de la pequeña al decirle a la mamá: «Si no le gusta, dale otra cosa». «Tiene que aprender a comer de todo, las verduras son buenas», dijo Cosette. Luego Josué le contestó: «Pero no quiere, no la obligues, le caerá mal», y comenzaron a discutir como si mi madre y yo no estuviésemos presentes. Cosette hablaba con palabras en francés mezcladas, y Josué también le hablaba en inglés mezclando interjecciones en francés. «Los niños deben comer lo que les guste», «En tiempo de guerra se come de todo», «No estamos en guerra», «No criaré una malcriada, *non*», «Es una criatura, ¿por qué la obligas?». Mamá y yo nos mirábamos sin saber qué decir. Hasta que Josué se levantó de la mesa y se fue. Cosette, roja de la cólera, apenas se percató de nuestra presencia y, entonces, le pidió disculpas a mamá. Pero *lady* Violet, extrañamente, estaba muy alegre, parecía que la discusión de ambos la había divertido y le dijo que no se preocupara, que Ian, nuestro padre, había sido igual de engreído que «Si por él hubiese sido, criaba a nuestros hijos a base de pasteles». Se acabó la cena y mamá se quedó muy pensativa.

—Algo trama *lady* Violet.

—Eso me temo, ha dispuesto una renta para Cosette. Ella se negó, pero igual se la ha impuesto. Conversó con ella sobre su futuro y la «Imperiosa necesidad de aprender una profesión».

—*Imperiosa*, la palabra de papá.

—Cosette le dijo que quería aprender a coser, que eso le gusta y que en su pueblo había aprendido algo, ayudando a una modista de la zona. Inmediatamente mamá ha conseguido que fuera al taller de *madame* Diana, tres veces a la semana, para que aprenda. Eso puso muy contenta a Cosette, pero al que no le gustó nada la idea fue a Josué, que discutió con mamá aduciendo que Violetita estaba muy pequeña y necesitaba estar con su madre todo el día. Mamá ni se molestó en contestarle. Lo único que le dijo fue: «Tiene que aprender un oficio como todos en esta casa. Es una ley impuesta por tu padre. Nadie entra a Garden House y se va sin aprender un oficio con que defenderse en la vida». Josué se puso a discutir un poco más e insistió en que Violetita era muy pequeña para que la dejaran sola. Mamá le respondió que para qué estaba su abuela. Discutieron un rato, pero como siempre, mamá ganó.

—Es cierto, jamás le faltará nada a ella ni a Violetita. No pasarán nunca por necesidad alguna, pero tiene que desenvolverse en la vida con una profesión. Y si es lo que le gusta, está bien.

—Dice mamá que, después de que des a luz y tengas tiempo, le enseñes diseño a Cosette, que puede ser tu nueva asistente. Mientras, seguirá yendo al taller de *madame* Diana.

—Claro, encantada. Amo a mi familia y a mis hijos, pero estoy loca por volver a trabajar en mis vestidos, tengo miles de ideas... Hazme recordar pedir folletines a Nueva York y a París... Imagino que *madame* Diana estará feliz con Cosette, por fin habrá una verdadera francesa en ese atelier.

—¿*Madame* Diana no es francesa?

—Claro que no, es de Breton. Tenía una tía francesa por parte de su abuela y cuando puso su taller, se hizo pasar por francesa. Si le hablas muy rápido, no entiende nada de francés.

—Ojalá que congenie con Cosette.

—Lo hará, *madame* Diana es muy buena, ha sufrido mucho en la vida y sabe reconocer a la gente afable.

—A Josué tampoco le gusta la idea de que Cosette esté andando sola por la ciudad. Qué gracioso. Yo, su hermana menor, ando todo el día en la calle de aquí para allá y ni pregunta adónde voy. En cambio, con Cosette pegó el grito en el cielo. Han contratado otro chofer para que esté a su disposición.

—¿Qué dice mamá de la actitud de Josué?

—Nada, solo sonrío con su risa misteriosa.

En la tarde, horas después del incidente con el tal William, Bonnie me buscó en el garaje y me habló aún compungida.

—Gracias por no contarle nada a nadie de lo que pasó con William.

—Tú deberás contarles —le dije serio—. Sobre todo, a tu mamá. Ese hombre puede aparecer de nuevo.

—Estoy tan triste, Leonard. Pensé que William era mi amigo. Si no hubieses entrado a la sala... Gracias por no contarle a nadie. No sabría cómo justificarme ante mamá. A ella nunca le agradó, desde hace tiempo me aconsejaba tenerlo lejos. De niño era agradable, pero ya adulto estaba tomando actitudes molestas.

—Tu madre tiene un ojo perfecto para ver a las personas.

—Es un don, decía papá. Mamá intuye la bondad de las personas. En cambio, tú le caes muy bien... Debes pensar que lo que dijo William es cierto, que soy una provocadora. O como diría Katy, las del tipo casquivana.

—No es lo que pienso.

—Lo conozco desde niño. Creí que era mi amigo y...

—Una mujer nunca provoca la agresión de un hombre. El que agrede a una mujer es porque es un cobarde. Agreden a los más débiles porque quieren y pueden.

—Yo siempre soy así. Me gusta reír, hacer bromas y...

—No es tu culpa, Bonnie. Él es un cobarde. ¿No lo viste arrastrarse por el

piso y no hacerme frente? Hablaba y hablaba, pero se cuidó bien de estar lejos de mi puño. Aunque, ciertamente, debes tener más cuidado. Por ejemplo, entrar al garaje a hablar conmigo cuando no hay nadie y en la noche, no está bien.

—No estamos haciendo nada malo.

—Pero soy un hombre y tú una mujer.

—Tú no me harías daño.

—No, pero los demás sirvientes, ¿qué pueden pensar?

—Nada, y si piensan algo que no es cierto, entonces qué me puede importar.

Yo sé que no pasa nada indebido y es suficiente.

Imposible de refutar su lógica con algún «pero» más. Callé. Ella también no dijo más, me dedicó una linda sonrisa y, tras darme un beso rápido en la mejilla, se fue corriendo. Es una mujer muy inocente que no mide el peligro. Buscarme en la noche, en un garaje vacío...

Estimado Henry:

Supongo que las noticias ya habrán llegado a Nueva York, teniendo a la chismosa de Bonnie como hermana, sé que ya le contó a Katy. Te aseguro, Henry, si no la detenemos, nuestra hermana menor terminará escribiendo libros en los que contará a detalle todas nuestras vidas. Bueno, al grano, se apareció esta mujer diciendo ser la madre de la hija de Randolph. ¿Cuál es mi opinión? No lo sé. Muchas cosas extrañas y, después de casi dos años, aparecer... Y sí, ciertamente, la niña es muy parecida a nuestro hermano, pero estoy desconcertado. Existe mucha gente inescrupulosa que busca, de cualquier manera, de hacerse de dinero. La joven, Cosette se llama, parece ser decente, pero uno nunca sabe. Ser una Townsend le cambiaría la vida. Es de aspecto humilde y viene de una zona también bastante pobre de la Francia devastada por la Gran Guerra. ¿Qué es lo que no me cuadra de todo esto? Primero, no haber sabido nada de ella antes. Randolph y yo continuamente nos escribíamos, así estuviésemos separados, en diferentes batallones. Él todo me contaba. Es cierto que los últimos meses fue contando muy poco, pero si se hubiese enamorado, y hubiese tenido serias intenciones con la chica, me lo habría dicho. Aunque nunca llegó a saber del embarazo, le ordenó a Cosette que nos buscara porque quería saberla protegida... Es tan extraño. Otra cosa, la mujer es innegablemente hermosa, si un hombre no se fijara en ella, sería porque no tiene ojos, pero es demasiado joven, demasiado ingenua. Conocí a Randolph mejor que nadie. Más que tú. Conocí todas sus novias y aventuras. Desde que comenzó a enamorar chicas, estas siempre tuvieron casi un mismo perfil: mayores, grandes, seguras de sí mismas, se aburría de las chicas de aspecto frágil y sumiso. Como era su expresión: «No me gustan las mujeres que parecen que si estornudo muy cerca de ellas, saldrán volando». Esta mujer, aunque muy hermosa, está muy alejada de sus gustos. ¿Será una impostora, entonces?, pero la niña es demasiado parecida a él y las cartas que trajo, ciertamente, tienen la letra de

nuestro hermano; son solo dos cartas. En una se despide de ella y le reitera su amor. En la otra, a los dos meses de la primera, le dice que el regresaría a casarse con ella, pero que si estaba embarazada y, por alguna razón él no regresaba, fuera a Londres a buscar a sus padres, y le dio la dirección de la casa. Aunque, te comunico, Henry, que he tomado la decisión de que así descubriese que todo es una mentira, y que la bebé no fuera la hija de Randolph, igual le quito la niña a la impostora y la criaremos como una Townsend, ya que es tanta la alegría de nuestra madre por tener a esa niña en casa, está tan contenta. Desde la... de eso... lo de Randolph, no la escuchaba reír y menos cantar. Desde que Violetita (así se llama a la niña) está en Garden House, lo ha vuelto hacer. Me he puesto a investigar y no pararé hasta dar con la verdad...

—¿Y cómo va todo en Garden House? —hablaba Grace mientras Bonnie le acomodaba los almohadones detrás de su espalda.

—Bien, estás más gorda que Amy. Creo que saldrás primero.

—Ya no veo la hora. Tía Gloria y Marcus pelean todo el día. Ya no los soporto.

—Las gemelas ya están bien. Están tan lindas. Mamá les ha mandado a hacer vestidos iguales, como se vestían Katy y Amy.

—Sí, mis hijos están creciendo bien. Los que me atormentan son mi esposo y mi tía.

—Déjalos, mi tía jamás le perdonará lo que te hizo, y Marcus tiene aún mucho que espiar.

—Bueno, cuéntame. ¿Cómo están las cosas en Garden House?

—Mamá está muy feliz, enamorada de su Violetita. Cosette está empezando con sus clases donde *madame* Diana y le va bien también. La han puesto en el atelier a hablar con los clientes. ¿Sabías que *madame* Diana no es francesa? Bueno, a quién le importa. Cosette le ha hecho unos vestidos nuevos a Violetita muy bonitos; dice Amy que tiene arte.

—¿Has logrado averiguar más detalles de su vida?

—De sus conversaciones, un poco. Habla de su mamá siempre, todo el tiempo. La extraña mucho. Eran solo las dos contra el mundo. Ayer nos hizo reír al contarnos que su mamá era una mujer muy alta y robusta, por lo que ella deduce que su padre debió ser un enano de circo porque ella es muy bajita.

—Sí, es casi del tamaño de mamá.

—Luego nos contó que no tenía más familiares. Parece que cuando la mamá salió muy joven embarazada, la familia la echó de casa. Por eso solo eran las dos. Luego que vivió siempre en Audresselles, que es puerto. Su mamá, aunque madre soltera, era muy respetada en la zona, todos la querían mucho porque era una mujer muy generosa que estaba dispuesta a ayudar a todos y porque siempre tenía su filoso cuchillo atado a su delantal.

—¿Y de Randolph?

—Muy poco. Siempre que trato de dirigir la conversación hacia él, o para que me cuente detalles de cómo se conocieron, desvía el tema. Al parecer llegó con una batería y se quedaron unos días para abastecerse de provisiones. Dijo que podía comerse tres pescados sin botar ninguna espina y que era alegre, conversador y silbaba tan fuerte como su mamá.

—Me agrada en verdad Cosette. Es muy sencilla y humilde.

—Grace..., no sabe leer.

—¿En inglés?

—Ni en francés. Nunca fue a la escuela. Eran muy pobres.

—No es una vergüenza no saber leer, pero si ahora tiene la oportunidad y no la aprovecha, sí sería una vergüenza más tarde. Dale clases.

—Ya empecé esta semana. Es muy inteligente. Algo torpe en la caligrafía, pero está aprendiendo el inglés muy rápido. ¿Cómo se hablarían con Randolph? Nuestro hermano jamás quiso aprender el francés.

—Ningún idioma. Le dolía la cabeza, decía él. Ese loco... ¿Josué?

—Mejor, está menos gruñón, ha ido a la facultad y le permitirán ingresar en junio después de dar unos exámenes. Quizás para primavera ya se gradúe como doctor. Esta todo el día estudiando y yendo a la biblioteca en las tardes. Y ha comenzado algunas tardes en la fábrica a hablar con los administradores, tras llevar a Cosette donde *madame* Diana. Como despidieron al chofer...

—¿Leonard?

—No, Leonard no, el nuevo que contrató para Cosette. No me explicó bien Josué, pero creo le faltó el respeto a Cosette.

—¡Oh, Dios!

—No me gustó nunca y a Leonard tampoco. Era un hombre extraño de una mirada muy libidinosa. Una mañana bajé la escalera corriendo por unos fuertes ruidos que escuché. Vi a Leonard tomando al hombre de los brazos y lo arrojó a la calle. Para esto Josué le había dado un fuerte puño en la cara.

—¿Qué pasó?

—No me lo quisieron decir. Al parecer, cuando entró Cosette a la cocina escuchó al chofer y a una doncella, la flaca nariz de cuervo, que hacían bromas obscenas sobre ella y su hija. Cosette escuchó todo, pobrecita. Se le llenaron de inmediato los ojos de lágrimas y se marchó corriendo con la bebé. Pero Josué, que venía detrás de ella, también escuchó las burlas de esos infelices e inmediatamente los echó de la casa. Yo ya le había dicho que no me gustaba ese par.

—¡Qué desagradable!

—El chofer, lejos de pedir disculpas, y delante de Josué, volvió a insultarla, fue en ese momento cuando nuestro hermano le dio un fuerte golpe. Felizmente Leonard corrió a detenerlo porque estaba tan furioso que hubiese llegado a mayores. Intervino entre los dos y arrojó al hombre a la calle.

—Pobre Cosette.

—Sí, es muy sensible sobre ese tema. Como su mamá fue madre soltera, debió haber sufrido muchas ofensas, y ahora ella. La historia se repite. Fui a su recámara a consolarla, entonces me dijo: «Soy una mujer decente, Bonnie». «Claro que lo eres», le dije, y la abracé. Tendría que ser un poco más Townsend y que no le importe lo que digan los demás.

—Dile que venga a visitarme. Yo sé de eso.

—Lo haré. Mañana que no estudia, la traeré junto a Violetita.

—Por cierto, señorita. Todos estudian, ¿y tú? ¿Cuándo retomarás tus estudios?

—En primavera junto con Josué. Lo juro.

—El año sabático lo estás tomando demasiado en serio.

—Estás igual que mamá. Te lo prometo, en primavera.

—¿Escribiste al menos la carta al rector para pedir disculpas?

—Lo haré.

—Bonnie...

—Es un viejo horrible y machista... Ya no me mires así, lo haré pronto... Mientras tanto, sigo haciendo mi investigación sobre la familia Townsend y sus entuertos.

—Terminarás anciana.

—Así parece, esta familia es muy complicada, un *gran entuerto*, como dice Leonard... El capítulo que más temor tengo de escribir es sobre Randolph. Pero lo haré y daré con la verdad.

—Hay heridas que es mejor no abrirlas.

—Grace, algún día Josué tendrá que hablar y contarnos como murió. Sé quién también sabe la verdad, estoy segura.

—¿Quién?

—Doger... Yo los vi en la biblioteca, a los pocos días del entierro de Randolph, estaba con Josué, uno sentado al lado del otro. Josué, con las manos tapándose la cara, lloraba, y Doger, con una mano en su hombro, trataba de consolarlo. En murmullos le decía: «No es tu culpa», y el nombre de Randolph fue pronunciado muchas veces. Doger le insistía: «No pudiste haber hecho más», «Lo de Randolph era irreversible» o incurable, no recuerdo la palabra exacta.

—¡Oh, cariño! Amaba al loco de nuestro hermano, con toda mi alma. Mi hermano querido que trajo de vuelta a mi esposo del peligro... Pero... en verdad, yo no quisiera saber. Ya mi cuota de lágrimas por él rebalsó... lo que no quiere decir que tú no sigas con tu historia y si es necesario saber la verdad, hazlo.

—¿Aunque duela?

—*El pasado, pasado es*, como dice mamá. Yo solo quiero recordarlo alegre, alocado e imprudente.

- No es extraño que ni mamá pregunte por lo que pasó.
- Quizás, como yo, no quiere tocar el tema que la hará sufrir.
- Puede ser... Voy a fastidiar un rato a Marcus y me voy.
- Déjalo tranquilo, bastante tiene con tía Gloria.

—De ninguna manera. Prometí a nuestro padre atormentar a Marcus y a Julian por el resto de sus vidas por haber hecho sufrir a sus hijas. Además, a él le gustan los apodosos que le pongo. Aquí tengo mi lista: Cara de mapa, pirata de fonda...

Al día siguiente del incidente con el amigo William, muy temprano, me acerqué a *lady* Violet para pedirle permiso y poder dar clases de manejo a Bonnie. La señora me miró seriamente, puso un dedo sobre sus labios y, tras hacer un gesto gracioso de reflexión, aceptó al decir: «Si no puedes con el enemigo, únete a él». Creo que la diablilla, al fin y al cabo, le contó sobre William. Nos fuimos a un campo abierto porque simplemente no quiero morir y sí que lo haré con esta mujer atolondrada al volante. Pero descubrí cuál es la razón de su torpeza, nunca se calla. Habla y habla y, claro, cada vez que volteaba a ver si yo le seguía la conversación, nos estrellábamos contra algún arbusto. Prohibí hablar mientras maneje. Es muy lista y me hace reír con sus disparates. Incluso nos aventuramos a dar unas vueltas fuera de Garden House. Noté, cuando iba a su lado, el moretón que ese imbécil había dejado en sus brazos, tuve que poner mucho empeño en disimular mi rabia.

—No puedo creer que mamá te haya dejado darme lecciones —me decía sonriendo.

- Es una mujer admirable.
- Sí. Papá siempre lo repetía: *lady* Violet es única.
- Y no le gustó la presencia del infeliz ese en la casa.

—A mi mamá no le agradaba William. A papá tampoco, ni él ni su familia. No le gustó que hubieran sacado a todos los hijos del país cuando estalló la Gran Guerra. Hasta pagaron mucho dinero para que no fueran al frente... aunque sus hijos están todos vivos. En cambio nosotros... No lo provoqué, Leonard, como dijo William. Pensé que éramos amigos. Habrá que aprender la lección de no ser tan sociable con los hombres porque pueden confundir tus atenciones.

—Quizás, pero no puedes dejar de ser tú, Bonnie. No te veo como una mujer reservada.

—Gracias —me respondió con un tono de ofendida.

—No te faltó el respeto. Es solo que no eres una niña. Eres una mujer muy hermosa y con un ingrediente fatal, no eres consciente de ello.

—Umm.

Las palabras salieron de mi boca sin darme cuenta. El sol daba en su cara, sus ojos violetas brillaban y también sus labios rosados. Cuando ya había dicho

eso, me di cuenta de mi error al ver que ella se sonrojaba intensamente. Luego yo también me ofusqué. Entonces un silencio se apoderó de, hasta ese momento, la amena conversación. Regresamos a Garden House los dos muy nerviosos y casi en silencio. ¡Joder! Sí que es hermosa. Habría que ser un tragasantos para no darse cuenta. Un rostro de muñeca y un porte de amazona, pero, más allá de ello, es una criatura con una calidez y dulzura que conmueve. ¡Qué lío es todo esto!, se supone que estas personas eran mis enemigos, que ella era la hija del hombre que le hizo tanto daño a mi madre, y yo estoy todo el día pensando en ella, pendiente de sus necesidades o de la admirable señora Townsend, y preocupado porque los cercos estén bien altos (la señora dispuso que también me ocupara de la seguridad de la casa). Cada día me sorprende más de la bondad de estas personas. Nada de esto tiene sentido, a quién engaño. Al tener cerca a Bonnie, tengo la necesidad de protegerla y ahorcarla. Es tan inocente e irreflexiva, bondadosa, tierna, caprichosa. Adoro cómo brillan sus ojos, cómo con tanta alegría ve el mundo para el cual no está preparada. Debo irme pronto. Las razones por las que quise entrar en su casa, mejor dicho, la razón ya no existe. Aunque siento una obligación con ambas, madre e hija al verlas desprotegidas, debo irme para no lastimarlas. Estoy ahora convencido de que el secreto de Ian nunca deberá saberse. Si al menos el infeliz de Josué se diera cuenta de lo que está pasando en su propia casa, de cuánto su madre y hermana lo necesitan...

Capítulo 7

—Grace, ¿te parezco bonita?

—¿A qué viene esa pregunta, cariño?

—Digo... No soy fea, pero...

—Eres muy bonita, Bonnie. Tienes la preciosa cara de mamá y el porte de nuestro padre. Pero, sobre todo, eres bella por dentro. Un ciego sobradamente se enamoraría de ti, pequeña.

—No, hermana, me refiero como... como mujer.

—Eres mujer.

—No, tú no entiendes, ser atractiva para que un hombre me vea atractiva, no como niña... Anoche estuve dos horas, casi, mirándome en el espejo de forma crítica e imparcial. Nunca me había visto a mí misma como mujer.

—Eres muy linda. Mamá es hermosa y tú eres su viva imagen.

—Por eso todos se pelean por llevarme a vivir con ellos. Randolph fue lo que me dijo en su última visita, al tomar mi mentón en sus grandes manos: «Cada día te pareces más a ella, coneja, cuando me case, te llevaré a vivir conmigo». Y me dio un cálido beso en la frente.

—Ah... nuestro querido hermano. ¿A qué vienen estas preguntas, Bonnie?

—¿Puedo confiar en ti?

—Claro.

—He recibido cortejos y tenido admiradores desde muy pequeña, aunque con hermanos tan posesivos como los míos, no tuvieron mucha suerte, pero nunca he sentido esto.

—¿Qué es lo que sientes? O, mejor dicho, ¿quién es, Bonnie?

—Leonard.

—¿El chofer? Tú y él están...

—No, claro que no, es un caballero. Nunca se me ha insinuado, hasta hace unos días me trataba de usted. Fui yo la que le pidió que me tuteara.

—¿Entonces?

—Es que no sé, Grace. Me desconcierta. Todo el día pienso en él. A veces me cae muy mal, luego me parece... muy atractivo. Tiene la piel bronceada, aunque no es tan alto, pero sí muy corpulento. Lo que me agrada más de su rostro es que es muy varonil. Sus gruesas cejas, cuando se enoja, se llegan a juntar tanto hasta hacer una sola línea y cuando está sorprendido o alegre, se levantan intercaladamente. Parecen tener vida propia. A pesar de su fuerte acento español, que me encanta, habla muy bien, es instruido, lee mucho, lo veo siempre con libros cuando nos espera, también es muy correcto en su actuar. Y tiene, como dice mamá, la mirada limpia. Quisiera conocer más a Leonard. No le gusta que lo llame así, se molesta, pronuncia más su acento español y me dice: «Me llamo Leonardo». Por molestarlo y para ver cómo se juntan sus cejas le

digo de nuevo: «Leonard, ¿estoy hablando muy rápido?, ¿verdad?».

—Sí, común en ti cuando te emocionas.

—¿Qué me pasa, Grace?

—Algo que todos sabíamos que algún día llegaría, pero no tan pronto. Eres nuestra pequeña, Bonnie. ¿Por qué creciste, cariño?

Los dos días que esperó mi padre la llegada de Josué y Randolph fueron, a la vez de muy tristes, la manifestación más grande de amor. Mamá se sentaba al lado de su cama y le hablaba incansablemente, recordando cómo se habían conocido. Anécdotas de unas brujas con sus bolsos y del barón al que le gustaban las flores al atardecer. Papá, haciendo un gran esfuerzo, sonreía, o si no ella le hablaba del futuro, de aquel viaje a América prometido o de los nombres de los nietos. Papá no hablaba, pero cerraba y abría los ojos en señal de que seguía la conversación. A veces se quedaban solos, en silencio, mirándose.

—¿Tu terno negro con el que te conocí?

Papá parpadeaba como una señal afirmativa.

—Tenle paciencia al abuelo y a mis Alfreds.

Papá reía.

—Lo buscarás y le jalarás las orejas a ese loco por habernos hecho esto.

Josué llegó a casa y trajo a Randolph. Llegó nuestro hermano e, inmediatamente, de dos en dos, subió las escaleras de la casa a ver a nuestro padre. Conmovido, se arrodilló a su lado y besó su mano. Nos habíamos quedado solos en la habitación, entonces papá, con señas, me indicó que le diera la carta que pidió que guardara.

—Papá me dijo que cuando vinieras te diera esto.

—Después —dijo mi hermano poniendo su mejilla en la mano de mi padre—, después.

—Hazlo, hermano.

Josué levantó la mirada para ver el rostro de mi padre y él, con la mirada, le suplicaba que leyera esa carta. Mi padre estaba muy atento a la reacción de Josué cuando comenzó a leerla. La leyó pausadamente, era muy extensa, de varias hojas, a veces levantaba la vista y miraba extrañado a papá. Terminó de leer y le dijo:

—No tengo nada que perdonarte, padre —besando sus manos otra vez, agregó—: Nada. El mejor padre, el mejor amigo, lo mejor de mi vida.

—Per... perdón... —murmuró él.

—No, padre, no tengo que perdonarte.

—Per...

En eso, yo intervine, vi el rostro desesperado de mi padre y las lágrimas que caían del borde de sus ojos.

—Perdónalo, Josué, quiere escuchar que lo perdonas.

—¡Oh, padre!, ¿perdonarte qué? —mi hermano lo miró conmovido, dio un suspiro y lo dijo—: Está bien, te perdono.

Mi papá sonrió y se lo quedó mirando fijo. En ese momento, como si la hubiesen llamado, entró mi madre corriendo a la habitación.

—Ian, Ian, amor —dijo acercándose a su lado, y besó su frente—. Amor mío, no estás solo. Estoy contigo. Estás con tu familia. No estás solo, estás rodeado de mucho amor. Ve tranquilo —le murmuró al oído.

Unos segundos después, mientras mi madre seguía besando su frente, Josué cerró los ojos de nuestro padre y juntó ambas manos sobre su pecho. Luego se levantó y arrojó la carta al fuego.

El trabajo en el periódico como ayudante del reportero de policiales, Edgar Wallace, me tiene muy ocupado. Mi jefe es un hombre de mediana edad, un poco bajo y bastante regordete, de ascendencia irlandesa y escocesa. Vivió por un tiempo en México, habla muy bien el castellano, por eso me asignaron a él. Es muy inteligente y, en verdad, muy versado en su oficio. Extrañamente a él no le gusta que se diga que el periodismo es una profesión, argumenta que «Las profesiones se aprenden en la universidad. Esto es un oficio porque se aprende en la calle». Sobre todo el reportero de policiales, como dice él, se aprende «Afuera de una morgue y dentro de las cantinas y burdeles». Eso último se lo dejo a él. Robándole horas al sueño, me encargo de recoger las noticias de las morgues. Tan ocupado ando que me he desentendido por completo de hacer averiguaciones concernientes a Josué y a Ian. En realidad, con el paso de los días, es lo que menos me interesa. En esta casa pasan tantas cosas, y todas a la vez, que no hay tiempo para pensar en nada. Ahora se sumó un altercado con el nuevo chofer, que se atrevió a faltarle el respeto a la señorita Cosette. Josué se puso furioso; si no hubiera intervenido yo, le hubiese dado una gran paliza. Nunca me gustó el sujeto, muy fanfarrón y tenía la sensación, aunque lo negaran, de que tenía una relación de antes con una de las doncellas. Como *lady Violet* me ha dado la orden de hacerme cargo del personal, la despedí a ella también. Si algo me enseñó la vida y la orfandad sin rumbo desde los quince años, es a desconfiar de la gente. Se notaba que se conocían, el chofer nuevo llegó también por un aviso en el periódico y quien lo contrató fue el mismo Josué. Si fue tan estricto y meticuloso en su proceso de selección como lo fue el otro el hermano para contratarme a mí, pues... Estos Townsend son tan inocentes, parecen salidos de un algodón de azúcar. Sentí lástima por la señora Cosette al ver su incomodidad y desazón al escucharlo decir: «La amante de los patrones», y cuando la otra doncella hizo bromas vulgares sobre las francesas. Me dio mucha pena, aunque al principio tuve mis dudas por la manera en se presentó en la casa. No parece mala persona, es muy servicial, humilde y he

notado que ni sabe leer. Mi diablilla le está dando lecciones, si no logra sus sueños de ser periodista, podría ser una excelente maestra. La niña también se ha ganado el afecto de todos, sobre todo el de Josué. A penas llega de la calle, se le sube a los brazos y no lo deja tranquilo hasta que la lleva a dormir. No se ha contratado otro chofer. Pero amablemente *lady Violet* ha dispuesto que Josué se encargue de la movilidad de Cosette que está llevando clases de costura, para que yo pueda continuar con mis estudios. En momentos de lucidez, el mayordomo me dice que por eso los sirvientes siempre entraban y salían de la casa, porque Ian Townsend valoraba mucho la educación, a todo sirviente mujer o varón, aparte de trabajar en la casa, se le pedía, hasta se le exigía que estudiara en tiempos libres, y se les brindaba facilidades en tiempo y dinero. Aprendían una profesión u oficio y se iban. Basta ver la cantidad de cartas o encomiendas que recibe la familia todos los meses de jóvenes o adultos a los que, como a mí, les dieron la oportunidad de estudiar y son algo en la vida. Qué admirable familia. Es contradictorio que este hombre, descrito por su esposa, amigos y cuanta persona que lo conoció como una persona honorable y justa, haya sido capaz de haberle hecho eso a mi madre. Pienso, quizás justiciándolo, que quiso darle el hijo que *lady Violet* no pudo tener. Embarazó a mi madre con ese propósito. En conversaciones que he tenido con el doctor Gervais sobre *lady Violet*, me contó que siempre ha sido la fortaleza de esta casa, que la única vez que la ha visto sin ánimos de vivir, y casi se muere de pena, fue cuando perdió su segundo hijo en un embarazo trunco. Quizás Ian, atormentado ante la posibilidad de perder a su amada esposa, porque sí que se amaron, no me cabe duda de ello, planeó eso y mi madre aceptó ese trato. Pero para qué adoptar los otros niños. Qué confundido estoy.

Bonnie me contó que a sus hermanos, desde muy pequeños, les contaron sus padres que eran adoptados, y que ellos lo tomaron como un hecho natural. El único que siempre sintió algo de amargura porque no era hijo biológico de los Townsend era Josué. Es más, tenía un deseo muy grande de averiguar quiénes eran sus padres y saber por qué estos lo habían abandonado. Hasta en una oportunidad, ya jovencito, dicen que Ian contrató detectives para dar con el paradero de los supuestos padres. Una mentira más de Ian. He vuelto a releer todas las cartas que le envió a mi madre y trato de deslumbrar, entre esas hojas viejas, la naturaleza de la relación que tuvieron. Aunque el tono era afectuoso, no hubo una palabra de amabilidad más allá de lo establecido por la norma. La trataba de usted y le daba las noticias de Josué. ¿La quiso?, ¿ella lo quiso?, ¿fueron amantes? ¿También ese sufrimiento en ella se llamaba Ian Townsend y no solo Josué? Por supuesto que los investigadores nunca dieron con los padres, eso fue una farsa montada. Una mentira más de Ian. Sabía de la existencia de mi madre, dónde estaba y calló.

—¿Y, Bonnie?

—Se apareció no sabes quién por casa, Amy...

—¿Quién?

—*Lady Alessia*.

—¿No se ha hecho amiga de mamá?, ¿qué novedad es esa?

—No, pero esta vez no quería hablar con mamá. Frescamente me dijo que venía a ver a Josué.

—La pobre no pierde las esperanzas de ser una Townsend, ahora que esta viuda. ¿Sabías cómo murió el esposo?

—En la guerra, ¿no?

—No, qué va, pero sí estaba en Francia. El día que terminó la guerra, se pegó una borrachera tan grande que cuando fue a orinar, se cayó de cabeza en una letrina. Y ahí quedó *el barón de Normandía*.

—¡Oh, pobre Alessia! Aunque no se la ve muy consternada.

—No, claro que no. Sería una tonta. La obligaron a casarse con ese patán mujeriego. Por cierto, la letrina donde murió era de un burdel. La familia pagó mucho dinero para inventar que había muerto en combate.

—¿Cómo te enteras de estas cosas?

—Beneficios de ser una marquesa. ¡Ay! Cuando me río, me duele. Alessia me lo contó. Nos escribimos de vez en cuando. Ella me ayudó con Julian, ¿recuerdas esa época cuando recién le cortaron las piernas? Yo fui a pedirle que le escribiera cartas a él, en las que se le insinuara, para subir el amor propio a mi esposo, y ella lo hizo. Nunca se lo he contado a Julian. No se te vaya a escapar. El pobre aún se pone nervioso cuando nos cruzamos con ella en la calle. Teme que yo le haga algún escándalo. No es mala persona, un poco superficial, algo casquivana, como diría Katy, pero definitivamente no se merecía el marido que le tocó, hasta decían que la golpeaba. Pero bueno, no hablemos mal de los muertos. ¿Y qué pasó?, ¿Josué la recibió?, ¿conversaron?

—Nada, en el momento que Josué iba a saludarla, Cosette bajó corriendo por las escaleras con Violetita en brazos. Gritaba, lloraba y armó un gran alboroto.

—¿Qué pasó?

—En un descuido la bebé saltó de la cama y, según Cosette, se había roto el brazo.

—¡Oh, Dios!

—No, no te preocupes, no pasó nada. Fueron ella y Josué que armaron el escándalo. Josué ni saludó a Alessia, salió corriendo con las dos directo al hospital. Violetita es tremenda en verdad. Muy inquieta.

—¿Qué pasó, Bonnie?

—Nada, como te dije. Hicieron el alboroto en el hospital por nada. Doger me contó que cuando examinó a Violetita, esta se puso a reír. A quienes tuvo que tranquilizar fue a Cosette y a Josué. Y a sí mismo, pues hasta exigió que le

tomaran esos rayos x, que están de moda.

—¡Ah, qué susto!

—Para esto, yo me quede en casa con Alessia, que se moría por preguntar quiénes eran Cosette y Violetita. Yo no le di el gusto.

—Bonnie, no seas mala. Es buena persona, en verdad, y a mí me ayudó mucho con Julian. Yo fui quien le sugirió que se hiciera amiga de mamá porque necesitaba consejos para recuperar su vida.

—¿Qué le pasa?

—Ahora, que está viuda y rica, su familia quiere de nuevo casarla. Como mercancía. Mamá la está ayudando a independizarse.

—Umm, por eso las clases de manejo con Leonard.

—Seguro. Son ideas de mamá.

—También se ha puesto a estudiar decoración de casas, con el amigo de mamá, el señor Patrick.

—¡Oh, qué bien! Bueno, nos desviamos del tema, ¿qué pasó luego con Alessia y Josué?

—Alessia se quedó horas esperando a que regresaran Cosette y Josué... Pero se fue antes de que volvieran. Cuando ellos regresaron, Josué cargaba dormida a Violetita, al lado de Cosette. Mamá esperaba muy preocupada. La tranquilizaron y subieron a llevar a la bebé a dormir. Parecían ambos los papás. Josué le besó la frente y le pidió a Cosette que llevara al oso roñoso. Ya no duerme sin su oso.

—Josué se ha encariñado mucho con Violetita.

—Y ella con él. Cuando llega de la calle Josué, si no va de frente a saludarla, se pone a llorar. Y lo busca por la casa con su oso roñoso a la hora de dormir. Donde está Josué, ella está.

—Así era Katy con papá. Eso contaba mamá.

—¿Por qué pones esa cara Amy?, ¿tienes la misma cara sospechosa de mamá?

Parte dos

Hay unos ricachones
muertos en la ciudad

Capítulo 8

Sigo con las lecciones de manejo a Bonnie, aunque cuidando mucho de no volver a decir de nuevo cosas indebidas. La noto también algo tensa cuando está conmigo. Fui un bruto, un gilipollas^[3]. Estoy ocupado, leyendo todo lo que cae en mis manos, concentrado al máximo en un extraño caso que está siguiendo Wallace. Tres hombres muy adinerados de la ciudad han muerto en extrañas y horribles circunstancias, previa tortura. Además, una vez muertos, salieron a la luz actos perversos que estos habían cometido contra mucha gente. O sea que los mataron por partida doble, física y moralmente. Trato de concentrarme en ese caso y otros que le caen al reportero. Todo con tal de estar lo más lejos posible de Bonnie. Otra cosa que me tiene ocupado es la seguridad de Garden House. Ya hasta en dos oportunidades han roto parte del cerco lateral de la casa, y se robaron unas herramientas de la carpintería. Tiemblo al pensar lo cerca que estuvieron de la casa principal. Estas épocas son difíciles en este país, después de la guerra. Londres vive en crisis, hay mucha mano de obra y pocos puestos de trabajo, despidos masivos, delincuencia, huelgas. Al robo se le sumó unos vándalos que arrojaron piedras a las ventanas delanteras. *Lady Violet* me ha dicho que se adelantarán los arreglos de primavera que su esposo hacía para reforzar la seguridad en Garden House. En un momento de sus indicaciones me dijo: «Si es necesario, que se levanten más alto las rejas de la entrada, aunque tape mi sol», no entendí que quiso decir. He contratado a un vigilante más para las noches. El mayordomo no se sorprendió. «Ya estaba muy tranquila la casa, si no hubiera alboroto, sabría que no estoy en casa de los Townsend». Así lleno las horas del día al máximo. Bonnie también está muy ocupada en desentrañar misterios de la familia. Ayer pasó gran parte del día en casa del doctor Gervais, al parecer quería preguntar cosas de su hermano Randolph, sobre su estado antes de morir. Entró al carro llorosa, cuando le pregunté si estaba bien, me respondió: «No, nadie en mi familia estará nunca bien, de una guerra no se sana, Leonard, se sobrevive». Ya no quiso decir más, se encogió en el asiento y perdió su mirada en la lejanía. Sobre esto, en casa de la familia Townsend, se vive un ambiente diferente a lo que se vive en el resto del país, ya que todos los ciudadanos ingleses tienen como consigna la palabra «olvido», quieren desesperadamente olvidar que hubo una guerra en la que miles de miles murieron y se dedican a olvidar, tal como se puede ver en el ajetreo de estos años veinte, la locura en las calles, inventos locos, bailes disparatados, ropa graciosa, concursos absurdos, la gente desea llenar su tiempo en todo lo que les dé felicidad, aunque sea de forma momentánea con tal de olvidar. Pero en Garden House es diferente. Nunca hay fiestas ni reuniones que no sean los hermanos que se reúnen junto a sus hijos, solo en esos momentos hay un poco de alboroto por los niños. Hay visitas de personas que

los tienen por mucha estima, como el doctor Gervais, o algún antiguo sirviente, pero vienen un rato y se van. Luego silencio. Viven un luto constante, aunque no visten de negro. A diferencia del resto del país, ellos no quieren olvidar. La casa y sus habitantes se han quedado suspendidos en el tiempo, por ejemplo, la habitación del hijo muerto está intacta, tal como la dejó al partir a la guerra, y es la madre quien personalmente se encarga de su cuidado. Los libros de Ian siguen dispuestos en la manera que le agradaba, y las órdenes que solía dar en la casa se cumplen como cuando él estaba en vida. Hasta su asiento en la cabecera de la mesa no lo ocupa nadie. Todos en esta casa parecen vivir en una tensa calma esperando a que regresen los ausentes, como los llama la señora Townsend. La tristeza de la familia me hace recordar mucho la tristeza de mi madre, como esa ropa de bebé guardada en el fondo de un baúl que encontré después de su muerte. Esa ropita había sido varias veces lavada y almidonada. Qué dolor albergó en su corazón. ¿Sentirá *lady* Violet lo que mamá sentía por la pena del hijo lejano? Aunque mi madre tenía la tranquilidad de saber que el suyo estaba vivo y con buenas personas. He sentido pena por todos ellos, por la señora Townsend y por la dulce Bonnie. He notado que ella no tiene muchas amigas, sale de Garden House estrictamente a ver a sus hermanas o por caridad, no asiste a bailes ni fiestas y, aunque es muy hermosa, no tiene pretendientes, viste de manera discreta, hasta algo anticuada. Una vez escuché hablar a las hermanas de ella: «Pobre nuestra pequeña Bonnie, le tocó la peor parte de esta guerra», supongo que se referían a que se quedó en casa a cuidar a los padres atormentados por la ausencia de los hijos varones, la recordaban corriendo de aquí para allá con las pastillas del padre. Cuando murió Ian y el hermano, estuvo pendiente de la madre. Es por eso que los hermanos la adoran. Hermanos... ninguno verdaderamente es un Townsend, salvo Bonnie, sin embargo, estoy seguro de que darían la vida por ella. Hasta se la disputan porque cada uno quiere tenerla a su lado. Ayer, por ejemplo, el hermano Henry, quien ya está al tanto de la expulsión de Bonnie de la universidad, comunicaba por teléfono que se quedaría un par de meses más en América y pedía que Bonnie fuera a darles el alcance, puesto que la experiencia sería provechosa para ella. Josué, que era con quien hablaba, dijo que definitivamente no y por teléfono discutió un poco con el hermano mayor: «Mamá la necesita, lo sabes». Felizmente en ese momento la madre tomó el teléfono y dijo: «Espera, cariño», luego gritó para que escuchase Bonnie, que estaba en otro ambiente: «Hija, ¿quieres ir unos meses a Nueva York con Henry?». Ella gritó desde donde estaba: «No, no me gustan los americanos, la única que me gusta es Alexandra». Me volvió el alma al cuerpo. En ese momento, me di cuenta de que, como a todos los miembros de esta familia, la ausencia de Bonnie me sería insoportable. Aunque, claro, yo por diferentes motivos. ¡Joder!, me estoy metiendo en camisa de once varas^[4]. «Aléjate, Leonard», me repito tantas veces

al día como me es posible. Pero Bonnie no hace fácil la situación, en su inocencia, quiere hablarme todo el tiempo, me persigue por la casa. Hasta le pidió a Gervais que le consiguiera prácticas en el periódico donde yo estoy trabajando, ya que así podíamos ir juntos. Es tan inocente... o una pérfida diablilla.

Capítulo 9

Enterramos a Randolph junto con mi padre. Mientras en la ciudad se oían las réplicas del Big Ben que anunciaba el fin de la guerra y todos los ciudadanos ingleses y del mundo estaban en las calles celebrando, nosotros veíamos a nuestro padre y hermano unirse por siempre con la tierra. Fue muerte y vida, los reversos de una misma moneda, como decía mi hermana Katy quien esa misma noche junto a Alexandra, con dos horas de diferencia, dieron a luz a sus hijos. Dos varones llamados Randolph.

Mi papá siempre decía, después de una de las temerarias travesuras de mi hermano: «Tú, Randolph, terminarás matándome». Y así fue. Su más grande travesura se terminó llevando a papá con él. Su muerte quedó siempre envuelta en un halo de misterio para los de la casa. Por las últimas cartas antes de su muerte, algo no estaba bien, bueno, ¿qué está bien en una guerra?, pero algo en particular iba mal con Randolph, preocupaba sobremanera a nuestro padre y hermanos varones. Sabía que, entre ellos, intercambiaban notas sobre el estado de Randolph y lo que le estaba sucediendo. Creo que el último año se puso mal, digamos, de la cabeza. Mi querido hermano siempre fue muy temperamental y tan bondadoso como justiciero. Su gran problema en la vida, como decía mamá, fue que nunca supo seguir órdenes. Si no lo creía razonable o justo, para él, simplemente no lo hacía, así la orden se la dieran nuestros padres. La Real Armada nos dio el comunicado de su fallecimiento y muchos, pero muchos compañeros de armas vinieron desde muy lejos a visitar la tumba de nuestro hermano en el cementerio familiar y nos hablaban de su valentía y que en alguna ocasión les salvó la vida. Sin embargo, por alguna razón, no le dieron la orden de honor que les dan a los caídos en batalla. Yo sabía de esas comunicaciones entre mis hermanos varones, el mismo Julian y mi padre hablaban sobre la extraña actitud que Randolph tenía en los últimos meses de vida. A mi padre, producto de la apoplejía que tuvo, se le dificultaba escribir. A solas, sin que viera mi madre, pedía que le escribiera algunos párrafos. Incluso supe que un oficial amigo de Julian le había informado la necesidad de pedir la baja lo más pronto. «No está en condiciones para seguir en batalla». En una de las últimas cartas, papá le exigió a Josué que buscara a Randolph en su campamento y que, como fuera, lo trajera a casa. Lo que más atormentó a Josué, más que la muerte, fue haberle fallado a nuestro padre y hermano por no haber llegado a tiempo. Aunque Henry fuera su hermano de sangre, podría afirmar con seguridad que Josué fue más cercano a él; era algunos años menor y fue su segundo en cuanta locura se le ocurriera, inseparables, tan unidos hasta avanzada la adolescencia. Aunque pelearan mucho y discutieran aún más, siempre estaban juntos. Randolph lo rescataba de desastres, peleaba por él y se echaba la culpa de las travesuras que ambos hacían. Ya adultos, aunque el

carácter de Josué se fue volviendo más moderado, nunca dejó de tener a Randolph como su mejor amigo y confidente. Recuerdo ante el cuerpo de mi hermano, cómo Josué lloraba desconsolado, repitiendo una y otra vez: «Tú nunca me hubieses dejado solo. Perdón, hermano. Perdón, perdón». Josué nunca ha querido darnos los detalles del día que murió.

—¿Y, Bonnie?

—Ardió Troya, Amy. Al día siguiente de que llevaron a Violetita al médico para lo de su bracito, mamá llamó a Cosette y Josué juntos a la biblioteca porque quería hablar con ellos. Se encerraron unos minutos y luego escuché los gritos de Josué. Nuestro hermano salió de la casa muy molesto, furioso, tras tirar la puerta, y Cosette se encerró en sus habitaciones sin hablar con nadie.

—¿Qué hizo mamá?

—Te dije que estaba rara. Ya sabía que algo tramaba. ¿Te acuerdas que había contratado a un abogado para el proceso de filiación de Violetita? Pues madre ha detenido los papeles porque se le ha ocurrido una mejor idea.

—¿Cuál?

—Que Cosette y Josué se casen, y que él inscriba a la bebé como su hija.

—¡Oh, Dios!, creo que madre se extralimitó.

—Ni que lo digas. Los dos están furiosos. Aunque muy respetuosa, Cosette le ha dicho que de ninguna manera será eso posible y Josué, ya tú sabes cómo es cuándo se molesta, hasta tuve que llamarle la atención por la forma en que le habló a mamá. Pero ella, nuestra madre, ni se inmutó. Le ha dicho a Cosette que lo piense, que será lo mejor para todos, sobre todo para Violetita. Una niña nacida en un matrimonio estará más segura, que todos sabremos que Randolph es el padre, pero que si Josué la inscribe, luego no se hablaría de que nació fuera del matrimonio ni de los posteriores problemas que eso implicaría.

—¿Cuándo a mamá le ha importado lo que digan los demás?

—Yo lo sé, tú lo sabes y Josué lo sabe, pero Cosette no. Mamá insiste y les dice que le parece la idea más sensata y que no entiende cómo ellos no lo ven así. Y que está segura de que el primero que estaría de acuerdo sería Randolph.

—¿Y ellos?

—Con la justa, comenzaron hablarse civilizadamente hace unos días... ¿Y esa cara, Amy? Es la misma cara de mamá.

—Bonnie, mamá siempre ha tenido sus locuras, «las extravagancias de *lady Violet*», como decía papá... Pero yo también lo había pensado. Si lo ves bien, hacen una bonita pareja. Son jóvenes, guapos, Cosette es encantadora y con carácter fuerte para aguantar al malhumorado de Josué. Además, nuestro hermano sería el mejor padre que Violetita pudiera tener. Es un Townsend, como tal, noble y bueno. Mirándolo de lejos, aunque al principio me horroricé por la idea, ahora que lo pienso, no me parece tan descabellada. Papá decía que

mamá era la mujer más absurda y lógica a la vez.

—Hoy, en la mañana, Josué peleó de nuevo con madre sobre la idea del matrimonio. Él discutió, habló y habló, mamá, en cambio, solo lo miraba y sonreía, con esa cara que pone cuando sabe que ha ganado. Por último, ella le dijo a Josué: «Cosette es una mujer muy hermosa por dentro y por fuera. Joven, inteligente, no le costará conseguir un buen esposo. Entonces todos saldremos perdiendo. Violetita tendrá a otro que querrá como a un padre y Cosette un hombre que no serás tú».

—¿Qué dijo Josué?

—Nada, se quedó mudo.

Estoy muy liado en el periódico. El oficio de periodista es muy emocionante, y sí, creo que esto es lo mío. Wallace es de los buenos. De la antigua escuela. Apenas fue al colegio y de canillita pasó a limpiar oficinas en un diario y luego a reportero. Es de los más reconocidos del medio, aunque ahora su afición al alcohol está saboteando su carrera. Está muy esperanzado en la historia de los ricachones, será la noticia que lo lleve a la palestra de nuevo. Lo logrará si llega a despegarse de la botella, diré que, en todo el tiempo que lo conozco, ni una vez me ha tocado verlo sobrio. Lo bueno es que es muy generoso, le gusta enseñar todo lo que sabe. Dicen, en los pasillos del diario, que si no fuera por su vicio, sería un periodista de élite. Él tiene la certeza de que estos homicidios, los de los *ricachones*, tienen un solo autor. No lo sé, lo que sí tienen en común es que son tan sangrientos como retorcidos. *Espeluznantes* es poco para describirlos por la tortura a la que fueron sometidas las víctimas antes de morir. Quizás sea un vengador anónimo porque da la casualidad de que, aparte de sus horribles muertes, los sujetos tenían en común una vida muy sórdida. Estoy estudiando el caso, llevo conmigo un archivo de recortes periodísticos. Cuando tengo tiempo, hago anotaciones y resúmenes para el periodista. Creo que el asesino debe ser alguien tan rico como los otros para poder acercarse a esas personas. Una tarde se perdió mi archivo. En un momento de descuido, lo dejé olvidado en el automóvil. Asustado, revolví todo mi cuarto y garaje hasta que, muy entrada la tarde, Bonnie entró a mi cuarto con el archivo en sus brazos.

—Esto es privado y no deberías leer sin mi permiso.

—Se equivocan tú y tu jefe, no es un asesino en serie. El asesino conoce a las víctimas. Tanto ensañamiento indica que es personal, y es alguien que los conocía muy bien. Ha sido una venganza planificada, los detalles en las ejecuciones, los escenarios. Es alguien que se tomó la molestia de pensar todo al detalle. Deberían buscar un conocido en común. *Hicieron* es con «h».

—No son lecturas de una dama, dame...

—Qué machista eres... Toma. Los muertos son personas que hicieron mucho daño a otros, sobre todo a niños y mujeres, seres indefensos. Aun así, no

deberían haber tenido esas muertes. Como dice mamá, nadie debe tomar en sus manos lo que Dios ha de juzgar.

—No son lecturas para una dama.

—Seré periodista, Leonard, sé de estas cosas. Me entristece tanta maldad en el mundo, pero no le temo. Es una de las razones por las que deseo ser periodista: para desenmascarar el mal. Mañana te daré un resumen de mis conjeturas. Los clubes de aristócratas son buenos lugares para buscar información.

Sin decir más, se marchó.

Randolph, mi querido hermano Randolph. Escribir de él es tan doloroso, pero aun así, cuando lo hago, no puedo dejar de sonreír. Así era él, una contradicción andante. Su gran tamaño, sus anchas espaldas, esas manos de gigante, escondían el corazón más tierno y débil también. Tantas anécdotas en una corta existencia (podría llenar libros de todas sus leyendas); mamá decía que quizás siempre supo que su vida sería corta y se dedicó, por eso, a vivirla tan intensamente. Con prisas, sin pausas. Donde iba, hacía estragos, en los internados, en la casa, en el club o en el ejército. Revueltas, confusión y alboroto. Sin medir nunca los peligros, desde la primera gran travesura que hizo a los tan solo cuatro años de irse con una batea al río para ser pirata, hasta subirse a los anaqueles para traérselos abajo en busca de dulces, y se salvó de milagro de morir aplastado. Fue creciendo, pero ese fuego y sed de aventuras jamás mermó. Muy enamorado. Hace unos días, con mis hermanas nos sentamos a contar el número de enamoradas que le conocimos y nos faltaron dedos de la mano. Un aventurero. En su corta vida fue boxeador, esgrimista, polizone de barcos piratas y se unió a un circo como levantador de pesas. Generoso como ninguno, como mamá decía, nunca tuvo noción del valor del dinero o las cosas materiales. Si un amigo admiraba su reloj nuevo, se lo quitaba de la muñeca y se lo regalaba sin ningún apremio. Y con su familia, ni qué decir, nos quería tanto que hubiese hecho cualquier cosa por nosotros, sus hermanos. Se internó en un campamento enemigo en plena guerra a salvar al esposo de su hermana porque ella se lo pidió. ¿Era su destino morir joven? Muchas veces he intentado, casi todos en casa, que Josué nos diera detalles de cómo murió, por qué no se le dio la baja honorífica, por qué sus amigos de batallón un día nos dieron la sorpresa de pedir verlo y les dejaron sus condecoraciones en la tumba de mi hermano. Yo vi a muchos de ellos llorar en su tumba y decir: «No fue justo». Sin embargo, Josué no quiere hablar. Henry tampoco. Hablé con Doger y me dijo cosas muy vagas: que de las enfermedades de la mente todavía poco se sabe, que esas cosas pasan en los soldados y otras expresiones sin sentido. Mi querido Doger, luego, se puso a llorar de forma tan desconsolada que no pude seguir preguntando ¿Qué le pasó al final de sus días? ¿Exactamente cómo murió?, ¿fue

el enemigo?, ¿fue su propia mano?

—¿Y bien, querida Bonnie?

—Katy dice que esperes tres semanas, ya se embarcó hoy. Quiere estar presente en tu parto... Algún día existirán esos aviones que llegarán en unas cuantas horas de un continente a otro, aunque para ella tendrán que inventar uno muy grande.

—Bonnie, no seas irrespetuosa... Novedades, por favor.

—Estás pálida, Grace. ¡Oh, no me digas! ¿Ya es el momento?

—Creo que sí, no estoy segura, lamentablemente no podré esperar a nuestra hermana. No te asustes, cariño, pasarán muchas horas antes que mi Randolph nazca. Doger está en camino. No digas nada a Marcus, querrá estar aquí y me pondrá más nerviosa. Cuéntame de Garden House, distráeme, por favor.

—Cuando te cuente lo que vi ayer, pero primero promete que ese niño no saldrá hasta que termine.

—Habla, Bonnie, no me hagas reír.

—*Rarísimo* sería la palabra para describir la casa. El ambiente en Garden House está extraño. Cosette se ha hecho mi amiga y habla mucho conmigo. Me dijo que le había dicho a mamá que su idea de casarse con Josué no era correcta. Si Violetita no podía llevar el apellido de Randolph, lo entendía. Terminaría de aprender costura y, teniendo cómo mantenerse, se irían.

—Violetita es una Townsend, eso no está en discusión siquiera. No irá a ningún lado.

—Traté de convencer a Cosette de que mi mamá suele tener esas ideas raras, que es un tanto... insólita. Al momento me aclaró que adoraba a mi madre. «Tu madre es maravillosa, es una santa. Pero su idea de tu hermano y yo es de locos»... Luego me contó que le dijo a Josué eso mismo, lo imposible de casarse, y adivina qué le respondió él.

—Bonnie, no me gustan estos juegos. Dilo de una vez.

—Que si le parecía tan insoportable la idea de ser su esposa.

—¿Qué?

—Y no solo eso, se lo dijo sonriendo coquetamente, hasta le guiñó un ojo.

—¿Josué?, ¿nuestro Josué?, ¿el hombre más serio y apático del mundo?

—Pues sí. Dice Cosette que también se sorprendió y se puso muy nerviosa ante su actitud. Es como dice ella, está preparada para hacerle frente cuando él se pone descortés y malhumorado, pero esa actitud la dejó tan desconcertada que solo atinó a tartamudear como una tonta, y salió corriendo a su habitación.

La idea era alejarme de Bonnie, ¿y qué sucedió después de leer el archivo? Se ha impuesto como mi colaboradora en la investigación. Me dio la idea de hacer averiguaciones en el club de caballeros más elegantes de la ciudad para poder

establecer la conexión entre las víctimas. Pero no se me ocurrió que quería formar parte de la indagación.

—Eres muy agradable, Leonard —me dijo delante del coche vestida muy elegante con un sugerente vestido de gran escote—, pero tienes una pinta de chofer que no puedes con ella.

Discutimos un poco, pero sentada en el auto, me ganó la curiosidad. Me llevó al club..., y con mucha soltura se presentó al encargado como *lady* de Hamilton y le pidió que buscara en sus instalaciones al coronel Jerome Ferguson, barón de no sé dónde, porque necesitaba hablar con él «¡Urgente!», agregó. Nos permitieron entrar a una sala contigua al vestíbulo (me presentó como su seguridad personal), un elegante salón con muebles tapizados en un carísimo cuero, donde, gentilmente, un mozo nos sirvió té, mientras buscaban a ese barón. Ya a solas, me dijo:

—Tardarán unos quince minutos en darse cuenta de que Jerome Ferguson no existe. Todos estos clubes tienen unos libros en los que se apuntan los gastos hechos en el día por los socios y las instalaciones que usan. Busca los nombres que se repitan al lado de Potter, Matheus y Moore. Ponte una chaqueta de mozo y no mires a nadie a la cara. No se darán cuenta de que existes.

Siguiendo sus indicaciones al pie de la letra, me deslicé por las salas de juegos. Caballeros elegantes, que botaban humo de habanos cubanos, bebían a mediodía. Como dijo Bonnie, con la chaqueta de mozo, nadie se percató de mi presencia. Para los ricos no existen los sirvientes. Encontré el dichoso libro y apunté los nombres que se repetían al lado de los de las víctimas. Bonnie tenía razón. En más de una oportunidad, los nombres de los asesinados coincidían en las fechas y las horas que asistían al club en las mesas de apuestas y en los baños de vapor.

—Lo tengo —le murmuré al oído, mientras ella miraba sorprendida, indignada y al borde de las lágrimas al gerente que se excusaba, muy apenado, por no tener el nombre de ese coronel en la lista de asistentes. Siguió con sus excusas, hasta que me molestó pensar que alargaba tanto sus disculpas para mirar descaradamente el escote de Bonnie—. Vámonos.

En el auto sacamos la cuenta de los nombres y mi diablilla tenía razón. Estos hombres sí se conocían, trataban de coincidir en estos lugares para no hacer pública su amistad. Pero era demasiada coincidencia. Saltó, además, un nombre que se repetía junto al de ellos en muchas ocasiones: Armand Dextre.

Estimado Henry:

He decidido casarme con Cosette, aunque al principio la proposición de mi madre me escandalizó. Analizando con profundidad y sopesando los pro y contra, dadas las circunstancias, considero que es la respuesta correcta a esta situación. Como decía papá: «Lady Violet es la persona más absurda y lógica del mundo».

Haré lo correcto, seré un buen padre para la hija de nuestro hermano Randolph, Cosette será mi esposa y mi pequeña Violet francesa crecerá como una Townsend. Una niña nacida dentro de un matrimonio decente. No soy tonto, sé que esa excusa que puso mi mamá a Cosette no es la principal razón para proponer este matrimonio, sabré yo y todos quienes la conocemos que lo que menos le interesa es lo que lo digan los demás. Pero valga Dios que, en una sociedad tan conservadora como la nuestra, es muy necesario. Cosette, aunque no ha aceptado aún, lo hará. Terminará comprendiendo que es lo correcto y lo mejor para la niña y para ella. Es una mujer muy joven e ingenua. Las protegeré a ambas. Sobre las dudas que tuve de ella al principio, aún las tengo. Pero estoy convencido de que sí es una buena mujer. Ahora la prioridad es la niña y reconocerla lo antes posible. Mi Violet, que quiero ya como una hija, será la razón que, valga la repetición, hará que su madre entre en razón...

Capítulo 10

—Hola, Amy.

—Habla rápido, Bonnie, no has venido a verme en dos días y estoy con la ansiedad que creo que se me adelantará el parto.

—Bien, bajaba de casualidad las escaleras y escuché una conversación entre Cosette y Josué.

—¿Los estabas espiando?

—¿Yoooo?, ¿cómo crees? Si me levantas falsos, me voy.

—Ya, engreída, habla.

—Bien, pero que no salga tu hijo hasta que termine.

—Bonnie...

—Josué le decía a Cosette: «No tengo dudas de que sea hija de Randolph, tengo dudas de que se haya enamorado de ti».

—¿Por qué?

—*Por qué* fue lo que también le preguntó Cosette, le dijo: «¿Tan poca cosa me crees?». «No», le dijo él. Agárrate de la cama, Amy, nuestro serio hermano le dijo: «Conocí a mi hermano mejor que nadie y no eres del tipo de mujer en la que él se fijaría porque a Randolph y a mí nunca nos gustó una misma mujer»... No te rías tan fuerte... Cosette se lo quedó mirando extrañada, pero yo sí entendí al instante el significado de sus palabras. Para confirmarlo, Josué agregó: «No eres su tipo de mujer. Le gustaban mayores, fuertes, grandes, no soportaba a las chicas con aire inocente y frágil».

—En eso tiene razón. Le gustaban todas, pero sobre todo las mujeres grandes, mayores, las viudas, divorciadas, hasta casadas...

—Eso le dijo él, entonces Cosette se puso muy roja y le gritó: «¡No sé qué le pasó entonces, él se enamoró y tuvimos una hija!». A lo que Josué le preguntó acercándose más a ella: «En la cartas, a veces, Randolph te llamaba *señora*, ¿por qué?».

—Eso también me lo he preguntado yo. ¿Y qué contestó Cosette?

—Le dijo, de nuevo a gritos, algo como: «Porque antes de Randolph tuve otros maridos». Entonces, sin pedir permiso, Josué se acercó en dos zancadas, la tomó por la cintura y la besó aprisionándola en sus brazos. La sorpresa de Cosette fue tal que no reaccionó hasta que él la soltó. Ella estaba asustada y con los ojos muy abiertos.

—¿Josué hizo eso, Bonnie?

—Sí, y cuando la soltó le dijo: «Para ser una mujer que ha tenido varios maridos, no sabes besar».

—Pobre Cosette, pero no me imagino a Josué de galán enamorado, de Rodolfo Valentino.

—Espera, falta. Entonces Cosette le dio una sonora bofetada, ¡*Plap!* Hasta a

mí me dolió. Pero Josué ni se perturbó, de inmediato, le tomó su mano con la que ella lo había abofeteado y, mirándola, dijo: «¿Ves? Muy pequeña, manos muy pequeñas. No, definitivamente no eres del gusto de Randolph, y lo sé porque jamás nos gustó una misma mujer». Cosette le dijo muchos insultos graciosos en francés, pero Josué no paraba de reír y luego le dijo: «Bien, lo he decidido, Cosette, y creo que mamá tiene razón: tú y yo debemos casarnos, y yo ser el padre de Violetita». Cosette seguía diciéndole insultos de lo más graciosos. Algunos no entendí porque lo decía en un francés muy rápido... Nuestro hermano se marchó muy sonriente y, silbando, atravesó la puerta de la calle.

Definitivamente esto no me está gustando nada. Cuando llegué a esta casa pensé que era un lugar demasiado tranquilo, me decía: «Esto es Jauja[5]», como dicen en mi tierra, pero joder, que me equivoqué. En esta casa, no se descansa nunca. Al robo y vandalismo se sumaron un perro degollado, colgado en la puerta del garaje de la casa. Estoy pensando incluso que el incendio del electricista, que salió huyendo y nunca regresó, no fue fortuito. Estuve analizando, hace unos días, irme de Garden House. Los pensamientos que me provoca Bonnie me tienen confundido, pero no puedo dejar justo ahora la casa desprotegida, teniendo peligro cerca.

He dispuesto vacaciones para el personal nuevo. Cambié otra doncella que no me agradaba. Aunque, al no tener otros motivos, opté por enviarla con una recomendación a la fábrica de los Townsend, al aducir el exceso de personal en la casa. Pero ¿quién podría estar detrás de esto? Sinceramente personas más buenas no he conocido en mi vida.

Existe una conmoción social en el país, muy fuerte, terminó la algarabía del triunfo, y parecen darse cuenta de que, en realidad, después de una guerra tan cruenta, todos perdieron. Hay subidas de precios, pobreza, huelgas por todos lados y un resentimiento muy grande a la oligarquía londinense, a gente rica como los Townsend. Pero temo que esto es más personal. En estos días forzaré una conversación con Josué, quien, aparte de sus estudios, está también avocado en conquistar a la señorita Cosette. Creo que a ella también le atrae. En fin, son problemas de ellos. Pero, de nuevo, este mozo presta atención a otros y no da atención a las cosas que suceden en su propia casa y el peligro que corre su madre y hermana.

Bonnie no se da cuenta de estas cosas que pasan por estar imbuida en la investigación de *los ricachones*. Me he quedado asombrado cómo está organizando la investigación, ha dispuesto una pizarra en el garaje, colocado los recortes periodísticos en orden cronológico, apuntado los detalles de cada asesinato y los ha conectado a todos con el nombre «Armand Dextre». Luego, un cronograma detallado de las acciones a realizar. Día por día. El padre tiene una

pizarra parecida en su estudio.

—Bien, Leonard. Hay que pensar, cómo hallamos al famoso señor Dextre.

Puso un dedo en la boca para golpear sus bonitos labios, y paseó delante de la pizarra de un lado a otro. Yo no pensé nada, solo me quedé mirando, supongo que con la misma cara de embobamiento que tenía ese gerente del club.

—No puedo creer, Bonnie, que nuestro Josué, siempre tan serio, tan formal, esté haciendo estas cosas.

—En la tarde, Amy, se apareció con un enorme ramo de azucenas y las dejó en la puerta de la habitación de Cosette. Cuando ella lo vio, los tiró por la ventana. Furiosa. Sí que tiene su carácter. En la noche le dejó rosas, que siguieron el destino de las azucenas. Las arroja y luego entra a su cuarto murmurando: «Tanto gasto, *mon Dieu*^[6], asno, y Randolph decía que era el más centrado de los hermanos». Pero ¿sabes qué?, yo creo que también le gusta. Hay veces que la veo, cuando él no se da cuenta, que lo mira embelesada.

—Josué es muy guapo.

—O cuando él carga a Violetita y la besa con cariño, Cosette sonrío enternecida. Si él está estudiando, ella se pone jugar con Violetita para que no lo interrumpa y le dice: «Es muy inteligente, será doctor, es muy estudioso, no hay que estorbarle». Sí, le gusta, pero no lo acepta porque está confundida.

—Umm. Quizás lo de Randolph es muy reciente.

—Van dos años.

—Cada uno sana a su manera, como decía papá. Si yo hubiese perdido a Julian en la guerra, no sé, creo que nunca hubiese podido fijarme en otro hombre. La sola idea es... tan desagradable. Otro hombre, otras manos... es muy difícil.

—Amy, no sé cómo es esto de estar enamorada, pero cuando Cosette habla de Randolph, no sé, es muy fría. Sí, lo recuerda con cariño las pocas veces que habla de él, pero no es algo así como... No se parece a ti cuando suspirabas por Julian, o Grace y las lágrimas que derramó por Marcus. O Katy con su gatito. Es muy raro. Yo creo que se conocieron muy poco. Algunas cartas, unos meses. No la juzgo, quizás sí se enamoraron, pero fue muy superficial.

—Puede ser cariño, aunque Josué debe ser prudente, hay una línea muy delgada entre ser cortejada y ser acosada.

—Se le metió la idea del matrimonio, que para mí tampoco es mala idea.

—Es un defecto de nosotros los Townsend, como dice Julian, creemos que el mundo debe pensar como nosotros. Y nos imponemos. Quizás tenemos eso de ser absurdos y lógicos como mamá.

—Quien resolvería este caos en un segundo sería papá. Tan sabio él.

—Papá... Me agrada Cosette y sé que también le gusta Josué. Aparte de ser muy guapo, es también muy... no sé, Henry y Randolph eran más inocentones,

en cambio, Josué es más enigmático, y sus ojos grises... Alessia me decía que era ese aire de inaccesible por lo que le gustaba tanto a las chicas. Y es, aunque gruñón, muy bueno.

—Le he dicho a Cosette que no podría tener su hija un padre que la amara más. Por ella y por ser la hija de su amado hermano.

—Tú también has entrado al juego.

—Sí, no quiero perder a Violetita, ya me encariñé con ella y con Cosette también. Y lo veo a Josué feliz. Nuestro querido ha renacido.

—Vino a verme, por fin. También lo vi feliz. Le grité por una hora por sus malas acciones. No reaccionó, solo me dio un beso cálido en la frente.

—Lo estamos recuperando.

—¿Cuánto te falta, Amy? Dile a tu hijo que salga ya. Quiero ir de compras contigo, vestirme mejor. Tengo prendas muy antiguas. Hace años que no me compro un vestido nuevo ni me corto el cabello. Quiero llevarlo como está a la moda, con flequillos y sombreros muy pequeños, zapatos con tacones, como las modelos francesas. Me he dado cuenta de que parezco una dama victoriana. Quiero verme como lo hacen las chicas del centro con...

Amy miraba a su hermanita hablar de los cambios que quería hacerse y tenía por ella un sentimiento de pena. De todos los hermanos, como decía su mamá, la guerra interrumpió en su vida cuando aún era una niña. No disfrutó su adolescencia como lo hicieron sus hermanos mayores, no hubo para ella salida con amigas, fiestas de té o bailes de debutante. No gozó de padres jóvenes, felices y con salud. De ese papá cariñoso que caminara por horas con ella del brazo viendo tiendas. Muchas penas para su corta edad. Cuando terminó la guerra, le fue difícil adaptarse a los cambios que fueron bruscos para ella. Por una parte, era muy extrovertida y conversadora, por otro lado, reservada con gente que no conocía.

—Lo haremos, cariño, tráeme unos folletines de moda y le mandaré a *madame* Diana que te confeccione unos lindos vestidos, especialmente para ti.

—Pero de mujer, Amy, no de niña.

—De mujer, Bonnie, eres ya una mujer... Creciste tan rápido, pequeña.

No encontramos al famoso Armand Dextre, hablo en plural porque esta investigación ya ha pasado a ser de Bonnie y mía. No damos con él, por ningún lado. Quizás también esté muerto. A diferencia de los demás, este hombre en cuestión, goza de una fortuna y estatus social recientes. Sobornando a unos meseros del club, me dieron la información de que le había ido muy bien en negocios de especulación durante la guerra. Tuvo tanto dinero que fue admitido en ese club tan exclusivo. De repente, de la noche a la mañana, desapareció sin dejar rastro. Se sabía también que, durante muchos años, antes de independizarse, fue secretario personal y mano de derecha de Donalphy York,

marqués de Rogarth. Cuando le mencioné esto último a Bonnie, se sobresaltó y me preguntó, incrédula, si estaba en lo cierto sobre Rogarth. Resulta que este marqués, por alguna razón, siempre ha estado relacionado con su familia. Hasta la razón por la que estaba en la cárcel era porque su madre, la señora Violet, había ayudado a desenmascarar sus «horribles crímenes». De nuevo, sobre Armand Dextre, no estaba casado, no tenía hijos. Su único familiar era su anciana madre que vivía con él, quien nos contó que una noche se fue a visitar a un amigo y jamás regresó. Bonnie, con su encanto, logró hacernos pasar por reporteros y le pidió, por favor, si podíamos revisar sus pertenencias para ubicar alguna pista. «Deben estar sus cosas tal como las dejó. Una madre siempre espera que vuelva», murmuró. Y era cierto. Todo estaba intacto como él lo había dejado, nos señaló amablemente la anciana y agregó que no había movido nada ni botado ningún objeto. Mucha papelería, pero sin importancia, casi todas eran anotaciones de apuestas de carreras de caballos. Era un jugador empedernido. Pero nada de importancia visible. Ya cuando nos estábamos retirando, me llamaron la atención unos libros muy bien empastados. No era un hombre que leyera, lo dedujimos por los libros de la biblioteca, nuevos, sin abrir. Hasta algunos aún sin desenvolver. Adquiridos, al parecer, con el fin de adornar. Los revisamos uno por uno sin encontrar nada en ellos, salvo en el último, que se notaba que había sido abierto varias veces. No había ningún papel, pero fijándonos con atención, en el borde de algunas hojas había anotaciones en lápiz. Iniciales, fechas y cantidades. Ya en Garden House, nos pusimos a meditar y no fue difícil. Colocamos las iniciales en la pizarra y, luego de unos minutos, solo mirando, cada inicial coincidía con los nombres y apellidos de los tres asesinados.

—¿Y las fechas y cantidades?

—Sobornos. Él les pagaba a ellos. O ellos a él.

—Umm, ¿qué fue lo que vimos en la biblioteca, Leonard?

—Nada.

—Exacto, es lo que no vimos, lo más importante, como dice mamá. El señor Dextre era un próspero negociante de la especulación, pero no tenía ningún informe financiero, estudios de mercado, reportes de la bolsa ni solía leer periódicos. Nada.

—Pero sí, tres amigos muy ricos que pagaban generosas sumas de dinero mensualmente.

—Ahora, ¿qué sabía Dextre de estos tres hombres importantes que valiera tanto dinero?

—Posiblemente, la causa de su muerte.

El siguiente paso era averiguar cómo se habían conocido estas cuatro personas. Dos años atrás, Dextre había sido solo el secretario personal del marqués. Cuando lo metieron en la cárcel, se independizó.

—En sus supuestos negocios de especulación, un hombre sin importancia, de círculo social alejado de los otros, solo se pudo conocer...

—A través del marqués. Otra vez ese hombre —murmuró Bonnie fastidiada. Los tres asesinados eran ricos o de la nobleza, de edades no muy dispares, como la del marqués. Entonces de edad y círculo social iguales, por tanto, sí podían conocerse. Armand los conoció por él, por el marqués, y logró saber que los tres compartían un secreto.

—Sus perversiones —dije yo—. Dextre los chantajeaba con hacer públicas sus...

—Oh, Leonard —me interrumpió Bonnie—. Esos horribles hombres cometían sus atrocidades con niños y mujeres muy pobres. Teniendo tanto dinero y poder, como los que poseían, no le tenían miedo a la justicia o a la policía.

—Pero sí a una persona, aún más rica y poderosa que ellos.

—Alguien que les causaba tanto miedo que pagaban mucho para no ser descubiertos.

—El marqués de Rogarth —murmuré esta vez yo.

Al día siguiente, le di un informe detallado a mi jefe de nuestros descubrimientos... Wallace, después de tres tazas de café, logró salir del sopor de su borrachera y murmuró: «Peces gordos, peces grandes. Le daré mi informe al director del diario». Bonnie rio divertida y repetía: «mi informe» cuando le conté. «No importa, Leonard, lo importante es que tú y yo sabemos que la información la conseguimos nosotros. Seríamos una dupla de buenos reporteros». Sonrió feliz. Me la quedé mirando muy serio y le dije:

—Bonnie, en serio, ¿no ves lo inapropiado que es que vengas a verme al garaje a estas horas?

Estimado Henry:

Estoy seguro de que le agrado a Cosette y cada día que pasa me convenzo de que nuestro matrimonio es el camino correcto. He dispuesto de toda mi paciencia para que ella consienta esta unión. Así que sabrás cuán azaroso estoy. Nunca he sido un hombre que se caracterice por su estoicismo, gran defecto por el que mis padres hacían tanto hincapié para que cambie. Pero lo intento. Cuando no se esconde de mí, le converso razonablemente sobre lo conveniente de esta unión, las ventajas de que Violet sea reconocida por mí y de que tengamos una familia constituida para hacerle su vida más fácil. Ella aduce una y mil razones por las que esta unión no debe darse. Algunas de ellas, la diferencia de clases sociales, por ser ella de origen humilde, hija de una madre soltera. Me río lógicamente de su objeción, soy un huérfano que no conoció a sus padres y he tenido una abuela que fue prostituta (santa abuela Bonnie, que Dios la tenga en la gloria). Luego me dice que por su escasa educación y otras cosas a las que no les presto mayor atención.

Pero extrañamente la primera objeción que hasta hizo que yo tuviera dudas de nuestro compromiso, el hecho de haber sido la mujer de Randolph, no la dice, mucho menos hace mención de que aún lo ame. Si es así, pienso al igual que tía Gloria, quien también sobre el tema ya habló con ella (todos en la casa han dispuesto de su tiempo para convencerla, salvo Grace, ella me dice que estoy actuando de manera impetuosa. Mira tú, si voy a esperar como ella, que tardó dos años en perdonar al esposo del que estaba enamorada, en fin). Pienso como tía Gloria, que el matrimonio se basa en una mutua atracción, en personas que, aunque de caracteres dispares, tengan los mismos valores y que, sobre todo, tengan la voluntad y disciplina necesaria para hacer que resulte. Yo estoy convencido de ello...

Terminada la guerra, tal como pidió mi madre, Henry y Alexandra adoptaron dos niños huérfanos de la guerra del orfanato regentado por Grace. Los niños llamados Octavio y Francesca, de cinco y seis años respectivamente, se quedaron viviendo en Garden House, como hijos legítimos del conde de Hamilton. Es un matrimonio de dos seres tan dispares: el flemático caballero inglés y la díscola americana. Discuten cada tres de cuatro opiniones. Y se aman tanto. Alexandra, después de la guerra, tomó las riendas de su vida. Ingenuamente Henry pensó que dejaría de laborar en los negocios de la familia y se quedaría como una ama de casa que cuida de su gran prole. Cuando él lo sugirió, Alexandra se rio en su cara. «Te casaste conmigo —le dijo ella, y lo besó con ternura— porque no soy la esposa que esperabas tener». Y no lo era. Mi cuñada solo viste con pantalones oscuros y camisas blancas. Ella misma se corta su cabello y nunca usa más adorno en su rostro que sus hermosos ojos negros. Dejó la fábrica, pero para terminar de estudiar la carrera de leyes, nada menos que en la universidad de Oxford. Con cinco hijos, se graduó con honores, para orgullo de nuestra familia. Y se dedicó a la lucha incansable por los derechos civiles de las mujeres y de la clase más desposeída. Formó sindicatos de mujeres, escuelas de alfabetización y fue de las primeras damas que candidateó a un puesto en la cámara de comunes. Aunque no ganó, sí abrió el camino para otras tantas. Se volvió también una combativa pacifista, aunque suene incongruente, al denunciar los horrores de la guerra para la gran mayoría y el lucrativo negocio para unos cuantos. ¿Cuántas veces no ha ido el conde de Hamilton personalmente a sacarla de prisión cuando era arrestada en manifestaciones? Como dice Henry, la principal razón por la que perdura este sólido amor es porque ya sin su esposa no sabría cómo es vivir sin zozobras. Alexandra hace de todo, sin dejar de atender a su esposo e hijos, aunque con la ayuda de mamá y la adorable Nana, la querida tía de Alex. Como predijo mamá, con el paso de los años, empezó a recuperar la razón, no del todo, aún es temerosa de personas extrañas, odia a los médicos y muy pocas veces sale de

Garden House. Pero mejoró mucho, llegó a establecer una bonita relación con sus hijas mayores, la visitan siempre y ellas las reconoce, aunque ya se resignaron ante la idea de que su madre nunca dejará nuestra casa. Nana siempre está al lado de mamá, son inseparables. Una vez madre le leía a ella una noticia del hombre malvado que fue su esposo, el marqués de Rogarth. Nana miraba furiosa el diario y mamá le decía: «Perdónalo, ya sé que lo odias, pero el perdón te sanará a ti, no a él». Supongo que sí ha logrado perdonarlo y esa es la razón de su mejoría. Quizás.

Capítulo 11

—**R**esulta, Grace, que ahora Josué persigue por todos lados a Cosette, se le metió la idea de mamá. Quiere casarse y ya.

—¿Y Cosette?

—Como un gatito asustado cuando ve al lobo feroz. Él se la pasa correteándola por toda la casa, es muy gracioso.

—Que no la aburra, se puede marchar.

—No, para eso está mamá. Cosette adora a mamá, me dice que es una santa.

—Y lo es, una santa manipuladora.

—No se irá, no podría causarle esa tristeza a mamá.

—Eso espero.

—Ya déjame contarte... Estaba subiendo por las escaleras cuando, de repente, escuché que Josué le decía a Cosette...

—De nuevo espiando.

—Un poquito... si no, ¿cómo les cuento lo que pasa en casa?, bueno... nuestro hermano le dijo: «¿Tanto te desagradó? No estoy mal, siempre fui el más atractivo de los tres hermanos». Cosette, indignada, gritaba con los brazos alzados al aire y los agitaba. Estos franceses son tan dramáticos... «¡Oh, *mon Dieu!*, dame paciencia. No es posible, *monsieur* Josué, *ce nets pas correctes*[7]... Está mal, no es correcto, y menos por obligación para que Violetita tenga un padre. Ella tiene uno: Randolph. No es necesario este sacrificio».

—¿Quién habló de sacrificio?

—Eso también le preguntó Josué, y ella le respondió: «Usted es un hombre rico, será médico. *Mon Dieu*, habla no sé cuántos idiomas. Yo soy hija de una madre soltera, viví mi infancia limpiando pescado, con las justas, apenas sé sumar y escribir mi nombre para firmar un papel. Su madre es una santa. Pero es una idea muy equivocada». «No lo es», le dijo Josué. «No es convencional, no es de la forma que la gente lo hace. Pero aún en otras circunstancias, si hubiésemos coincidido en una calle, yo hubiese cruzado la acera y la hubiese seguido hasta que usted diese el consentimiento de mi cortejo. No todas las maneras de encontrarse en la vida son las mismas o las correctas». Entonces Cosette le dijo: «¿Y el amor?».

—¡Eso digo yo!, ¿y el amor? Todos han dispuesto de la vida de Cosette sin consultarle y quizás ella quiere enamorarse. Como tú dijiste, tal vez lo de Randolph fue muy corto, pero esta vez quiere un amor verdadero. ¿Qué dijo Josué?

—Bueno, ahí nuestro hermano metió la pata. Las cuatro, como diría Katy. Le preguntó con su cara de ganso: «¿Y qué tiene que ver el amor en esto?».

—¡Qué animal!

—Ella, indignadísima, le gritó: «Nos vamos supuestamente a casar y... ¡¿me

dice qué tiene que ver el amor en esto?!».

—¿Qué contestó el bruto de nuestro hermano?

—«El matrimonio se basa en una atracción mutua, en compartir los mismos valores y en tratar de ser felices. Eso es todo».

—Este hermano nuestro... no da una. Hasta un reloj malogrado por lo menos acierta dos veces en un día.

—Cosette blanqueó los ojos y dio un suspiro muy dramático. En ese momento, entró Violetita corriendo a la sala, como siempre con su oso roñoso. Cosette se agachó para recibirla en los brazos, pero la niña pasó de largo, se dirigía directamente a los brazos de Josué que, cuando vio la cara de desazón de Cosette, pegó una gran risotada. «Mañana te compraré el anillo de compromiso. Ven, hija mía, a comer dulces». «¡Eres un animal, estúpido!», gritaba Cosette. Josué reía divertido mientras lanzaba a Violetita por los aires... No te rías tan fuerte, Grace. ¿Qué es ese líquido entre tus piernas?

El marqués de Rogarth lleva casi seis años en una cárcel acondicionada especialmente para él, en la Torre de Londres, por los delitos de bigamia, secuestro y tortura. Recibe pocas visitas. Hace dos años, fue declarado demente por una junta médica y fue absuelto. Pero, en un momento de lucidez, él mismo decidió no salir de la prisión que considera «su hogar». Eso de estar encerrado en esa fortaleza, creo yo, es más para su protección. La mitad de la guardia es de su seguridad personal. Y vaya los lujos que tiene... Come de la calle de los mejores restaurantes, lo visitan médicos, enfermeros, barbero particular, hasta una vez por semana va una concertista de violín a alegrar sus tardes. Lo que es tener dinero... No hay visitas de familiares, allegados o personas cercanas a él. Busqué la relación de visitas y casi me desmayo cuando vi en la lista el nombre de Violet Townsend. Al lado de su nombre, decía de su puño y letra «Al saber que está muy enfermo, he venido a perdonarlo y a rezar por su alma». Otras personas pensarían que fue una broma cruel, pero al conocer a la señora, sé que no fue eso. Dextre dejó de trabajar para él dos años atrás y nunca lo volvió a visitar. Dicen que el mismo marqués lo despidió e indemnizó con una pequeña fortuna...

—Leonard, ese marqués no me agrada —me dijo Bonnie, torciendo sus bonitos labios y arrugando su nariz—. Desde siempre, para nuestra familia ha sido la reencarnación de Satanás. Las historias que sé de él son horribles.

—Pero está declarado loco. ¿Le has preguntado a tu madre por qué fue a verlo?

—Para rezar por su alma y para que se arrepienta de sus pecados. Me pidió que no le mencionara a ese hombre que está intentando con todo su ser perdonar.

—¿Qué tiene que perdonarle?

—Las maldades que le hizo a Nana, la tía de Alexandra. Seguro la viste cuando se fueron a América. Ella fue su primera esposa, el malvado marqués la torturó tanto... hasta la encerró en un manicomio para desaparecerla, y se volvió así... bueno, pues... ya... loca. Y tía Ivanna, que también está en América, la mejor amiga de mamá, fue su segunda esposa, otra víctima suya, a quien mi madre ayudó a huir de ese horrible ser.

—Y ese marqués es la pieza clave en la muerte de estos hombres.

—Sí, y no me gusta.

Nuestras investigaciones se han estancado. Llegar al marqués es casi imposible. Está muy bien resguardado en prisión. Contadas personas entran a verlo. Desde su encierro y el paso de la guerra, muchos se olvidaron de él. Algunos hasta lo daban por muerto. ¿Qué hacemos?

Amy, después de un gran enredo con Julian, se casó en el campamento militar a medianoche y con un capellán medio borracho. Después tuvieron que legitimar la unión porque los papeles no los hizo bien. Julian fue a la guerra y, como él dice, literalmente, la mitad de su cuerpo se lo entregó a la patria. Mi pobre cuñado, antes de la guerra, era un hombre muy alto, hasta más que Henry, y perdió ambas piernas. Aunque usa piernas postizas y camina con muletas, a veces es penoso verlo así. Todos le tienen pena, menos una persona: su esposa. Amy siempre fue, de mis hermanas, la que tenía más carácter, y sí que lo necesitó para sacar adelante a Julian. Él se resignaba a su nuevo estado, solo quería estar en la cama, encerrado en su cuarto y alejado del mundo. Amargado por su nueva condición, recuerdo una vez que a él le había dado, como decía Amy, unos de sus berrinches. No quería bañarse y no lo había hecho por una semana. Ella cogió un balde de agua helada y se lo tiró encima. Recuerdo en él su furia, el temblor de sus manos y los ojos endemoniados de mi hermana cuando lo retaba a levantarse de la silla de ruedas para que le pegara. «Ponte las piernas postizas, usa esas muletas y ven a buscarme». Claro que no le pegó, pero después de un rato pidió agua caliente y se bañó. Solo una persona como Amy pudo haber contenido a ese demonio. Y así el amor más grande resistió. Amy llegaba a Garden House embarazada y lloraba, abrazada a mi madre, de lo cruel y malcriado que se había vuelto Julian. Mamá la consolaba, papá se desesperaba al ver a su esposa e hija llorar hasta que le sugirió la idea de separarse para no sufrir tanto. La cara de ambas dio la respuesta. «Si uno —le dijo mi madre extrañada como si mi padre hubiese dicho el más grande desatino— saliera corriendo por cada pequeña dificultad, todo matrimonio acabaría en divorcio». Papá suspiró, levantó los hombros y, tras dirigirse a mí, me dijo: «Nunca entenderé a *lady Violet*». Amy resistió, luchó, bajó al Hades a traer literalmente a la rastra de los cabellos a su esposo y lo rescató de su propio infierno. Prueba de ello son Charles Malcolm II, futuro marqués de

Saxonhurts, Elinor Katherine, Randolph y sus dos hijos adoptados alemanes, Andrea y Golfmman. Escogieron niños huérfanos alemanes por una razón y mi madre Violet le dio la idea. Julian salió de la guerra con mucho odio y rencor. ¿Cómo se sana? Ama a tu enemigo. Julian se resistió al principio, pero descubrió que era la simpleza de la lógica de su suegra la solución a sus problemas. Viajó él mismo a la frontera, donde una vez lo tuvieron cautivo los soldados enemigos, donde lo torturaron por meses y le fracturaron las piernas, hasta que se las tuvieron que cortar. Amy lo acompañó en el viaje, de la mano, y lloró con él por los compañeros caídos. Julian le mostró el lugar donde los vio morir. Luego fueron a un orfanato alemán, un hogar de niños que habían perdido a sus padres en la guerra y vieron a una pareja de hermanos, muy tímidos. Como le dijo mi madre a mi hermana: «El corazón te indicará cuáles serán tus hijos». Amy nos dijo que así fue. Apenas los vio, su corazón dio un brinco. «Ellos son», le dijo a Julian. Regresaron con sus nuevos hijos. Y ese enorme castillo del marqués de Saxonhurts, donde la gente acostumbra a caminar de puntillas y a hablar en murmullos, se llenó de mucha bulla, risas, música y felicidad. La marquesa viuda y Doger disfrutaron de sus días de abuelos rodeados de mucho amor.

Decidimos buscar a Wallace. La diablilla se enteró para que la lleve conmigo, ¿por qué no podré decirle *no* a esta mujer? «Hasta el gilipollas, Leonardo, será porque mueres por esa mujer». Bueno, fuimos a verlo al cuchitril donde vive. Nos recibió a la una de tarde con cara de seguir la mona[8].

—No se preocupe, señor Wallace —le dijo Bonnie con una sonrisa—, esperaremos a que usted se bañe, vista y tome su café.

Wallace me miró sorprendido, sonrió y extrañamente se retiró a asearse. Digo *extrañamente* porque es una de las personas más malhumoradas y groseras que he conocido en Londres, tan liso como estibador de puerto.

Mientras tomó diez minutos para asearse, Bonnie acomodó un poco el escritorio, votó papelería y puso trastos sucios en el caño. Luego se dedicó a leer unos artículos, de sus años de gloria, que estaban colgados en la pared.

—Es realmente bueno —me dijo al terminar de leer—. ¿Por qué se hace esto? —agregó mirando alrededor, el estado de su cuarto y, sobre todo, de las abundantes botellas de licor en los rincones. Alcé los hombros, y fue cuando mi jefe salió.

—Bien, muchacho y señorita.

—No podemos llegar al marqués —expresó Bonnie— ni establecer la conexión con Dextre y los otros muertos.

—¿Sobornaste a los guardias? —preguntó Wallace mirándome.

—No saben más.

—¿Visitas regulares?

—Ninguna de importancia —le respondí—. La parte de la fortaleza, donde está recluido, es inexpugnable. Paga extra por esos beneficios. Y solo entra a verlo gente que él admite.

—Umm. Está en la fortaleza. Si pudo salir hace dos años cuando lo declararon loco, ¿qué hace ahí?

—Seguridad —respondió Bonnie—. Entonces él también le teme a alguien.

—Inteligente muchacha. ¿Bonnie Townsend? ¿De los Townsend de Garden House?

—Sí, señor.

—Conocí a tu padre, todo un correcto caballero inglés. Y a tu madre. Curiosamente, la primera vez que la vi, o que se dejó ver, mejor dicho. ¿Sabías, Bonnie, que tu madre es casi una leyenda urbana? «La santa de los ojos violetas», como la llaman en Soho. Bueno, me desvié, fue hace unos años, justo en el juicio del marqués, en el que lo sentenciaron por bigamo. Recuerdo que *lady Violet* le daba a York con una biblia en la cabeza y le dijo: «Para que vaya sintiendo la ira de Dios». Fue tan gracioso.

—Señor, sobre cómo llegar al marqués...

—Bien, adorable señorita. Cuando no puedes perseguir a la zorra, haces que ella salga de su madriguera y te siga.

Katy se casó con Bram en medio de la guerra. Mi simpática hermana es una mujer admirable, dice mi madre que adelantada a su época. Se parece mucho en el carácter a Randolph, abiertamente despreocupada de todo convencionalismo social y ataduras; parece que va por la vida inventando sus propias reglas y que es el mundo el que se tiene que adaptar a ellas. Para esto, Bram es la razón y prudencia en persona, su complemento perfecto. Katy, como ella cuenta sin inconvenientes, al tiempo que ríe e importuna a su esposo, se casó sin estar enamorada y lo hizo porque quería. Por fin, pudo hacer el maldito pastel de chocolate de cinco pisos, planeado desde siempre y frustrado por los matrimonios fulminantes de mis otros hermanos. Y lo logró, un hermoso pastel adornado de lirios blancos, y creo que ya amaba a Bram. Se conocieron en un hospital donde ella era enfermera voluntaria y él médico. Aún sufría mi hermana por la muerte de su primer esposo, Edward (en realidad nunca se llegaron a casar), su «gatito». Él era su mejor amigo de la época de estudiante en el instituto de chef. Cuando empezó la guerra, se unió al ejército pero, a los pocos meses, enfermó de tuberculosis y por casualidad llegó grave al hospital donde ella era voluntaria. Casi agonizando, le confesó su amor y murió en los brazos de mi hermana, no sin antes pasar por una penosa agonía en la que alucinó el pobre gatito que se había casado con Katy, que tendrían muchos hijos y serían muy felices. Ella, por su parte, decidió por respeto a él, a su memoria, contarle siempre como su primer esposo, ¡y, ay, aquel que la contradiga!,

empezando por Bram. Conoció a mi alto y delgado cuñado entre muertos, amputaciones, sangre y mucho sufrimiento. Como ella dice, si no perdió la razón fue porque Bram la rescató de ese laberinto de horror. Él es muy bueno y está tan enamorado de mi hermana que acepta como hechos naturales sus excentricidades. Se casaron y, después de un año, el mismo día que sepultamos a mi hermano Randolph, tuvo un hijo al que llamaron Randolph Edward, y al poco tiempo a la pequeña Amy Victoria. Como muestra de su singular carácter, está el hecho de que mi hermana estudió para ser pastelera. Adoraba cocinar desde niña y cuando todos pensábamos que sería una gran chef, y vaya que luchó por ello, lo dejó todo para convertirse en enfermera obstetra, en América, lugar en el que vivió cinco años y se dedicó a innovar en el campo de la obstetricia junto a su esposo con nuevas técnicas de parto, sobre todo, en medidas de higiene que revolucionaron la especialidad y redujeron la mortalidad. Era un hecho, en esos días, que más mujeres morían al dar a luz que hombres en una guerra. Un día también se levantó de la cama y dijo que quería irse a vivir a Inglaterra. Regresó, para alegría de todos nosotros. Tres años después, se fue a China a hacer labor. Mi hermana, aunque todos mis hermanos son muy nobles y bondadosos por igual, además es una mujer muy preocupada por las causas sociales y por la miseria de los más necesitados; con su esposo marcharon a esas tierras lejanas a llevar educación y ayuda médica. Se convirtieron en ardientes defensores de las causas de los habitantes de ese país, y fueron de los primeros que denunciaron las atrocidades de la venta de opio y sus consecuencias funestas para el pueblo, esa terrible ignominia que hizo la corona británica y que, hasta nuestros días, debe avergonzarnos como ingleses. Expulsados del país por sus ideas, regresaron a Inglaterra, no sin dejar sus luchas por hacer de este un mundo mejor. También cumplió la promesa dada a mamá y, en Shanghái, adoptaron a mi ahijada, una hermosa niña llamada Mei Li.

La estrategia de Wallace resultó. Y más que bien. Escribió un artículo en el periódico, a página completa, en el que relataba con lujo de detalle los asesinatos de estos personajes. Comprobó que sí se conocían, al hacer referencia al club y a los sobornos que estos hombres pagaban a un tal Armand Dextre, al pedir que las autoridades se encargaran de encontrarlo por ser el presunto asesino. Claro que nosotros sabíamos que lo más probable era que él estuviera muerto. Nos citó en un cafetín cercano al periódico. Otra vez fui con Bonnie. Wallace llegó puntual, limpio y no olía a licor.

—Se los dije, funcionó. Y sí que saltaron las zorras. No fue solo una, fueron dos.

—¿Dos? —preguntó Bonnie.

—A primera hora, el director del periódico me dijo que recibió una llamada

de un renombrado representante de la cámara de los lores, *sir* Connery Watson. Pedía, por favor, un poco más de discreción en el tema, puesto que uno de los caballeros asesinados era pariente de su esposa. Por cierto, un ardid infantil. Desde que se descubrió que estos infames personajes eran pedófilos, sádicos y proxenetas... Perdón, cariño —agregó al ver a Bonnie incómoda—. Malditos todos... Nadie ha vuelto a decir que eran sus amigos y menos a abogar por ellos. Leonard fue a espiar a la prisión del marqués y, unas horas antes de la llamada al director, recibió la visita del secretario personal del *sir*.

—Lo mandó llamar.

—York, todavía, tiene muchas influencias en la ciudad. Hizo a gente muy rica con la guerra. Sobre todo a la élite que se dedicó a la venta de armas y al comercio ilegal. Le deben muchos favores.

—¿Y la otra zorra?

—Bien, lo más interesante. Una nota misteriosa llegó a la dirección, decía saber que Armand Dextre fue secretario del marqués de Rogarth por muchos años y que estaba seguro de que él había sido el que mandó matar a esos hombres.

—¡Oh!

—Había ordenado a un par de muchachos en la puerta del diario que si alguien traía alguna nota, respecto a mí, debían seguirlo... Así lo hicieron, el mensajero trató de escabullirse por comercios y tiendas, pero no le perdieron el rastro y lo vieron entrar al castillo de su excelencia Charles Hopkins, nada menos que duque de Westminster.

—Hopkins no me es familiar —dijo Bonnie.

—Es un noble muy rico e influyente. Se retiró de la vida pública hace muchos años. Cuentan que enloqueció cuando los hijos varones murieron de tifus. Desde ese lamentable hecho, se enclaustró en su hogar.

—¿Qué conexión tiene con Rogarth y por qué quiere que se lo culpe de los asesinatos?

—Habrá que averiguar. Tú, Leonard, ronda la casa de Hopkins. Usted, señorita, averigüe todo lo que pueda sobre su excelencia Charles y Rogarth, parentesco, si estudiaron juntos, que comieron el 14 de enero de 1911. Y yo... esperaré sus informes.

En el momento en que Bonnie se fue al tocador, no pude dejar de gastar una broma por verlo tan aseado, bien vestido y sobrio.

—Yo también le pedí que se bañara, muchas veces.

—¿Y por qué te haría caso? Tú eres feo.

Este caso es, aunque perturbador por lo sórdido de las muertes y los execrables que eran las víctimas, muy reconfortante. Me ha permitido encontrar en Wallace un maestro de este oficio y caer sorprendido ante la inteligencia de Bonnie. Sabía que era perspicaz, pero tiene una capacidad de

raciocinio y lógica sorprendente, unido a su capacidad organizativa. Casi metódica, diría yo. Dos días después, nos reunimos de nuevo a informar nuestros avances.

—Bien, qué tenemos.

Primero hablé yo. Conté que vigilé la casa de Hopkins y supe que estaba muy anciano y enfermo. Al igual que la torre donde está Rogarth, su casa se halla celosamente resguardada. El castillo es inexpugnable. Nadie entra o sale sin un control estricto. Pocas visitas, solo doctores. Y confirmé la descripción del mensajero con un sirviente de él.

—O sea, él, al igual que York, está temeroso por su vida.

Le conté que también descubrí que este hombre goza de una fama de cruel patrón, racista, xenófobo, explotador de arrendatarios y que hasta estuvo involucrado en trata ilegal de esclavos, pero en su juventud.

—Común en esa clase rancia de nobles. ¿Qué más? Sorpréndeme.

Luego, dejé al final lo sustancioso (estoy aprendiendo) que me habían contado. Gran parte de su vida, en estos últimos años, ha gastado una llamativa fortuna para encontrar el hijo bastardo perdido que tuvo décadas atrás con una amante. Ella había huido de él con el niño en el vientre.

—Umm, qué interesante historia. Hasta hijos perdidos hay. Y tú, muchacha, ¿qué me tienes?

Bonnie sacó una libreta y leyó lo que consiguió. Cuando parecía no haber logrado nada, ya que había averiguado que asistieron a escuelas distintas sin gente de la época que los recordara, pues muchos ya los daban por muertos, descubrió en la biblioteca, en un libro de genealogía, que York y Hopkins son parientes en segundo grado: primos. Además, ambos se manejan con las antiguas leyes. Si uno de ellos muere y no tiene un hijo varón, la fortuna de uno pasa a las manos del otro.

—¿Querrán matarse para heredar lo del otro? —dije yo—. Hubo un complot en el que estuvieron comprometidos las víctimas con Hopkins para deshacerse de York. Este los descubrió y los mandó matar.

—Puede ser —dijo Wallace—, pero hay que hacer una conexión entre Hopkins y las víctimas, de dónde se conocían. A ver, chicos, pensemos. Eran hombre ricos, de edades no muy dispares y pervertidos sexuales. ¿Qué lugar visitarían con frecuencia en su juventud?

Querida Katy:

Perdóname por no escribir antes, sé que estás ansiosa por las novedades en casa, pero me es molesto hablar por teléfono, la mayor parte tengo que gritar para que puedas escucharme y no se pueden contar cosas privadas (ojalá que algún día inventen unos teléfonos personales para que cada uno pueda moverse con su propio teléfono y hacer más íntimas las conversaciones, me escondería en el

sótano para hablar contigo de todo lo que pasa en casa sin que nadie me acuse de chismosa). Ya sé que estarás gritando porque no suelto ya mis averiguaciones, de lo que nos mantiene en ascuas a todos: Cosette y Josué. Lamento informarte, hermana, que todo está igual desde nuestra última conversación. Este noviazgo anda más lento que tía Gloria y su artritis. Estoy como me sugeriste, atenta a todas sus reacciones. Es muy gracioso, primero se odiaban, luego Josué está detrás de Cosette como si la vida se le fuera en ello. Pasaron de miradas de odio a miradas de amor (Josué) y espanto (Cosette). Siguen sin hablarse, pero igual Josué la lleva a sus clases con madame Diana, trato de ocupar a esas horas a Leonard para que no sea él quien la lleve. Son los momentos en que puedo fijarme, con más detenimiento, en sus reacciones y tratar de dilucidar la naturaleza de sus sentimientos. ¿Qué he visto? Josué, los días que toca llevarla, se alista escrupulosamente, hasta se pone una rosa en la solapa de su terno. Mira nervioso a la casa, al pie del coche a la espera de que ella salga. Y cuando la ve, parece su rostro deslumbrar. ¿Conjeturas mías?, quizás, pero ni Amy, Grace o yo recordamos haberlo visto así por ninguna mujer. Atentamente le abre la puerta del automóvil. Cosette, al tenerlo cerca, nerviosa, baja la mirada. Es más difícil entender los sentimientos de ella, son muy confusos, a veces la veo mirar a nuestro hermano con enojo, otras con ternura, y cuando él le devuelve la mirada, ella se ruboriza intensamente. Qué facilidad tiene para ponerse roja como un tomate. En cambio, yo nunca he tenido esa gracia, dirás porque soy muy fresca, aunque debo confesarte que, hace unos días, me ruboricé ante el comentario halagador de un caballero (como siempre me diste buenos jalones de orejas siendo niña, te dejaré con la intriga y te lo contaré en una próxima carta). Continuando con las reacciones de Cosette, extrañas, lo mira, lo admira y luego arruga la frente. Pero también veo angustia en su rostro. ¡Qué raro es el amor! Siento pena por los dos, pero más por ella. Su confusión, su incomodidad y no tiene a dónde ir. Pero Josué, siendo totalmente imparciales y poniendo a un lado nuestros afectos hacia él, ¿no sería el mejor esposo que alguien pudiera desear? Grace dice que le debemos dejar su espacio. Estamos presionándola y no es justo. Yo he optado por solo mirar, controlar a Amy (sabes bien cómo es de entrometida), mamá está ocupada con Violetita, pero atenta a cualquier avance de este idilio. Me preguntaste, la anterior vez que hablamos, si no sería que Cosette siente que enamorarse de Josué sería una deslealtad a Randolph. Con el pasar de los días, presiento que es la única explicación para que rechace a nuestro hermano. Seguiré atenta. Al menos ya no tira las flores, que él le regala, por la ventana. Una vez, después de probar con rosas, azucenas, gladiolas, se apareció con un humilde ramo de margaritas. A Cosette le dio mucha pena votarlas porque eran las flores preferidas de su madre. Ahora nuestra casa está llena de margaritas. Sobre tu restaurante, todo está muy bien. Como te prometí, voy tres veces a la semana y...

Te quiere mucho

Tu hermana Bonnie

Capítulo 12

—Te lo dije, muchacho. —Habían pasado dos días desde nuestro último encuentro, otra vez los tres, en el mismo cafetín—. Un burdel siempre es donde se busca información. Es la biblioteca de los reporteros —al ver la cara de desazón de Bonnie y la forma en que me miró, Wallace se exculpó—. No te preocupes, muchacha. Tu Leonard no pasó de la puerta del burdel. Me esperó fuera por si las cosas se ponían difíciles, como lo prueba su ojo morado.

—Me dijiste que te golpeaste con el portón —dijo ella.

—¡Bonnie! —exclamé avergonzado ante mi jefe.

—¿Por qué te peleaste así?! —preguntó gritando ante la divertida cara de Wallace.

—Para salvarlo a él —contesté señalándolo.

—Es cierto, muchacha. Es que, en ese sitio, hay gente que no me aprecia por cosas no muy santas que hice en el pasado. Pero tenía que ir a ese lugar en particular porque la *madame* es una mujer que, en su juventud, se codeaba con nobles y millonarios de la época de nuestros amigos. Deja de mirarlo feo a Leonard. Fue mi culpa, el solo me salvó el pellejo.

—Continúe, señor Wallace.

—Bien, resulta que, en los años de juventud, solían frecuentar los primos juntos ese lugar, e hicieron un grupo peculiar con otros tres sujetos.

—Potter, Matheus y Moore —agregó Bonnie abriendo sus bonitos ojos.

—Exacto.

—Tenían gustos particulares. Con predilección a las orgías extravagantes, recreaban bacanales romanas o griegas. Hicieron hasta la recreación de *El banquete de las castañas*^[9], con casi veinte prostitutas, todo al aire libre... y también...

—Ejem —lo interrumpí mirando a Bonnie, para que no siguiera haciendo más gráfico su relato.

—Perdón, pequeña. Gente ociosa, con mucha imaginación y dinero. Se rumoreaba que habían formado una especie de club y que esas orgías las trasladaban a sus casas. Muchas veces, mi estimada *madame* fue parte. No entraré en detalles, pero hasta para ella, una mujer del oficio, eran muy sórdidas, por decir lo mínimo.

—Fueron *amigos*, entonces, de muchos años. ¿Por qué se separarían?

—Hopkins se separó primero. Dijo la *madame* a partir de la muerte de sus hijos.

—El marqués, un tiempo después. Los otros tres estuvieron juntos unos años más. Luego, cada uno tomó su camino. Lo que no quiso decir que cambiaran sus hábitos; esos malnacidos nunca cambian. Se convirtieron en depredadores solitarios.

—Pero seguimos en lo mismo. ¿Por qué Rogarth, después de tantos años de haberse separado y de haber sido su amigo, los mandó matar? Y si es algo en común, ¿qué fue lo que le hicieron?

—No sabemos qué hicieron, pero sí quién puede ser la próxima víctima.

—El que sigue es Hopkins.

—Por eso la extrema precaución de sus fortalezas. Uno teme que el otro lo fuera matar. Hopkins sabe que va tras él y debe matarlo antes, a York, para sobrevivir.

—No creo que sea por la herencia, por dinero —dijo Bonnie—. Una bala en la cabeza era suficiente. El ensañamiento del marqués con las víctimas fue de un odio profundo, meditado, estudiado a detalle. Mucho odio macerado... como si algo muy malo le hubiesen hecho.

—Opino igual —dijo Wallace.

—Ellos murieron de forma aleccionadora —opiné yo—. El marqués conocía sus debilidades y así los mató.

—De Potter —dijo Bonnie volviendo a su libreta— se descubrió que era un pedófilo y murió colgado de sus genitales en la torre de un orfanato. Moore era un sádico que desfiguraba prostitutas, lo despedazaron estando aún vivo, y a Matheus, que hizo su fortuna montando una red internacional de prostitución, lo violaron cruelmente. ¡Ah! Otro detalle que averigüé. —Movié las hojas de su libreta hasta hallar lo que buscaba—. Antes de morir, Potter y Matheus dejaron toda su fortuna a los pobres. Y Moore murió en la bancarrota.

—Los aniquilaron física, moral y económicamente —sentenció Wallace acariciando su enorme vientre—. Mucho ensañamiento, pero ¿qué fue lo que le hicieron esos hombres al marqués?

Wallace, en privado, me dijo que haríamos muy buena dupla como reporteros. Bonnie es inteligente, encantadora y disciplinada «¿Y yo?», le pregunté. «Tú tienes la fuerza de un toro», respondió riéndose a más no poder. «Siempre se necesita quien abra candados y patee traseros», rio de nuevo, moviendo de arriba abajo su barriga. Aunque me pulla siempre, se lo ve feliz. Quizás este caso sea el relanzamiento de su carrera y, sobre todo, espero yo, de su vida.

Grace, aunque nunca lo admitiré delante de Katy y Amy, siempre fue mi hermana favorita. No la amo más que a mis otras hermanas, pero Grace es Grace, para todos. Después de mi madre, siempre fue la más afectuosa conmigo, la que me enseñó a leer y la que tapaba mis travesuras y me defendía de los jalones de orejas de mis hermanas. Mi Grace estudió para profesora, luchó mucho para ir a la universidad, en aquellos años cuando difícil era para una mujer estudiar y se enamoró de Marcus Holms, hijo de una señora que trabajó en Garden House, la encantadora señora Holms, la cocinera. Nunca supe bien

qué fue lo que pasó en ese momento porque yo era muy pequeña. Grace huyó para casarse con él furtivamente porque el muy mentiroso la había engañado con que mi padre se oponía a su unión. Recuerdo esa vez, cuando huyó, que fue el primer gran disgusto de mi padre, la primera vez que la casa se llenó de mucha tristeza. La primera ocasión en la que vi llorar a mi tía Gloria de pena. A los días, Grace regresó sola a casa, «deshonrada», como salió en una noticia de la prensa. No supe, en ese momento, qué quería decir esa palabra. «¿Cómo pierdes la honra?», le pregunté a mi madre, y ella me dijo que esa era una palabra estúpida, de gente estúpida. «La honra de una mujer no está entre sus piernas» (cuando *lady Violet* quería ser directa, lo era. No por nada la crio una exprostituta, mi abuelita Bonnie, la mujer más decente y pura del mundo, como la describía mamá). «La honra está aquí», dijo señalando su cabeza, «Y aquí», señaló su corazón. Grace regresó a casa muy triste, y su vida dio un vuelco de ciento ochenta grados. La más dulce, callada y dócil de las hermanas había cortado literalmente cadenas y, algo impensado para la época: había decidido independizarse. Pidió el adelanto de su dote y puso un colegio para señoritas de bajos recursos que, después, por circunstancias de la guerra, lo transformaría en orfanato por un tiempo. Se marchó de casa, para escándalo de una sociedad que no le perdonaba su matrimonio furtivo, su color de piel, ser huérfana, ser Townsend. Ella decidió vivir y mantenerse sola, aunque no totalmente, pues tía Gloria fue con ella. Para la tía también era su niña preferida. Cuando lloré al verla partir de Garden House, dijo: «En Grace se cumplió mi deseo de la maternidad». A los dos años, se apareció de nuevo en su vida Marcus Holms. Herido, maltrecho pero sobre todo, arrepentido, y Grace lo recibió en su casa porque él estaba muy lesionado (por la guerra) y no tenía a dónde ir. No quiso que se enterara mi padre, pero sí se lo contó a mamá; era muy difícil ocultarle cosas a *lady Violet*, parecía oler las penas de sus hijos. Mamá la abrazó y le dijo: «Tu corazón es muy grande, pero tu cerebro aún más. Sabrás hacer lo correcto». Holms lloró mucho y luchó, más de lo que combatió en el campo de batalla para conseguir el perdón de Grace. Luego de meses de súplicas silenciosas, lo logró. Para entonces yo no lo odiaba mucho, fui testigo de una de las tantas veces que pidió perdón a mi padre. Caminando por el centro de Londres, yo iba del brazo de papá cuando un hombre muy alto y atractivo, pero con una apariencia muy descuidada y que olía a alcohol, se cuadró delante de él. Entre lágrimas, le suplicaba poder ver a Grace y pedir su perdón. Decía que no quería dinero, solo a ella. Papá ni se inmutó al verlo, aunque a mí me dio mucha pena por cómo lloraba; a él no. Le dijo: «Sé primero el hombre que mi hija merece y cuando lo seas, la buscas». Y así lo hizo, le tardó dos años a Marcus, como decía mi madre, encontrar el camino a casa. Y aunque ni él lo creía, Grace lo esperó. Están muy felices, mi hermana tuvo un niño muy hermoso llamado Randolph, pero con muchas complicaciones, a tal punto que ya no podrá tener más hijos. No les

causó ninguna pena. Cuando le dieron la noticia a Marcus, él sonrió y le dijo a mi hermana: «¿Qué? ¿Tú querías tener más hijos?». Cuando cerró el orfanato después de la guerra, se llevaron a los niños, hubo cinco que nadie recogió. Los hermanos Midleton, unos pilluelos escoceses; dos hermanas mellizas, Fanny y Scarlett, y el bello Steven, mi ahijado, que es ciego de nacimiento. De edades diversas, caracteres diversos, ellos se hacían llamar Holms antes de que Marcus dijera que sí quería adoptarlos. Como le decía Grace a su esposo: «Si *lady* Violet pudo con siete, por qué no yo con seis». Y esa gran familia de los Holms vive en una casa muy grande alejada de la ciudad. Marcus se dedicó al comercio con mucho éxito. Grace abrió por fin su escuela de señoritas de bajos recursos, y tía Gloria se quedó viviendo con ellos, disfrutó de atormentar a sus nietos con reglas e imposiciones, aunque a quien más atormentaba era a Marcus. Mi tía, tan buena como rencorosa, hasta el último día de vida, estando en su lecho de muerte no dejó de enconarlo: «Ven, adefesio, para darte mi bendición». Y Marcus lloró su ausencia como no lloró ni a su propia madre.

Mis sospechas se confirmaron, es personal, estos ataques no son hechos de casualidad, sino contra la familia Townsend. No son por problemas de la fábrica o presuntos huelguistas.

Esa mañana salimos rumbo a la casa de su hermana Grace, Bonnie al volante. Sucedió a mitad de camino cuando, de repente, Bonnie interrumpió su parloteo y me llamó la atención por el auto.

—Leonard, los frenos no funcionan.

Los minutos que siguieron fueron de terror. El carro, con el que en ese momento bajamos por una pendiente, entró en total descontrol. Felizmente era una cuesta bastante despejada. Tomé el volante, mientras veía la palidez en el rostro de mi pequeña.

—Tranquila, trata de pasarte a mi lado Bonnie.

Me obedeció, seguimos la marcha, cada vez más rápido, rogando que nadie se nos atravesara en el camino.

—Bonnie, en la siguiente colina, daré una vuelta, abrirás la puerta y saltarás.

—¿Y tú?

—Bonnie, obedece, por favor. No te pasará nada, hay un acantilado a menos de una milla. Tienes que saltar ya.

—¿Y tú?!

—¡Por favor, salta, Bonnie! ¡Yo lo haré más adelante!

Llegó la curva, me acerqué lo más que pude a la berma y ella abrió la puerta, pero no saltó. Cerró los ojos y se sujetó con fuerza de mi brazo. Ya en pánico, al ver que no saltaría, traté de controlar el carro en las peligrosas curvas del camino. Bonnie repetía con los ojos cerrados: «¡Oh, abuelo Henry, ayúdanos!», entonces, supongo que sus ruegos fueron oídos. Divisé a lo lejos un banco de

arena y dirigí el auto directo hacia allí. Durante el impacto, traté de protegerla lo más que pude con mi cuerpo. Pero ambos salimos disparados del automóvil.

A los minutos de estar tendidos en la arena, recobré por fin el conocimiento y mi primer pensamiento fue ella, y lo primero que vi.

—Leonard, ¿estás bien?

Ella estaba arrodillada a mi lado, llorosa y con un corte en la frente.

—¿Por qué no saltaste?

—No podía, no sin ti.

No sé si fue la tensión, la rabia porque no saltó a tiempo o por la sangre de su frente. La sujeté con firmeza y la besé, con miedo, con desahogo, hice lo que quise hacer desde el primer momento en que la vi. Le di un beso intenso y ella me besó también, entre lágrimas, correspondiendo cada caricia hasta que recobré la conciencia y me detuve.

Regresamos a casa muy asustados por el accidente o por aquel beso, por lo que sentíamos. Mientras caminábamos buscando alguien que nos llevara, ella tomó mi mano y no me soltó hasta que llegamos a casa de su hermana Grace.

Con su cuñado, Marcus Holms, fuimos a buscar el automóvil con unos policías, y mis sospechas fueron confirmadas. Los cables de los frenos estaban cortados. Inmediatamente, el señor Holms, con absoluta reserva, dispuso un contingente de gente especialista para dar con el causante de este atentado.

A la mañana siguiente, muy temprano, antes que Bonnie despertara, me despedí de la señora Townsend, quien extrañamente no me preguntó por los motivos de mi partida.

—¿Estás seguro de que es lo correcto, Leonard?

—Sí, señora —respondí—, no puedo quedarme en Garden House. Estoy haciendo lo correcto.

Parte tres

«¿Qué dices, Gervais?
¿Qué estás dispuesto hacer para salvar
a tus amados Townsend?»

Capítulo 13

Wallace lleva ya una semana sin beber. Los descubrimientos sobre los asesinatos de los ricachones y de Dextre como posible asesino lo han traído otra vez, como él esperaba, a la cresta de la ola. La ciudad entera busca a Dextre y se habla hasta de jugosas recompensas para quien dé con su paradero. Todos los días llega información al diario de personas que juran haberlo visto en las campañas o en el puerto, aunque nosotros damos por cierto que está muerto.

—Bien, pájaro frutero, ¿qué pasó? ¿Dónde está mi delicada flor inglesa? No me he bañado por ti.

—Me fui de Garden House. Pasó algo y...

—¿Te le declaraste y se rio en tu cara?

—No quiero hablar de eso, es personal. Pero estoy muy preocupado por otras cosas.

Le conté a Wallace mis preocupaciones y sospechas de los atentados contra los Townsend. Sobre todo, lo último y más grave: que habían cortado los frenos del auto y que casi nos matamos con Bonnie... ¿Quién podría hacerles daño a unas personas tan buenas?

—¿Enemigos?

—Ninguno.

—¿El marqués de Rogarth?, la declaración de *lady Violet* lo hundió en la cárcel. O sabe que, con nuestras investigaciones, nos estamos acercando a él.

—No, esto empezó antes de entrar yo a trabajar para usted. Y ayer descubrí, cerca de la casa, una persona en actitud sospechosa. Lo agarré solo y lo obligué a decirme quién lo mandaba y por qué. Entonces me dijo que lo enviaba el marqués de Rogarth, pero no a hacerles daño a los Townsend, sino para brindarles protección.

—¿Y de quién tienen que protegerse?

—Ahí viene lo interesante y mi gran preocupación.

—Quiero hablar contigo.

Tardé dos días en poder localizar a Josué a la salida de la Facultad de Medicina. Le conté rápidamente sobre mis sospechas de que alguien quería hacer daño a los Townsend. Primero sobre el petimetre que quiso sobrepasarse con su hermana y de los incidentes en casa, sobre todo, de los cables de frenos cortados. Su actitud me pareció extraña. No parecía sorprendido. Le conté mis dudas sobre William, como el presunto culpable.

—No es él —me dijo muy seguro—. Ese es un adefesio que está en la ruina y desea locamente casarse con una señorita con dinero para solventar los gastos de su familia, no es él. Me han contado que ya está detrás de una joven de Manchester, cuyo padre es dueño de fábricas textiles. Además, para estas cosas,

se necesita planificación y medios que él no posee.

—¿Estás seguro?

—Sí, creo saber quién es...

—¿Quién?

Fijó seriamente su mirada en mí y se quedó en silencio. Luego me preguntó muy serio:

—¿Por qué te fuiste de la casa?

—Yo... —dudé en responder— tenía que irme.

—Desde que te fuiste de casa, de un momento a otro, mi madre está muy triste, hasta pidió que te buscara y ni qué decir de mi hermana, está que llora y suspira en los rincones como una Magdalena. De nuevo, ¿por qué te fuiste? Y sobre todo, ¿quién eres tú?

Dudé en responder, por temor, no a él, sino porque mis palabras cortarían irremediablemente cualquier oportunidad de acercarme nuevamente a Bonnie. Pero era el momento y tenía que hacerlo.

—Tu hermano.

—Hola, Doger. Tengo que hablar con usted...

—¡Oh, Josué, qué contrariedad! ¡Qué secretos tan dolorosos! Pobre tu padre, tu padre verdadero, Ian Townsend. El otro no lo es, es una casualidad desagradable, como embarrarse por la calle con excremento, no es nada para ti... Así es, hijo. Recuérdalo bien: solo tuviste un padre, que te amó tanto que... no lo culpo, lo entiendo, lo hizo para protegerte a ti y, de alguna manera, a tu madre, aunque Violet hubiese optado por entregarte a tu verdadera madre. Pero he ahí el problema: hubiera quedado destrozada... Yo fui testigo de la profunda tristeza que la embargó cuando perdió un hijo, casi muere de pena, quizás eso también influyó en tu padre para tomar esa decisión. Yo hubiese hecho lo mismo que Ian... Ahora... ¿cómo ese malnacido de York se enteró de esto? Váyase a saber... y por qué desea vengarse de Hopkins y te utiliza a ti... Hiciste bien en recurrir por mi ayuda. Henry hizo lo correcto al mandarte... No, de ninguna manera, ustedes son mi familia... y, en cierta manera, soy responsable de esto, yo introduje a la vida de los Townsend a Donalsh York, y estas personas malvadas siempre están causando caos... No te preocupes, adorado hijo, nadie os hará daño. De ahora en adelante, ustedes están a salvo... Ve a casa. Ve a cuidar de tu madre y hermanas. Deja a este viejo saldar cuentas. Ya es hora.

Josué no respondió ni cuestionó nada cuando le dije que era su hermano, solo me miró extrañado más que sorprendido.

—Tú y yo compartíamos la misma madre.

—Ella murió, ¿hace cuánto, Leonard?

—Hace unos años. Al morir, revisando sus pertenencias, encontré las cartas que intercambiaron por años con tu padre verdadero, Ian Townsend.

—¿Cómo murió?

—Un accidente en la fábrica donde trabajaba. Murieron muchas mujeres más.

—Lo siento. ¿Tienes más hermanos?

—No, fui hijo único. Mi padre murió cuando era niño y mamá no se volvió a casar.

—¿Qué viniste hacer a Londres, Leonard?

—A ver a un tal Ian Townsend y a pedirle explicaciones. ¿Cómo fue capaz de hacerle tanto daño a mi madre? Seducirla, embarazarla y quitarle su hijo para realizar su deseo de paternidad. Fue muy injusto y cobarde lo que le hizo... Como yo recuerdo, Josué, mi madre siempre fue una mujer triste. Cuando leí esas cartas, entendí su pena. Tuvo un hijo de un hombre muy rico, pero que era casado con una mujer que no podía darle hijos. Le quitó el niño a ella para dárselo a la mujer que amaba, su esposa.

—¿Eso decían las cartas?

—Tu padre, durante años, le escribió contando todo de ti, como crecías, tus internados caros, tus excelentes notas, cuando te rompiste la cabeza al saltar al río... y, por supuesto, le enviaba dinero para que estuviera lejos y callada.

—No es así, Leonard —dijo Josué después de una larga pausa—. No fue así, mal interpretaste lo que decían esas cartas.

—Es la verdad, tú léelas. —Fui al escritorio y le alcancé las cartas de Ian Townsend dirigidas a mi madre.

—No lo necesito. —Levantó la mano en señal negativa—. Sí, Mary Ann fue nuestra madre, sí eres mi hermano, aunque hoy lo sé. Tu... nuestra madre nunca dijo que tuviera un hermano...

—¿Sabías de ella?, ¿desde cuándo?

—Antes de morir mi padre, ya moribundo, esperó a que yo regresara a casa para darme una extensa carta en la que me contó la verdad... Pero no es la que tú crees, Leonard.

—¿Dónde está esa carta?

—Leí la carta minutos antes que mi padre falleciera. Murió papá y la eché al fuego. No quería que nadie, sobre todo mi madre Violet, supiera lo que él había hecho. Yo lo siento. No recordaba nada, solo el nombre Mary Ann y que vivía en España. Papá dijo que había muerto porque hacía un par de años que las cartas eran devueltas. Sinceramente no pude, o internamente no quise, saber más. Lo siento mucho. No mencionaron a ningún hijo. Yo te hubiese buscado... Mary Ann es mi verdadera madre, lo que no es cierto es que Ian fuera mi padre verdadero y lo digo con mucho dolor. Ella..., muy joven, tuvo la mala fortuna de salir embarazada de un hombre rico y malo, digo *malo* porque cuando este supo

de su embarazo, amenazó con matarla si no abortaba, puesto que no quería tener hijos bastardos. Tenía ya dos hijos varones de su matrimonio que aseguraban su linaje. Mi madre, muy valiente, huyó y yo nací. A los pocos meses, enfermé de gravedad. Ella, pobre y sin familia, en su desesperación se enteró de que unos ricos llamados los Townsend estaban adoptando niños huérfanos. Entonces, con mucho dolor, me dejó en las puertas de Garden House, donde se me recibió como un hijo apenas crucé el umbral. Ella desapareció por un tiempo con miedo de ser encontrada por el despreciable sujeto que es mi verdadero padre. Resultó que, unos cuantos años después, este hombre perdió a sus hijos mayores por una epidemia de tifus.

—Donalph.

—Hola, Gervais, estabas tardando. Supongo que el honor de tu visita a esta lúgubre prisión es porque tus adorados Townsend están en problemas. Me pregunto, estimado Richard, ya que estás muy viejo, ¿qué será de ellos cuando no estés tú para solucionar sus complicaciones?

—No lo sé, pero mientras viva, velaré por ellos. Por mi familia.

—Tu familia. Sé que ahora vives con Amy. ¿No es irónico, Gervais? Disfrutas de mi hija y de mis nietos. Es a ti a quien cuidan, velan y veneran como el abuelo adorado, mientras yo soy un ácaro en esta prisión y no recibo más que las visitas de gente como tú, cuando necesitan algo de mí.

—Los afectos se ganan, Donalph, y yo me gané el cariño de Amy, el de sus hijos y el de todos los Townsend. Soy su familia, aunque no tenga su sangre. Ahora, a lo que vine.

—No tengo nada que ver con los atentados a la casa de los Townsend. Un día le juré a mi amada Beatriz que jamás dañaría a la familia que cuidó de nuestra hija y no lo he hecho.

—Pero sabes quién es el culpable.

—Sí, también sé por qué. Y soy el único con tanto poder como él para detenerlo.

—Hazlo entonces.

—¡Qué dilema!, ¿no, Gervais? Yo quiero saber, más que nada en este mundo, quién es mi hija: si Katy o Amy. Tú lo sabes, pero juraste callar. Sin embargo, ese secreto puede librarlas de una desgracia.

—No te daré el nombre de tu hija. Mira lo que pasó cuando Hopkins supo que Josué era su hijo. ¿Y si le haces lo mismo a tu hija?

—No te lo podría asegurar. Tienes razón en eso.

—¿Cómo quedó Josué en medio de esto? Potter, Matheus, Moore fueron los nombres que me dio Beatriz, pero Hopkins no estaba en esa lista.

—Los hombres que me la arrebataron... Malditos. Hopkins no dio la cara, pero fue quien orquestó todo...

Cuando dijo «tifus», «dos hijos» y que era un hombre muy rico, no pude ocultar mi sorpresa ante la revelación de mi hermano. Su padre era...

—¿De tifus, dices?, ¿dos hijos?

—Sí, él también enfermó, pero se salvó con la noticia de que no podría tener más hijos. Entonces se le ocurrió buscar al bastardo, o sea, yo, ya que era su única esperanza de seguir con su linaje. Localizó a mi madre, quien le dijo que había muerto, pero él no le creyó. Alguien le contó que ella me había entregado a una familia de ricos, felizmente esa persona no sabía a quiénes. Mi verdadero padre torturó por días a nuestra madre para que diera el nombre de los que me habían adoptado, pero no lo consiguió. Mary Ann huyó, logró contactarse con mi padre, Ian Townsend, le contó la verdad y el peligro que corría yo si ese hombre me encontraba. Ian la ayudó a huir del país, le mandaba sumas mensuales para su manutención y noticias mías.

—¿Ella te dejó en Garden House por propia voluntad?

—Lo consideró más seguro para mí estar con mi familia. En ese entonces, ya tenía casi cinco años y no podía separarme de quienes me habían criado. Además, si por casualidad ese hombre daba con ella... No podía siquiera imaginar que ese monstruo me criara.

—Ella murió tan repentinamente que no tuvo tiempo de contarle nada a nadie, menos a mí de su secreto... Pocas veces sonreía. Los días que iba al correo por esas cartas, lloraba mucho y las escondía. Cuando murió, las encontré en un baúl junto a prendas de un bebé... Durante años creí que el causante de ese dolor fue tu padre. Lo siento, quise conocerlo, vengarme por el daño que le hicieron. Te entiendo, tu padre no hizo nada malo, pero ¿por qué te pidió perdón?

—No, pero él creía que sí, tendrías, Leonard, que ser un Townsend para entenderlo. Mi padre era un hombre muy justo. Consideró que, al ocultarme la existencia de mi madre, había faltado a la verdad, al honor.

—Lo hizo para protegerte a ti, a ella.

—A mi otra madre, Violet, también.

—¿Por qué a ella?

—Yo fui un niño, a diferencia de mis hermanos, que siempre tuvo la espina o el desagrado de saberme adoptado, por el hecho de que mis verdaderos padres me hubiesen rechazado. Cuando Ian sacó del país a mi verdadera madre, él consideraba un error no contarle la verdad a Violet. Ella es tan... si mi padre era bueno, ella... ¿cómo explicarlo? Su bondad va más allá del entendimiento humano, él no dudaba que, aun partiéndosele el corazón, me hubiese entregado a mi verdadera madre y renunciado a mí. Entonces calló. Él dijo que fue porque no quería perderme, pero lo hizo por ella también, por no herir a Violet. Ian Townsend hizo lo que, dentro de todo, era el menor daño.

—Estaba seguro de que tu madre Violet no sabía de esto.

—Ella me hubiese entregado a mi verdadera madre. La decisión la tomaron Ian y Mary Ann. Violet no sabe nada. Y nunca lo sabrá.

—Nunca —afirmé desde el fondo de mi corazón, con firmeza, lo que provocó una sonrisa en Josué—. Nunca se sabrá. Me hubiese gustado leer la carta que te dio tu papá.

—Confía en mí y en que digo la verdad. No podía arriesgarme a que mamá supiera lo que mi padre había hecho, o mis hermanos. El secreto moriría conmigo. Solo que no pensé que estabas tú.

—No te preocupes por mí. Hace tiempo que tomé la decisión de no decir nada. Cuando conocí a tu madre... me convencí de que no podría hacerlo y que no merecían ese dolor. Incluso no pensaba decírtelo, pero no porque no merecieras causarte esa pena, sino porque no merecías saber la verdad... Me pareces un ser muy egoísta, ensimismado en tus penas, que no sabes cuidar a los seres que te aman.

—Tienes razón, hermano.

—Y la versión que me das es la más congruente. No encajaba en la historia que un hombre cruel, que le quita el hijo a una madre, fuera a la vez el hombre justo que su familia tanto venera. Supongo que es más lógica tu historia.

—Lo único que he resentido en mi vida, Leonard, es que por mis venas no cruzara su sangre. Ian era un hombre tan correcto y me pidió perdón con lágrimas porque consideró que fue egoísta al quedarse conmigo. Siento pena por Mary Ann.

—Era una mujer también muy buena y decente.

—Estoy seguro, pero aunque siento pena de su dolor por dejarme y suene terrible, estoy feliz de ser un Townsend. Lo siento.

—Te entiendo. Tengo mucho que contarte de nuestra madre, pero primero quiero saber, ¿quién está intentando lastimar a tu familia?

—Mi verdadero padre...

—Bien, Donalsh, te entiendo. Hasta podría aceptar que tienes derecho a tu venganza. Todos los de la lista de Beatriz, salvo Hopkins, están muertos y en extrañas circunstancias...

—¿Extrañas?, dame el mérito, Gervais. Macabras y horribles circunstancias. Estoy haciendo una obra de arte con mi venganza, no la minimices... Pero, zorro viejo, tú ya sabías que era yo. Por un momento, pensé que me detendrías.

—No leo policiales.

—Siempre me haces reír, viejo mentiroso, sí lo sabías.

—Y, además de tus amigos, tu venganza no me interesa.

—Lo que le hicieron a mi pobre Beatriz, ¿sabes por qué lo hicieron? Por curiosidad, por saber qué tenía esa mujer de especial que me hizo alejarme de

ellos, de sus vicios. Por ella yo no quería seguir con sus orgías. En una noche destruyeron mi vida. Se la llevaron aun estando embarazada. Los sirvientes vieron a hombres que entraron a la casa enmascarados y cómo ella luchó con uñas y dientes; hasta había sangre en los pasillos donde la arrastraron. Dejaron solo una nota. «Otra que te secuestran». Con vehemencia, comencé a investigar, puse todo Londres de cabeza, pero no tuve rastro de ella hasta veinte años después cuando me paraste en la calle y, a través de una ventana, me mostraste sus objetos más preciados: el crucifijo de su madre y un pañuelo que le había regalado unas noches previas a su secuestro.

—Lo siento por Beatriz, yo la vi morir y no fue justo... Pero solo lo que atañe a Josué Townsend me importa. ¿Por qué está en medio de esto?

—Lo descubrí de casualidad. Hopkins no estaba en la lista de Beatriz, pero fue el instigador de todo y por el motivo más prosaico, por dinero. Hopkins sabía que Beatriz estaba embarazada y deseaba, a diferencia de los otros que solo querían jugar con ella, que muriera y también mi posible hijo varón.

—Josué.

—Josué no es el fin, es el medio. Descubrí que era el hijo bastardo de Hopkins que, con desesperación, llevaba décadas buscando. Hubieses visto la cara de Hopkins cuando el hijo bastardo, que buscó por años, a pesar de que le ofreció inmensurables riquezas, lo despreció. ¿Sabes qué le dijo tu muchacho? «Prefiero morir a dejar de ser un Townsend por un segundo». Fue como si le pasara una navaja por el cuello... Lo disfruté tanto. El dolor más grande que puedes causarle a otro ser humano, Gervais, no es quitarle la vida, es quitarle sus esperanzas, la esperanza de una vida. El hijo esperado lo rechazó.

—Ya te vengaste, ahora deténlo. Cortó los cables de los frenos de un automóvil. Pudo haber muerto Bonnie, o Amy pudo haber estado en ese coche. Katy está por regresar. Hace unos días, tiraron una botella de incendiaria en uno de sus restaurantes. Y si en el siguiente atentado ella está presente...

Capítulo 14

Mi hermano Josué, qué bien me hace decirlo, procedió a contarme cómo Hopkins dio con él. Oh, casualidad, fue por el marqués de Rogarth. Al poco tiempo de morir su padre Ian, recibió una nota de este ser tan siniestro como el otro. Lo invitaba a verlo o haría público la verdad de su origen. Por supuesto que cuando nombró a Rogarth, me sorprendí.

—¿Lo conoces?

—He oído de él.

—Es un hombre que siempre, por una razón u otra, ha estado cerca de mi familia. Él necesitaba saber un secreto de nosotros... te lo contaré y callarás con tu vida... Resulta que también una de mis hermanas es hija de York. Igual fruto del destino, llegó a casa, donde se crio como una Townsend. Dos de mis hermanas tienen la misma edad y una es su hija, pero no sabe cuál. Creyó que, al presionarme, yo le pediría a mi madre que me dijera la identidad de su hijo, a cambio de su silencio sobre mi origen. Dudé mucho, hasta que le conté a mi madre Violet el chantaje de este hombre. Ella, tan lógica como sabia, resolvió el asunto en dos minutos. Llamó a mis hermanas, se encerró con ellas en la habitación y les contó la verdad. Con nada con qué chantajearme, le dije al marqués que me importaba un comino si ese hombre sabía de mi existencia. Pero el verdadero plan de Rogarth no era saber quién era su hija. No el principal; si en el camino obtenía esa verdad, mejor para él. Su objetivo era manipularme para presentarme ante mi verdadero padre, lo cual ingenuamente hice, y enrostrarle que, por ningún motivo, deseaba en esta vida o en otra ser su hijo, mucho menos dejar de ser un Townsend... Se tienen cuentas pendientes esos demonios y yo fui la mejor forma de vengarse... Imagina su desesperación al encontrar el hijo que buscó por años, el único que puede salvar *su estirpe superior*... ¡Estúpido!, por fin aparece y este lo aborrece... El marqués sabía que lo rechazaría... Por poco aplaude cuando le dije que, por ningún motivo, renegaría de ser un Townsend. Cuando vi la cara de beneplácito del marqués, supe que había caído en una trampa... Desde ese día, que lo rechacé, me acosa constantemente. Cartas con promesas, pedidos, súplicas, me cuenta una y otra vez la increíble riqueza que poseeré si acepto cambiarme el apellido... pero, en los últimos meses, el tono de sus cartas cambió de sutiles a abiertas amenazas con dañar a mi familia si no accedía a sus ruegos. No lo creí capaz. Ciertamente me encerré en mí, en mis tormentos y no miré lo que pasaba a mí alrededor, lo cual lamento.

—¿Cómo se llama tu verdadero padre? No es que importe, pero... ¿Qué le hizo tu padre al marqués para que este quiera vengarse de él?

—¿Qué se habrán hecho? No me interesa. Las personas malvadas siempre se pisan la cola, como dice mamá.

—¿Qué haremos para proteger a tu familia?

Cuando hice esta pregunta, Josué rio de buena gana y me dio otra vez la mano, al tiempo que dijo que, desde ese momento en adelante, él se encargaría de cuidar a su familia. Luego me preguntó por qué, si yo ya no quería vengarme, me había quedado tanto tiempo en Garden House.

—¡Oh, mi hija Katy! ¡Oh, mi Amy! Las hijas de mi amada Beatriz. No soy tonto, Gervais, ya lo he pensado. Ellas pueden ser sus siguientes y mortales víctimas.

—Entonces deténlo, York.

—¿Y crees que no quiero matar a Hopkins?! Pero no puedo. Blufeaba hace un momento. Si estuviera en mis manos, ya lo hubiese mandado al infierno. Está alerta. Sabe que es el próximo, pero a diferencia de los otros, es tan poderoso y maquiavélico como yo. Si aún respira, es porque no he podido llegar a él, aunque sé cómo detenerlo.

—Hazlo, entonces.

—Ya tengo el final perfecto para Hopkins, pero necesito ayuda, Gervais.

—Mi muchacho Josué es un buen chico. No manchará sus alas por...

—¿Quién habló de Josué? Personas como *lady* Violet o los Townsend pueden ver la vida en blanco o negro y jamás cruzar la línea de lo prohibido. Nosotros somos mortales, Gervais, actuemos como tales. Es hora de que demuestres cuánto amas a tus adorados Townsend.

—¡Es una niña!

—No seas descarado, Josué. Cosette solo tiene dos años más que Bonnie.

—Pero es mi hermanita, Leonard... Tú...

—Claro que no. Por eso me retiré de la casa. Ni siquiera le he confesado mi amor.

—Con razón tanto lloriqueo desde que te fuiste...

—Jamás le faltaría el respeto a ella o la señora Violet. Las estimo demasiado.

—Um.

—No, por supuesto, no solo los Townsend son decentes. No podía quedarme en tu casa sintiendo ese amor y no podía confesárselo sin decirle las verdaderas razones por las que me acerqué a ustedes: el secreto de su padre. Por eso preferí marcharme.

—Supongo que tanto lloriqueo indica que ella también siente algo por ti.

—¿Tú crees?

—Quita esa cara de felicidad, Leonardo. Es muy muy joven para compromisos. Y puede que seas mi hermano, pero para mi Bonnie solo exigí lo mejor, igual que mis otros hermanos. Henry estará muy contrariado... —En ese instante, Josué comenzó a dar vueltas por la habitación en señal de reflexión

y se puso el dedo en los labios como hace su mamá—. Esperábamos este momento, pero que se dilatara lo más posible. Bonnie es un tormento, pero es ¡*nuestro adorado tormento!*

—Mis intenciones son las más honorables, Josué. Estoy estudiando y trabajando para ser una persona que esté a su nivel. No tengo riquezas, pero sí sé de trabajo honesto. Nuestra madre era también una mujer muy decente y así me educó.

—Ummm. Es mi hermanita.

—Y la amo. No le he confesado mi amor por las razones que te mencioné, porque creía que debería desenmascarar a tu padre Ian. Pero ahora, que todo está aclarado, yo quisiera...

—Alto. Aunque mi madre no soporta las mentiras, hay cosas que es mejor no hablar. Nunca se sabrá lo que hizo Ian, su secreto... Me alegra tener un hermano y lo daremos a conocer a mi familia en su momento, y obviaremos ciertos detalles. —En ese momento, extendió la mano hacia mí y me dio un fuerte apretón—. Pero estaré muy pendiente de ti y juro por la memoria de mi padre que si le faltas a mi hermana, te despellejaré vivo y después de mis otros hermanos, Henry, Grace... ni pensar en lo que te harían Amy y Katy.

—Lo sé. Te pido humildemente una oportunidad.

—Lo pensaré. Por lo pronto, no vivirás de nuevo en Garden House.

—Entiendo.

Comenzó luego a hacerme un exhaustivo interrogatorio sobre mis hábitos personales y valores morales. Una indagación extensa, supongo que con el fin de que le revelara la naturaleza de mi carácter. Y me pidió, sobre los atentados de su verdadero padre, ser discreto, que ya tenía alguien en mente que solucionaría el problema.

Con el corazón aliviado y la promesa de Josué de pensar sobre aceptar el cortejo con Bonnie, retomé mis labores en el diario. Y, por supuesto, a quien primero vi fue a mi jefe directo, Wallace.

—Estás muy sonriente, supongo que te amistaste con mi florecita inglesa.

—Más respeto que habla de mi prometida o futura prometida. Espero que la familia me dé su aprobación.

—¡Oh, mira tú! ¿Qué novedades me tienes?

—La vida, señor Wallace, es un atado de coincidencias y, al final, todo engrana como el mecanismo de un reloj.

—Qué profundo, muchacho. Ya sé que te esfuerzas en aprender muchas palabras en nuestro idioma, pero no tienes que usarlas todas al mismo tiempo y menos conmigo. Si no, conviértete en poeta. Al grano.

—Hay detalles que no puedo brindar y lo que le diré es en total discreción. Le pedí permiso a mi he... a esa persona para divulgar ciertas cosas con tal de

llegar a la solución.

—Ya para tanta intriga, harás que me tome un vaso de *whisky* y termine con mi sobriedad.

—Bien, todo sea porque no vuelva a beber. Resulta que confirmé que Hopkins es quien está detrás de los atentados a los Townsend.

—Hopkins, nuestro Hopkins, ¿y qué le hicieron ellos?

—Nada, ocurre que descubrió que uno de los hijos adoptivos de los Townsend es ese hijo bastardo que buscó por años. Hace un tiempo, el marqués de Rogarth, no se sabe cómo, supo de la existencia de este joven y los presentó. Hopkins deseó darle su apellido y fortuna, pero el hijo lo rechazó rotundamente.

—Interesante.

—Hopkins, después de muchas promesas, optó por amenazas directas. Si el joven no acepta ser su hijo legalmente, lastimará a su familia.

—Dios mío, qué noticia y yo sin poder tomar.

—No lo sabe nadie, excepto nosotros. Y se lo cuento para que me ayude a salvar a mi futura familia.

—Das por cierto que te aceptarán.

—Tengo planeado fugarme a España con Bonnie si no aceptan.

—Mucha flor para tu maceta, como dicen en México. Pero en gustos...

—¿Qué haremos, señor Wallace, para detener a Hopkins?

Estimado Henry:

Ese asunto lo he dejado en manos de Gervais y me ha dado la tranquilidad de que está solucionado. Ahora, otra gran vicisitud en nuestra familia, ese momento tan temido, y que esperábamos que no llegara pronto, llegó y se ha hecho realidad. Nuestra hermanita Bonnie creció y se ha enamorado. Sí, supongo que estás tan contrariado como yo, aunque para consolarte te diré que tengo todo fiscalizado, y el depositario de su afecto no es una mala persona, es decente aunque quizás mi juicio no sea tan imparcial porque el hombre en cuestión es mi hermano de sangre y se llama Leonard. Me imagino tu reacción y no quiero explayarme por carta, es una explicación que será mejor dártela en persona. Lo encontré y quiso el destino que se enamoraran. Bueno, porque es buena persona, hay varias razones que quiero enumerarte. Uno, cuando vio el rumbo que estaban tomando sus sentimientos con respecto a nuestra hermana, inmediatamente se retiró de la casa (era el chofer, creo que tú lo contrataste antes de irte). Dos, nuestra madre lo tiene en mucha estima y se alegró mucho de la noticia (papá siempre decía que lady Violet tenía un ojo único para ver la bondad en las personas). Tres, aunque es muy humilde y su mayor posesión son solo sus valores, está estudiando, además trabaja muy duro para ponerse al nivel de Bonnie. Y cuatro, creo yo lo más importante, tiene el suficiente carácter para no dejarse manipular por nuestro tormento, es serio, no es vehemente, tiene mucho control para no dejarse avasallar por ese

vendaval que es nuestra hermana. Como dice tía Gloria, en la vida hay que buscar complementos, no iguales. Una vez que medité profundamente sobre su carácter y, por supuesto, lo conversé con nuestra madre, he permitido su noviazgo. Y sí que están enamorados. Traje una tarde a Leonard, llegó muy bien vestido, bastante nervioso con el propósito de pedir permiso a mi madre para poder visitar a Bonnie. No le dije nada a ella porque quería ver su reacción. La mandé a llamar, llegó corriendo a la sala y cuando lo vio, mejor dicho cuando se vieron, no tuve duda de que están realmente enamorados. Bonnie lo vio e inmediatamente se le llenaron los ojos de lágrimas y se puso a reír nerviosamente (como madre cuando se emociona), corrió a su encuentro para abrazarlo. Como te dije, él es un ser muy controlado, aunque su rostro reflejó mucha emoción, tuvo la prudencia de hacerle un gesto para que ella se detuviera. Estando mamá presente, le dije a Bonnie que Leonard venía a pedir consentimiento para su cortejo. Inmediatamente nuestra hermana dijo que sí, por poco se pone a dar saltos. Mamá consintió muy sonriente, pero poniendo en claro a ambos que estaban muy jóvenes para pensar en un matrimonio a corto plazo, que debían terminar sus estudios antes de siquiera pensar en eso. Bonnie quiso objetar, pero hay otro ejemplo de lo bueno que puede ser la presencia de Leonard en su vida, pues con un gesto severo pero cariñoso, hizo que Bonnie se callara. Ahora viene en las tardes a hablar con ella a la casa, pero como venganza por todas las travesuras que Bonnie me ha hecho, le he puesto como chaperona a tía Gloria. Nuestra hermana casi muere cuando la vio el primer día y se sentó en medio de los dos. «¡Esto ya no se usa, es del siglo pasado!» gritó, pero nuestra tía arregló el asunto con una severa mirada, aunque a veces madre interviene y los deja salir a pasear por los jardines a solas. Y una vez a la semana van a la ciudad a tomar helados o al cinematógrafo en compañía de tía Gloria o mamá. Confío, qué raro decirlo, en mi hermano. Y es una satisfacción verla feliz a nuestra pequeña Bonnie. Como dice Amy, a nuestra hermanita le tocó lo más difícil de este suicidio de la razón que fue la guerra: perder su niñez. Está disfrutando la juventud que le robó. ¿No es hora de olvidar lo que pasó y comenzar a vivir un poco de la felicidad que nos fue arrebatada? Se aman, él es bueno. Lo tengo muy bien vigilado. No te preocupes, hermano. Todo está controlado.

Sobre mi situación con Cosette, bueno...

—¡Nada!, ¿no haremos nada?

—Nada, Leonard.

—Pero, Wallace, estamos tan cerca de atrapar al marqués, él es el asesino, y a ese Hopkins...

—¿Dónde quedó el señor Wallace?... Calma, muchacho. Es hora de practicar la principal virtud de un periodista: la paciencia. Somos reporteros. Hay momentos en que debemos sentarnos y esperar, ver qué sucede y luego

contarlo.

—Pero esos hombres...

—Tu informe, ¿qué dice? Hopkins ha redoblado la vigilancia en el castillo. Hasta ha llegado a la paranoia de traer comida de afuera y a contratar gente que la pruebe. El marqués igual. Quiere decir que el desenlace de esta historia está cerca. Un paso en falso de alguno y...

—Pero debemos dar con el asesino...

—*Dar con el asesino...* Españolete, me haces reír. Somos reporteros, vemos y relatamos lo que observamos. Somos testigos, no actores ni policías. ¿Quieres hacer una investigación, descubrir la intriga, dar con el asesino?... Escribe novelas de misterio. Esto es la vida real. Esta pared es infranqueable, no podemos ya dar un paso más. Les toca a ellos. Tu familia, futura familia, está segura. Holms, el marqués de Saxonhurts y el muchacho Townsend están moviendo un contingente de gente para protegerse. Hopkins no se les acercará. Ahora está más atento de que su cuello no esté al alcance de York.

—¿Y Bonnie? Ella querrá seguir... la conozco.

—Ella entenderá más rápido que tú, es más lista... Le mandaré tres investigaciones que tengo pendientes para que nos ayude en su análisis... Te daré la clave para tu futura felicidad doméstica: a mujeres como Bonnie siempre hay que tenerlas ocupadas. Por lo pronto, la policía ya busca a Dextre como el asesino... Volveré hacer una nota sobre él para distraer a York... Quita esa cara de desazón, muchacho, le toca a los protagonistas de esta historia dar el siguiente paso...

Josué miraba desde la ventana de su habitación al jardín interno de la casa y pensaba cómo las cosas habían llegado a tal punto. Ahí debajo de su ventana, sentada en una banca, con los hombros caídos, secándose lágrimas, la vista baja, derrotada, estaba la mujer que le había cambiado la vida. Y él la había lastimado. Recordó uno a uno los sentimientos que le provocó Cosette desde su llegada a Garden House. Primero la rabia, al haberla creído una intrusa estafadora que había llegado para lastimar a su familia con una mentira. Además de sacarlo de su ostracismo, tan bien calculado, él, que toda la vida había sido el más pragmático y severo de los hermanos, se sintió desconcertado, sin saber qué hacer. Luego vino el sentimiento de rencor, su querido hermano se había enamorado, había tenido una hija y a él, su confidente de siempre, no le había contado siquiera del romance. Después vino la sorpresa de encontrar en esa pequeña mujer un desborde de contradicciones, una mujer simple y a la vez compleja, que hacía un bulto de su hija y la cargaba a su espalda para tratar de hacer de todo, ayudar en una casa de ricos, donde ya era aceptada como familia. Si la hubiesen dejado que limpiara los pisos, lo hubiese hecho con la mayor alegría, como una doncella más. «Son hábitos del

que tiene la costumbre de pagar por el pan que lleva a la boca», le dijo su madre. Ser tan feliz porque a su «nueva familia» le había gustado la cena que preparó, sentirse orgullosa de saber filetear con destrezas los pescados y que su madre fuera una madre soltera, el empeño en aprender a leer y escribir, porque así le daría un mejor futuro a su hija lo hacían sentir confundido y a la vez orgulloso del temple de esa mujer tan especial, de apariencia frágil y voluntad férrea. Recordó esa vez que llegó a casa disgustado, por no haber conseguido información con los amigos de Randolph sobre Cosette, y la encontró gateando al lado de su hija; la perseguía fingiendo ser un león. Ese día se comportó muy grosero con ella. Luego descubrió el porqué; se sintió tan turbado y enojado... Fue al verla sonriente en el piso, gesticulando con esos hermosos labios, o por aquel botón desabrochado de su blusa y aquellos ojos negros brillantes cual zafiros. Sintió horror por descubrir hacia dónde se encaminaban sus pensamientos. En ese momento cayó en cuenta de la verdadera razón por la que esa mujer le disgustaba tanto... era porque le atraía demasiado. Siguió en un juego a perdedor, pensando muchas veces en lo indebido de sus sentimientos por haber sido la mujer de su hermano. Hasta que, como un ángel, su querida madre le dio la bendición, o presintió, primero, que él ya se había enamorado de ella. «Cásate», le dijo, y a él se le abrió el cielo. «Cásate», su propia madre le daba la bendición y el resto de familia estaba más que feliz. Y aunque parte de él, sinceramente, se opuso, fue la salvación que clamaba para poner fin a tantas horas de insomnio que le provocaba esa mujer. Luego vino el cortejo más largo y enojoso que imaginó tener. Nunca tuvo esos detalles con otras mujeres. Era rico, atractivo y con tanta personalidad que anteriormente cortejar a una dama significó para él levantar la ceja y decirle: «¿Qué opinas?». Pero Cosette era diferente, era la mujer que además tenía una hija por la que cada decisión en su vida requería doble análisis. Pero él, una vez que tomó la decisión de casarse con Cosette, avasalló como un toro, de frente y sin la menor cortesía, como si todo se redujera a un «Nos casamos y ya», sin pensar en sus sentimientos, o si quizás ella seguía enamorada de Randolph. El defecto de los Townsend, cuando tenían la convicción de estar haciendo lo correcto, era que se lanzaban de frente: «Es mejor pedir perdón que permiso», como decía su padre. Y fue lo que hizo, asustarla. No entendió que Cosette no tenía el glamur de las mujeres de sociedad, de las que estaba acostumbrado a rodearse, esos artilugios de seducción y coqueteo, como decir «no» y sonreír, o hacerse la difícil. Cosette era una criatura sencilla, si decía que no quería casarse, era porque no quería y punto. Esa falta de mundo era parte de su encanto. Josué la miraba tan triste mirando la nada, moviendo los labios de forma nerviosa, y él era el causante. Su ímpetu hizo que se saliera todo de control, cuando se dio cuenta de que la necesitaba y de que no estaba dispuesto a perderla, perdió su espíritu analítico, su pragmatismo. Ante su negativa, comenzó a actuar erráticamente. Hasta tuvo

la estúpida idea de causarle celos con Alessia, amiga de la familia que solía ir mucho a la casa. Un día, de casualidad, conversaba con ella y sintió la turbación de Cosette al verlos juntos. Entonces el muy tonto jugó con los sentimientos de ella y de la pobre Alessia. Hasta un día en el que conversaba con Alessia y cuando la vio llegar, se mostró aún más atento. Pero lejos de disgustarse, le sorprendió que Cosette le sonriera tristemente. Él pasó la tarde dando vueltas, pensando en el porqué de esa sonrisa. ¿Estaría aliviada de que se fijara en otra? ¿Tanto era su desagrado por él? Hasta que no aguantó más.

—No tengo nada con Alessia, no te alegres —le dijo disgustado.

—No me alegro, *monsieur* —respondió ella.

—¿Por qué sonreíste cuando nos viste juntos?

—Porque vi lo que usted no vio. Ella sí es la mujer para usted. Randolph era para mí. Usted no.

Él se le acercó hasta quedar a pocos centímetros de ella.

—¿En serio lo amaste?

Luego la besó. Fuerte al principio, después suave, muy delicadamente, despacio. Cuando sintió que ella también lo besaba, que levantó su mano para rodear su cuello, cuando sintió que era correspondido, sintió estallar en su pecho un sinfín de emociones. «Por fin», se dijo a sí mismo. Siguió besándola hasta que tocó su rostro y lo sintió húmedo. La soltó y se la quedó mirando sorprendido. Ella lloraba y lo miraba con angustia, con una tristeza muy profunda. «Hay cosas que no pueden ser», le dijo, y se fue corriendo a su cuarto. Una desazón muy grande se apoderó de él, que lo dejó angustiado y otra vez herido, otra vez rechazado, tanto que no lo dejó dormir. Y felizmente que no lo hizo. En la madrugada sintió unos pasos que se dirigían a la puerta de calle por lo que fue a ver. Era Cosette que, con un pequeño bolso en la mano, se disponía a dejar su casa.

Gervais, sentado en un rincón de la sala, veía a los hijos de Amy jugar divertidos. Como siempre, el juguete preferido: las muletas de papá o las piernas postizas. ¿Qué estaba dispuesto hacer por los Townsend?, ¿por su familia? ¿Cómo entró al juego de York? «Los seres como Violet pueden jugar a la santidad y perfección, nosotros somos mortales», «Solo tú podrías llegar a él sin levantar sospechas», «No se detendrá». Maldito. Ahora estaba en sus manos ponerle fin a Hopkins, ejecutar la venganza del marqués y salvar a los Townsend. «Solo alguien como tú podría llegar a él». «Si crees que soy despreciable y loco, Hopkins es... Si no tiene a Josué, lo matará a él y a toda su familia».

Gervais recogía la pelota que le alcanzaba una de sus queridas nietas.

—Abuelito, ven a jugar.

—Ya voy, cariño.

«¿Qué serías capaz de hacer por tu familia, Gervais?».

Soy formalmente el novio de Bonnie Townsend, y sí que estoy muy feliz y enamorado. He aceptado hasta tener una chaperona. La adorable tía Gloria, que es más dulce que un palo de escoba. Todo por Bonnie. Pero es que mi moza me tiene loco. Trataré de terminar pronto mis estudios y ascender a una mejor posición económica. A las personas como los Townsend poco les interesan lo de las clases sociales y el dinero, pues, hombre, dejarlos a ellos vivir en su mundo alterno. No soy tonto, soy un pobre aprendiz de reportero, y ella una rica heredera. Ya trabajo en el diario a tiempo completo. Soy mensajero, cargador de bultos y se me permite hacer notas de obituarios o avisos comerciales de vez en cuando. Bastante para un extranjero, aunque sigo de ayudante del señor Wallace en sus investigaciones. Ahora que somos novios, con Bonnie extrañamente tenemos menos tiempo para vernos y eso la tiene desesperada, a mí también, pero he decidido acatar todas las normas que me han impuesto para ser su prometido. Y ni por ella quebraré la confianza puesta en mí. Es un duro sacrificio, basta ver cómo me tiemblan las piernas cuando la veo y a ella también; se molesta por las restricciones que tenemos y porque yo no quiera romper las reglas. Se disgustó tanto ayer que tuve que rogarle por una hora para que me diera un beso, pero al final cedió y vaya que valió la pena tanto ruego.

—¿A dónde vas, Cosette?

—No puedo quedarme en tu casa, Josué.

—¿Y tu hija?

—Violetita estará mejor aquí. Ella es una Townsend y ustedes son buenas personas; vine de tan lejos porque no podía criarla sola. No soy mi madre, no tengo su fuerza. Estará mejor con ustedes.

—Una madre nunca debe abandonar a un hijo.

—Lo sé... Espero que no me odie..., pero no puedo quedarme. Es lo mejor para ella. Ustedes pueden darle una vida que jamás yo podré. Conmigo solo pasará hambre.

—Regresa a tu cuarto, Cosette, al lado de tu hija. Ya entendí. No insistiré con lo del matrimonio. No se volverá a tocar ese tema. Nadie te volverá a molestar. Vivirás acá. Y yo no volveré a acercarme a ti, lo prometo. Pero no dejes a tu hija... Por favor.

Parte cuatro
Lo que hacemos por amor

Capítulo 15

—Informe a su excelencia que *sir* Richard Gervais desea una audiencia con él.

Doger esperó encontrar en el duque de Westminster un hombre como York: soberbio, arrogante, altivo, intimidante y lo que entró a la habitación era un esqueleto arrastrado por dos enfermeros que lo pusieron como pluma en una silla. Pero si su apariencia denotaba fragilidad, no sus ojos. «Sí, el mal siempre se concentra en la mirada».

—¿A qué debo el honor, *sir* Richard? Anunció a mi mayordomo que tenía una información muy importante para mí, ¿cuál es?

—Primero, duque de Westminster, solicito sepa disculparme por no pedir cita antes y llegar justo a la hora del té.

—No se disculpe, pediré que nos sirvan, disfrutaré su compañía y lo que tenga que decirme.

—Entonces iré al grano, excelencia. Usted y yo tenemos un enemigo en común: Donalphy York.

—¡Ay, Grace!

—Mi Bonnie querida, qué falta me haces. Se acaba de ir mamá. La vi muy triste, no comentó nada, pero supongo que es relacionado a Cosette y Josué.

—No sé qué pasó exactamente entre ellos... Cuánto pesa este Randolph... No se lo digas a Amy, pero tú bebé es más bonito que el de ella.

—Bonnie, cariño, todos los bebés recién nacidos son feos. Además, seguro que le has dicho lo mismo a Amy. Cuéntame.

—Hace unos días, Josué nos llamó a la biblioteca, a mi madre y a mí, para decirnos que desde ese momento no volveríamos a mencionar el asunto del matrimonio con Cosette. Lo dijo muy serio, pero más que serio, estaba muy afectado.

—¡Oh, qué pena! ¿Qué habrá pasado?

—No lo sé, pero ambos están muy tristes. Ahora Josué pasa todo el día fuera de la casa. Cuando llega, va a ver a Violetita y Cosette inmediatamente se retira a otro ambiente. No se cruzan para nada. Los fines de semana, él se queda en el departamento que está en la fábrica.

—¿Cosette no te ha dicho nada?

—No. Y no he querido preguntar nada, pero la he visto llorosa. Se levanta con los ojos hinchados y muy demacrada.

—¿Mamá qué dice?

—Nada, pero también está triste. Se había ilusionado con la idea del matrimonio de ellos. Creo que más por Josué. Lo vio tan cambiado, tan feliz con la idea del matrimonio...

—Démosles tiempo, que es lo que no se les dio al principio.

—Sí, Grace, mamá dice que tú tenías razón. Actuamos todos de manera muy prepotente, sin pensar en los sentimientos de Cosette.

—Paciencia, cariño. Si Dios quiere, todo se dará a su tiempo.

—Tú pareces la abuela sabia de la familia. Mamá dice que, desde ahora, primero debemos preguntarte a ti antes de tomar decisiones.

—No hay mujer más sabia que *lady* Violet y humilde, aunque a veces se deja llevar por los deseos de su corazón. ¿Y tú, señorita, cómo anda tu noviazgo?

—Yo quiero matar a mi novio. Como es español y yo inglesa las penas serán menores, ¿no? Si supieras lo remilgoso que se ha vuelto... Parece la versión masculina de tía Gloria. Con decirte que le pide permiso a Josué para salir al parque... Y eso no es todo...

—¿Por qué cree que Donalphy York es mi enemigo?

—No estoy para juegos, su excelencia. Son enemigos mortales, junto a los fallecidos Potter, Moore y Matheus.

—Entiendo... entiendo. Es cierto, somos enemigos. Hace años me comporté de manera, digamos, incorrecta con él, con mi primo Donalphy. Le quité algo que él quiso mucho. Veinte años después, él me devolvió el golpe. Estamos parejos. Ya no hay más.

—Creo que no quedó todo ahí.

—Mi primo me dio donde podía destruirme. Más piadoso hubiese sido matarme de una vez... como hizo con los otros. Su venganza fue perfecta.

—Pero ahora lo quiere muerto.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo. Y usted a él.

—¿Por qué lo querría muerto?

—Antes de que York lo mate a usted.

Gervais miraba la expresión de Hopkins y pensaba en las palabras de York: «No hay otra salida, Richard. Solo tú podrías acertarte a él. No sospecharía, sabe de tu nombre intachable, de nuestra enemistad. Testificaste en mi contra en el juicio... No merece vivir. Beatriz... ¿qué fue lo que le hizo Beatriz? Nada, la mandó a matar por el motivo más vil, más prosaico... ¡No se detendrá!, yo me alejé de mi hija para no lastimarla, lo sabes. Él desea a su hijo vivo o muerto».

—¡Oh, Amy, es muy triste verlos!... Déjame cargarlo... Es tan lindo este Randolph. No le digas a Grace, pero es más bonito que el de ella.

—Lo sé, Bonnie, pero que sea nuestro secreto.

—Come te dije... qué lindo eres... Es triste verlos. Si por casualidad se cruzan en la casa, los dos se ponen nerviosos, hasta pálidos. Ni se miran a la cara. Cosette se encierra en su cuarto y Josué se va directo a la calle.

—¿Qué habrá pasado?

—Ni idea.

—¿No será por Alessia?

—No creo, ella ya no va a la casa. Si Josué le coqueteaba, era por darle celos a Cosette. Ahora Alessia cuando quiere ver a mamá, se ven en el centro. Vi que Josué le mandó una carta en la que le pedía disculpas, no sé por qué.

—Qué raro. Pobres. Hacían tan bonita pareja. Hasta tenía planeado el vestido de novia de Cosette y el de Violetita que sería la dama de honor.

—Dice Grace que debemos darles tiempo. Si Dios quiere, que pase. No se sabe cómo ni dónde, pero todo se arreglará.

—Está bien dejar las cosas en manos de Dios, pero también es correcto darle una ayuda.

—No, Amy, ya intervenimos demasiado. Como dice mamá, esto ya es entre ellos dos. Me duele verlos tristes pero...

—¡Ahí está!, si están tristes, es porque sucedía algo entre ellos.

—Marquesa, no intervengas, ¡basta!... Ya hicimos bastante estorbando en algo que se pudo dar de manera natural.

—Está bien. Es que Josué estaba tan feliz...

—Lo sé, pero... se queda ahí.

—¿Y tú, señorita?, hasta ahora no me has presentado formalmente a ese novio tuyo.

—Si ya lo conoces...

—Como chofer, no como tu novio.

—Ahora es reportero del Oxford Times... Hace obituarios, pero se empieza por algo, ¿no?

—Bueno. Trae a tu señor reportero.

—Traerlo aquí para que tu suegra lo espulgue como felpudo y para que el marqués de Saxonhurts le hable, otra vez, durante dos horas, del correcto comportamiento de un caballero.

—¿Ya lo sermoneó Julian?

—Tú te ríes, pero no fue gracioso... Él y Marcus. Se vengan de mí por todas mis bromitas. Holms lo amenazó al decirle que sabía muchas formas para desaparecer una persona sin dejar rastros, y tu esposo quiso matarlo... pero de aburrimiento.

—Me haces reír. Tus cuñados te adoran.

—Lo sé, pero hay venganza en su actuar también. Si lo traigo, serás amable con él. Grace lo fue.

—Ya se lo presentaste a Grace y a mí no.

—¿Por qué será?

—Sabe más de lo que pensé, Gervais. ¡Oh!, la hora del té. ¿Sería tan amable

de acompañarme?

—Gracias, su excelencia.

—Además, creo que esta conversación será muy extensa. Y ahora, dígame, ¿por qué es también su enemigo el marqués de Rogarth?

—Conoce a su primo. Cualquier ser humano con un poco de decencia tendría muchos pendientes con él, empezando por lo que le hizo a su primera esposa.

—Ah, sí, recuerdo que usted testificó en su contra en el juicio. Lo que le hizo a la pobre Valery fue... muy penoso. ¿Sabe por qué se quiso deshacer de ella al internarla en un psiquiátrico? Por la obsesión de querer el hijo varón. Triste, desagradable, aunque debe haber algo más...

—Sí, otras circunstancias.

—¿Cuáles?

—York tiene un secreto sobre una persona a quien amo mucho. York si lo desea, con ese secreto, puede destruir a esa persona. Y no lo permitiré.

—¡Oh!, usted no tiene esposa, hijos... No se sorprenda, *sir* Richard. Pocas cosas pasan bajo el cielo de Londres sin que yo no sepa... Continuemos. No hay familiares cercanos, salvo su sobrino, el marqués de Saxonhurts, muy querido, hasta se dice que vive con él. ¿Es un secreto de él? ¿O de su bellísima esposa, la marquesa?, su ahijada... por su expresión, creo que se trata de la chica Townsend. Esos Townsend...

—Honorables personas.

—No lo dudo. Y no sé cómo mi primo llega a saber oscuros secretos de las personas, los oculta bajo la manga y cuando los necesita, los deja salir.

—Como el secreto de su hijo Josué Townsend.

—¿Cómo están las cosas en casa, Bonnie?

—Peor, Grace. Josué se fue de viaje por unos días.

—¿A dónde?

—No lo dijo, fue extraño. Todo empezó cuando Cosette nos había preparado una rica cena: pescados, su especialidad, con unos cangrejos, que ella misma escogió en el mercado... En fin... Esta vez, Josué se sentó en la mesa, aunque casi no habló. Cosette, como siempre, estaba a la expectativa de ver si nos gustaba su comida. Para esto, estaba como las veces anteriores: delicioso. Luego dijo que estaba preocupada de que no hubiese quedado como lo hacía su mamá porque ese platillo se acostumbra hacer con una sal rosada, especial, que solo hay en su pueblo. De repente, Josué se paró. Se la quedó mirando fijo... Sí, a Cosette... Y después se retiró. A la mañana siguiente no estaba, dejó una nota que decía que estaría fuera de Londres por unos días.

—Qué raro. ¿Dónde iría?

—Muy raro.

—Sé todo, su excelencia, que Josué es su hijo ilegítimo y que usted amenaza a su familia, los Townsend, porque él no quiere aceptar su parentesco.

—¡Ironías de la vida!, Josué es mi hijo. Cierto. Sin sentimentalismo barato, *sir* Richard, es mi hijo, mi sangre y punto. Ahora que usted me vio, dígame si no tiene él el color de mis ojos, la forma de mi nariz, las entradas de mi frente. ¿No es mío acaso? Yo perdí dos hijos y quedé estéril. Cuando creí que estaba todo perdido, aparece él para ser quien continúe con mi linaje.

—Él no lo desea.

—Por ahora. Le digo la verdad, *sir* Richard, no me decepcionó, aunque me rechazó, aunque no aceptó legitimarse como mi heredero. El muchacho no me desilusionó. Es más, quedé gratamente sorprendido. La fuerza con que me habló, la elección correcta de las palabras, su porte, su mirada altiva. Tiene el orgullo de mi familia, mi carácter. Se dirigió a mí sin en el menor resquicio de temor, sin siquiera pestañar, sin temblarle la voz. Sin miedo, sin pena. Pocas personas, y mucho menos tan jóvenes, han tenido el valor de enfrentarse a mí de esa manera. Estoy muriendo, pero qué gran consuelo es saber que mi sangre sigue en este mundo. Es exactamente el hijo que yo deseaba.

—Es usted inteligente y práctico, Hopkins. Pongámoslo así. No es posible que Josué acepte legitimarse como su hijo. Lo conozco desde que era un bebé. Tiene el orgullo, decencia y fuerza del padre y de la madre que lo criaron. Es capaz de irse a la China con toda su familia antes de renegar de su apellido. Esa batalla está perdida. Yo le propongo el segundo premio.

—¿Cuál?

—York. Puedo llegar a él: soy su médico. Y... usted sabe...

—¿A cambio de mi hijo?

—¿Si le doy a York, usted deja en paz a los Townsend?

—Matar a mi querido primo Donalgh York... Pensé que esa mujer Beatriz era una de tantas. No calculé bien el golpe, supongo.

«Hopkins era, a diferencia de los otros, mi amigo, Gervais, al único del grupo que apreciaba de verdad. Cuando desapareció Beatriz, fui a pedirle ayuda y el fingió socorrerme, puso a sus hombres a buscarla, hasta se atrevió a consolarme... Me quitó mi felicidad por el motivo más vulgar: por dinero. Somos parientes consanguíneos, si no llegaba a tener un hijo varón, gran parte de mi fortuna pasaría a él. Crecimos juntos, bebimos de las mismas copas, gozamos de la misma mujer más de una vez. Mató a Beatriz porque podía darme el hijo varón que le quitaría mi herencia. No fue cruel, fue... Tantos años y aún no encuentro la palabra que pueda definir tanta maldad. La mujer que amaba, que no le hizo daño a nadie... ¿por qué, Gervais?».

—Espera, Amy, siquiera déjame sacar el abrigo.

—Bonnie, apura, si no hablas te juro que...

—Bueno, ya... Nos despertamos sobresaltadas en la madrugada, creo que serían las dos de la mañana, más o menos... Josué había llegado, aún con su ropa de viaje, todo empapado por la lluvia, con las botas llenas de barro, despeinado y ojeroso. Como un loco tocaba la puerta de la habitación de Cosette. Mamá y yo salimos al pasillo para ver qué pasaba. Cuando él nos vio, gritó furioso: «¡A sus cuartos!». Nos quedamos sorprendidas de la manera en que nos gritó, y cuando yo le iba a contestar una grosería por gritarnos así, mamá me sujetó fuerte y me hizo entrar a su cuarto. Mientras, Josué se traía abajo la puerta de Cosette al tocar insistentemente.

—Luego, ¿qué pasó?

—Escuché que Cosette abrió la puerta y le gritó: «¡*Mondou milord*^[10]! ¿Por qué le habla así a su madre?». Luego no sé qué pasó.

—¡Bonnie!

—No sé. No puedo ver a través de las puertas.

—Necesito a mi hijo, *sir* Richard. No me iré de este mundo sin reconocerlo, sin convertirlo en el próximo duque de Westminster.

—No lo tendrá, su hijo lo desprecia. Donalphy le contó todo sobre usted. Lo que le hizo a su verdadera madre, cómo quiso deshacerse de él, todo...

—Era una amante como tantas otras. ¿Cómo iba a saber que mis otros hijos morirían?

—Esa batalla está perdida. Gane otra.

—Al final, Donalphy y yo quedaremos sin descendencia... Qué irónico. Yo quise matar a Beatriz porque podía darle un hijo varón a Donalphy. Luego Donalphy me quitó a mi hijo.

—Sí, la mató... a Beatriz. Si no la hubiesen secuestrado y torturado, viviría. Hubiese tenido un parto normal y estaría aún viva.

—Era una mujer insignificante, *sir* Richard, una húngara gitana salida de Whitechapel. Donalphy enloqueció por esa prostituta que ni siquiera podía hablar bien el inglés. Contaminar nuestra sangre con esa gente... Le hice un favor.

«Sí, amé a Beatriz, Gervais. La amé y ella me amó. Creerás que el amor solo se da en personas puras y bellas. Pues no... Cuando conocí a Beatriz, todo cambió. Era única y, aunque lo dudes, sí la amé. Era una mujer extraña, salvaje, loca, con unos ojos de acero líquido que... Al principio, nada de ella me atrajo, hasta que descubrí que me amaba... Era una mujer como tantas que alquilaba para satisfacerme, pero luego se hizo especial, se fue metiendo en mi piel... No entraré en detalles porque sé que eres un mojigato... pero sentí su amor, le cortó una oreja en un ataque de celos a otra mujer. Cuando estaba con ella, no

podía tener a nadie más. Su pasión por mí era así, yo era todo para ella. Su amo, su esclavo, su Dios. Sí, seguro que estaba loca... Y tan violentos los dos, hubiésemos terminado matándonos, pero... Cuando me dijo que estaba embarazada... sinceramente me alegre tanto... Incluso pensé, si era varón, en legitimarlo para hacerlo mi heredero. Ella también estaba feliz, y Hopkins lo destruyó todo».

Capítulo 16

Cosette, desde que se marchó Josué en ese intempestivo viaje, no había podido dormir pensando en qué hacer con su vida. Esa noche no pudo marcharse, pero no podía seguir viviendo con él, bajo el mismo techo sintiendo eso, que la hacía respirar pesado por desear lo que no era correcto. Les había fallado a todos, a Violetita, a Randolph, a su madre, a Josué, a la santa señora Violet. Nunca había sido una mujer valiente y, en ese momento, lo entendía. Se había metido en ese lío por no ser la mujer que su madre hubiese esperado que fuera. Cobarde y mentirosa. Todos en esa casa eran buenas personas, decentes, quienes las recibieron con tanto cariño y ella los había engañado. Pero la bebé no tenía la culpa, ella era la única responsable de que esa mentira llegara tan lejos. Estaba segura de que si dejaba a Violetita, la criarían como una Townsend. Estaba pequeña y se olvidaría de ella pronto. Podría regresar a su pueblo o quizás a París. Había aprendido un poco de costura, se defendería con eso. Josué se olvidaría también de ella. «Siente lástima por mí, deseo de proteger a la mujer desamparada y a la hija de su hermano». Siempre había provocado esa misma reacción en las personas. Su madre pasó la vida defendiéndola y cuando llegó el turno de ella de proteger a su pequeña Violet, ella no pudo. No tuvo fuerzas, tuvo miedo y ahora tenía que dejarla porque era lo mejor para la niña. Para todos, hasta para Josué. Hundida en esos pensamientos, sintió que alguien se traía abajo la puerta de su habitación con apurados golpes. Abrió asustada y se quedó mirando sorprendida a Josué, mojado de pies a cabeza, quien en ese momento a gritos le daba la orden a su madre y hermana de que regresaran a sus habitaciones. Ella se molestó por su actitud y cuando iba a increparlo, de repente él, del bolsillo de su gabardina, tomó un saquito y se lo entregó en su mano. Ella lo abrió intrigada. Cuando vio el contenido, inmediatamente se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Y Josué?, su hijo, su excelencia, acaso el hijo del duque de Westminster ¿no es también el hijo bastardo de una mujer insignificante?

—No caeré en su juego, doctor. Josué, por la razón que sea, es mi hijo. Mío.

—Y es capaz de causarle un dolor tan grande, como herir a los que ama por no querer reconocerlo como padre.

—Esa gente, los Townsend, no son nada de él. Lo criaron bien, lo reconozco: es fuerte, inteligente, con personalidad. Cumplieron con su parte. Pero ahora me estorban. Él entenderá que todo esto es suyo, que su deber es estar a mi lado, continuar la estirpe de una familia con siglos de historia. En la vida somos lo que somos, usted es noble, Gervais. Es nuestro deber cumplir nuestro papel. La pureza de nuestra sangre nos obliga a continuar con nuestra casta.

—Entonces que mueran todos con tal de perpetuar su estirpe.

—Práctico, hay que ser prácticos. Una sangre como la nuestra, truncada por un capricho y sentimentalismo... Es absurdo. No lo permitiré... Mi hijo está predestinado para ser un gran hombre. Por ejemplo, de ninguna manera consentiré ese matrimonio con esa francesa madre soltera. Es ilógico. ¿Ves la necesidad de que esté a mi lado? Nuestra sangre no seguirá diluyéndose en la plebe.

—Sí, Cosette, fui a Audreselles. Fue un largo viaje, conocí gente muy amable y, sobre todo, muy conversadora —mientras hablaba Josué, se quitó su abrigo y avanzó hacia adentro de la habitación, al tiempo que ella retrocedía sin dejar de llorar—. Me contaron de una mujer muy alta y robusta que vendía pescado en el mercado y tenía también un modesto puesto de comida. Una mujer admirable querida por todos, por su generosidad, valentía y alegría. Esta mujer tenía una hija muy hermosa llamada, oh, casualidad, igual que ella: Cosette. Vivían las dos solas en ese puerto escondido de la mirada de Dios —mientras hablaba, se sentó al borde de la cama y cuando Cosette quiso retroceder más, la tomó de la mano y la sentó en sus piernas—. Solo ella y su hija. Entonces empezó esta horrible guerra —al mismo tiempo que se expresaba, Josué limpiaba las lágrimas de Cosette y besó sus mejillas—. En medio de la guerra, un día llegó al pueblo para abastecerse un batallón del ejército inglés. Entre ellos, un soldado que se destacaba porque parecía un vikingo. Muy alto y muy grande con el cabello color de fuego. Siempre hambriento, buscó donde cocinaban el mejor pescado y llegó al restaurante de Cosette y, al verla, se enamoró de ella al instante... pero no de la hija, sino de la madre.

—Sí, se amaron. Mi mamá lo quiso mucho, y él a ella.

—Así es, pero él tenía que regresar a la guerra. La dejó muy triste... y también embarazada. No llores... La señora esperó a que regresara, pero él estaba muerto y, tristemente, ella también murió apenas dio a luz a una niña.

—Ni siquiera llegó a verla.

—No llores, amor. Aquella linda chica, Cosette, se quedó sola en el mundo con la pequeña hermanita. Trató de salir adelante sola como su madre. Pero los tiempos eran duros en el pueblo después de la guerra. Se mantuvo casi un año, trabajando en casas, ayudando en las cocinas y en el campo. Algunos en el pueblo le decían que fuera a buscar al padre de la niña para que les brindase ayuda, pero ella sabía que él estaba muerto.

—Él la amaba, solo la muerte hubiese impedido que regresara por nosotras la amaba, solo la muerte hubiese impedido que regresara por nosotras . Lo prometió.

—Así fue. Entonces le decían que buscara a la familia de él, pero ella tenía mucho miedo, que por ser extranjera, otras leyes le fueran a quitar a la niña. En su pueblo llegó a ahorrar un dinero, se compró una máquina de coser y cuando

las cosas se ponían mejor, cierta noche, unos ladrones se metieron en su casa. Además de robar también quisieron abusar de ella. Se defendió valientemente y logró herir a uno tras hincarle unas tijeras en la vista. Los vecinos, al oírla gritar, espantaron a los ladrones y estos se fueron no sin antes amenazarla de que regresarían por ella. Temerosa, decidió huir de su pueblo para entonces sí buscar a la familia del papá de su hermanita. Se animó, al pensar que serían personas humildes como ella, que no querrían la carga de criar una niña. Les pediría un poco de ayuda y luego... Pero cuando arribó, se sorprendió de llegar a una gran casa de gente rica, entonces... ¿Qué pasó, Cosette?

—Pensé que me la quitarían si decía que era mi hermana... Yo solo quería unos días de posada mientras buscaba un trabajo... yo...

—Todo se salió de control. Viste a una alocada abuela que recibió feliz a tu hermanita, que la besó y gritó de alegría. Claro que pensaste que te la quitarían.

—No quería mentirles, pero...

—Luego, acortemos esta historia y corrígeme si me equivoco... yo me enamoré de ti y sé que tú de mí.

—Sí..., pero no podía decirte la verdad.

—Claro que no, porque llegada la noche de bodas, al menos que me convencieras de que eras la reencarnación de la Virgen María, sabría que Violet no era tu hija.

—Lo siento, Josué.

—Deberías... Me debes tantas noches de insomnio, tantas desveladas, un par de úlceras y, lo confieso, muchas lágrimas. —La besó con mucha ternura, mientras secaba sus lágrimas—. Y me lo compensarás el resto de tu vida al hacerme muy feliz con nuestra hija.

—¿Qué haría con la novia de Josué?

—Lo que sea necesario.

—¿Qué es lo necesario, excelencia?

—Ese matrimonio es un absurdo, *sir* Richard. De ninguna manera procederá. Si quiere, que se la quede como su amante, que tenga bastardos. Nunca se sabe cuándo se los requerirá. Los espías que puse en casa de Josué me informaron todo sobre esa mujercita, no se sorprenda, doctor, al igual que mi primo, tengo muchos recursos... Ese ser tan insignificante no será la madre de mis futuros nietos. Es oprobioso que fuera amante del hermano con el que tuvo una hija bastarda y luego quiera casarse con el otro... ¿Cómo llegó a engatusar a mi hijo?, ¡Dios sabe!, esas mujerzuelas son muy inteligentes. Pero para eso estoy yo, para salvar a Josué. Lo casaré con una dama de alcurnia, con un apellido a la par que el nuestro. Ya tengo candidatas... Es supervivencia, Gervais. De nuestra casta, de nuestra especie superior... Aceptará ser mi hijo, aceptará casarse con la mujer que yo decida para él... Es más, esa francesa puede ser la

manera como llegue a él, o la pequeña hija... Las personas se pierden en ciudades tan grandes como Londres.

—Es una bella persona, Cosette, así se llama «esa mujercita». Y le aseguro con la experiencia que me da la vida que es decente, que está enamorada de su hijo, y él la ama con locura... Pero es cierto, no le causaría a usted ningún apremio desaparecerla a ella o a su hija si estima su presencia contraproducente para sus planes. Ya lo hizo antes con Beatriz. ¿Y con cuántas personas más lo habrá hecho?

—No me juzgue, *sir* Richard, por lo que soy. Estoy luchando por una causa superior. La supervivencia de una casta a la que usted pertenece. Inglaterra somos sus nobles. Dominamos esta nación por un derecho divino. Mi sangre no se verá más contaminada.

—Estás demente, Hopkins.

Continuaron besándose hasta que se escuchó que tocaban la puerta de la habitación.

—Josué.

—¿Sí, mamá?

—Cariño, ¿está todo bien? ¿Ya hablaron?

—Sí, madre, está todo bien.

—Bien, hijo. Ahora sal del cuarto de Cosette. Estás en casa de tus padres y, mientras no estén casados, hay cosas que...

—Promete que nos casaremos, mañana mismo, por favor —murmuró Josué al oído de Cosette—. Promételo, amor mío.

—*Mon Dieu*, Josué...

—Promételo, si no, no le abro a mi madre.

—*A le more. Oui, oui*^[11]...

—El hijo de Beatriz y York sí llegó a nacer, excelencia. Yo atendí el parto, yo estuve con ella cuando suplicó por su hijo. Y la vi morir.

—¿Qué dice, *sir* Richard? ¿Fue varón? ¿Está vivo? ¿Donalph lo sabe?

—Fue mujer, está viva y Donalph sabe quién es. Fue criada, por cosas del destino, por los Townsend también.

—Supongo que es tu linda ahijada. ¿Donalph la ama? Claro, como es hija de la prostituta esa... Qué buena noticia, York tiene un punto débil. Sus otras hijas no le interesan, pero esta seguro que sí. Gracias, *sir* Richard, por el interesante dato.

—Donalph si amó a Beatriz. Donalph quiere a esa niña, a su manera, un tanto retorcida, pero aun así no ha intentado acercársele para no hacerle daño.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—York es despreciable, un monstruo sin duda. Mas llevo una hora

conversando con usted y no hago más que preguntarme si hay alguna razón para que valiera la pena su existencia. ¿Por qué tiene que vivir alguien así?, me pregunto. No hay nada en usted, Hopkins, que justifique que esté en este mundo.

—¿No querías matar a York que ahora lo defiendes?

—No, te mentí. Vine a tu casa con otro fin. Dudé, pero al verte y oírte, no tengo ya dudas. Hice lo correcto.

—No te entiendo.

—Termina tu té. Ya hice lo que tenía que hacer. Será rápido. No dolerá.

—¿Y qué pasó luego, Bonnie?

—No lo sé, se encerraron en el cuarto. A los diez minutos, mamá fue a tocarles la puerta y a decirle a Josué que saliera, que no estaba bien... eso... que estuvieran encerrados en la habitación. Luego entró mamá al cuarto y de nuevo no sé qué hablaron.

—Debo contarle la verdad, Josué —dijo Cosette.

—No es necesario, amor mío.

—Sí, lo es. Es tu mamá, yo le mentí. Debe saber todo...

Cosette, le contaba con angustia la verdad a *lady* Violet, retorció los dedos y aguantaba las lágrimas, pero para su sorpresa ella no borraba la cara de felicidad que puso cuando le dijeron primero que sí se casarían. Cosette hablaba y hablaba dándole mil explicaciones y Violet la interrumpía con graciosas acotaciones.

—Sé que este loco querrá casarse ya, pero yo quiero un matrimonio como debe ser...

—Pondremos flores de la casa a la glorieta y ahí se hará la boda. Como se casó Katy...

—Ojalá la terminen de arreglar de una vez.

—¿Estará vivo el clérigo que casó a Katy? Hizo muy bonita la ceremonia.

—Le escribiré inmediatamente a tu tía Ivanna. Ojalá puedan venir todos a la boda. Y a Helen, por supuesto, querrá estar presente, es tu madrina.

Extrañada, Cosette miraba a Josué, quien divertido levantaba los hombros.

—Te lo dije, amor.

—¿Y bien?

—A la mañana, la novedad: está todo bien. Y nuestro hermano... tatata tan...

—¡Bonnie!

—¡Se casa con Cosette! Mamá insiste en que sea una ceremonia sencilla, pero como debe ser. El que quiere casarse ya mismo es Josué, aunque tendrá que esperar, por lo menos, a que le hagas el vestido a la novia.

—¡Oh, sí!, ¡sí, sí! ¡Qué felicidad! Claro. ¡Qué feliz soy! Pásame mi libreta, tengo miles de ideas. ¡Oh, ella es tan linda!, será una princesa. Y a mi Violetita le haré una réplica idéntica al vestido de su mamá. ¡Qué emoción! Llevaremos hoy mismo a Cosette donde *madame* Diana para que le haga las medidas.

—Primero, Amy, tengo que contarte algo de Cosette... sobre una pequeña confusión entre su mamá y Randolph.

—Habla.

—Pues resulta que Cosette, en realidad, no es la verdadera madre de nuestra Violetita, sino su hermana. Su madre, que también se llamaba Cosette, fue el amor de Randolph, la pobre murió dando a luz. Y le dejó la niña. Cuando llegó a casa, quiso decir la verdad, pero se asustó de nuestro efusivo recibimiento, entonces...

—Bueno —la interrumpió Amy levantando la mano, en señal de no darle importancia a lo que decía su hermana—, ahora todo tiene más sentido... — luego de una pausa, exclamó aplaudiendo—: ¡Ah! ¡Entonces el color elegido será blanco! Y con un tul de dos metros, mi Violetita jalará la cola. ¡Qué bonita se verá!, y los trajes de los pajecitos... Hay que empezar ya... ¿Quién entregará a la novia? Doger, supongo, por ser el más anciano. ¿Qué dice Josué, esperará a que lleguen Katy y Henry? Si Henry llega, será a quien le toque entregar a la novia...

—Grace, ¿por qué no puedo casarme de una vez con Leonard? Sería un solo gasto.

—¡Bonnie!

—Deberías ver tu cara. Te la creíste. Cuando le hice esa broma a Amy casi se atragantó del susto. Si no hubiera entrado Julian a la habitación, me hubiese dado esas jaladas de mechadas que acostumbra.

—No bromees con eso, Bonnie. Lo prometiste, primero tus estudios. Luego lo otro. Y Leonard también lo prometió.

—Sí, lo sé. Me conformaré con disfrutar el matrimonio de Cosette y Josué. Mamá está tan feliz. No ve la hora de que llegue Katy para los preparativos de la comida. Henry ya partió de América.

—¡Qué bueno! Josué estará feliz de tener a toda su familia unida.

—La verdad, no. No quiere esperar, si por él hubiera sido, se casaban ayer. Mamá lo ha mandado a dormir en el departamento de la fábrica. Nuestro hermano es muy... Seré delicada al decirlo... Muy extrovertido en sus manifestaciones de afecto.

—Bonnie, me haces reír.

—Es un pulpo. No la deja en paz a la pobre Cosette. Hasta tía Gloria lo ha amenazado en que será chaperona de Cosette si no se comporta. Sería un buen castigo por habérmela impuesto a mí y a Leonard.

—Pobre mi tía. La fama que le hicieron...

—Grace..., la mamá de Cosette estaría feliz, ¿no crees? Su hija, Violetita, será criada como una Townsend. Y su otra hija, casada con el hermano del hombre que tanto amó.

—Sí, estoy convencida. Donde esté, seguro al lado de Randolph. Ambos dan su bendición.

Wallace, Bonnie y yo, sentados alrededor de un escritorio, miramos la noticia en la página central del diario.

La corona británica tiene el penoso deber de informar el fallecimiento de su excelencia Charles Hopkins, duque de Westminster, quien desde el día de ayer, goza de la paz del Señor. El deceso ocurrió alrededor de las cinco de la tarde, en su castillo de Hill. Según reportó su médico de cabecera, sir Richard Gervais, se debió a causas naturales.

Cabe informar que su excelencia era uno de los hombres más ricos del Reino Unido. Al no tener familiares varones directos, su inmensa fortuna pasó a manos de su familiar varón más cercano, el honorabilísimo Donaliph York, marqués de Rogarth. Sin embargo, según ha trascendido, este, siguiendo los deseos de su primo, ha destinado que toda su fortuna sea repartida en obras de caridad, especialmente, en orfanatos.

—Supongo que el marqués de Rogarth ganó —dijo Bonnie, arrugando su nariz—. No sabía que Doger lo atendiera.

—¿En la paz del Señor? —pregunté yo—. Debe estar friéndose en un caldero. Y ahora... hay que desenmascarar al marqués.

—No lo sé. —Wallace comenzó a acariciar su enorme vientre, señal de que estaba meditando profundamente—. Démosle unos días más, tengo un presentimiento —y, mirando el diario, agregó—: Bonnie, ¿algún día me conseguirías una cita con el doctor Gervais? Es amigo de tu familia, ¿no?

—Sí, desde siempre. Es como nuestro abuelo de cariño. Yo le consigo esa cita, señor Wallace. Doger es muy buen médico, aunque ya casi no ejerce.

—¿Qué quiere ver? ¿Está enfermo? —pregunté yo, intrigado por la solicitud de mi jefe.

—Umm... quiero ver si me ayuda a bajar de peso. Ahora, chicos, sigamos con los otros casos.

—Me gusta el del *dentista destripador* —dijo Bonnie dulcemente—, aunque también me he encariñado con *el asesino de los torsos del Támesis*.

Capítulo 17

—Oh, qué rabia, pobre Cosette.

—Tan feliz que estábamos por el matrimonio y sale eso en el periódico.

—«La amante del fallecido vikingo, Randolph Townsend, ahora se casará con el hermano...»

—La pobre esta que llora y llora, Josué está furioso y Amy ni te imaginas, Julian le tuvo que gritar horrible porque quería salir de la casa a buscar a esa chismosa periodista.

—Pero ¿quién pudo llevar el chisme, así, con tan mala intención?

—No lo sabemos, aunque yo tengo mis sospechas. Leonard y yo creemos que fueron el chofer y la doncella despedida, uno de los dos o los dos. Cuando Josué lo votó, este lo amenazó con que se vengaría. Fue muy extraño, Grace. El chofer nunca me gustó, tú sabes como soy yo. Siempre he tenido ese sentido. La manera en que miró a Josué con tanta rabia... No era un chofer normal. Y ella tampoco era una doncella corriente. Pobre Cosette...

—Sí, pobre. ¿Y mamá?

—Tú sabes cómo es mamá... ni le ha dado importancia, le dijo: «Ay, pequeña, si supieras todo lo que decían de mí cuando me casé con Ian», y comenzó a contarle sus historias de siempre..., pero Cosette no es como nosotros. Yo también le he explicado que los Townsend siempre hemos salidos en los diarios, cuando Randolph vivía...

—Salía cada semana con sus locuras y...

—No llores, Grace, estás igual que Amy.

—No puedo, Bonnie, aún me duele demasiado, es... No me hagas caso, el postparto me pone así.

—Buenos días, tía Gloria.

—Hola, Bonnie, pasas de largo al cuarto y no saludas.

—Perdone, tía.

—Toma, Grace, es hora de darle de lactar a este pequeño. ¿Por qué lloras, hija?

—Yo no hice nada.

—Calla, Bonnie. ¿Grace, qué pasa?

—Nada, tía. Ven, dame a mi pequeño Randolph. Como dice mamá: «Sé, hijo mío, mi alegría donde hubo lágrimas».

—Hola, Amy.

—Le mandé senda carta al dueño del diario. Despidió a esa malvada pseudoperiodista. Y tenías razón, el hombre que dio la información es exacto a la descripción del chofer.

—Te lo dije.

—Manejaremos el escándalo, que Cosette no se preocupe. Dile que nadie se mete con mi familia y sale impune.

—Está más tranquila, tiene clases avanzadas con mamá de cómo somos los Townsend y que tendrá que acostumbrarse a vivir entre escándalos.

—Sí, pero esto no se queda así.

—Amy, no eres la guardiana de la familia... Deja las cosas como están. Si no le damos importancia, esto pasará, se disolverá.

—Yo protejo a mi familia. No está Randolph, pero estoy yo.

—Tú también... Amy, no llores.

—Mi hermano, mi pobre hermano, lo extraño tanto... Mi hijo no conocerá a su tío.

—¿Qué les pasa a las mujeres cuando dan a luz?

—Mis hijos conocen a su padre, gracias a mi hermano. Lo traje de la muerte solo porque yo se lo pedí, hubiese hecho cualquier cosa por nosotros.

—Amy, no llores.

—Cariño, ¿puedo pasar?

—Marquesa Elinor, buenas tardes.

—Querida Bonnie, cómo es... Amy, ¿por qué lloras?

—Perdona, madre Elinor, me acordé de mi hermano. Tráeme a mi pequeño Randolph, mamá tiene razón. «Muerte y vida». Mi niño, ven con mamá.

Cuando le pregunté a Cosette qué quería como regalo de matrimonio me dijo: «Oh, querida Bonnie, sé que estás escribiendo la historia de tu familia, incluye, por favor, la historia de mi mamá y Randolph».

«Una mañana de otoño, el batallón de tu hermano hizo un desvío y llegó a nuestro pueblo, estarían unos días para abastecerse de provisiones. Hambrientos, los soldados buscaron donde se comía el mejor pescado de la zona y llegaron al restaurante de mi mamá. Mientras yo tomaba las órdenes, un soldado intentó faltarme el respeto e inmediatamente grité para que escuchara mamá. De repente, el sinvergüenza cayó de bruces, y un gigante le puso el pie en la espalda, lo que lo obligó en el acto a pedir disculpas. En eso salió mi madre de la cocina, como siempre que me escuchaba gritar, con su enorme cuchillo en la mano y vociferó: “¿Quién fue?”. Randolph se la quedó mirando anonadado. A esa mujer de rostro furioso, ojos negros endemoniados y cabellos revueltos, le contó después que le pareció una imagen salida de un libro de cuentos, una hermosa valquiria. Randolph sonrió de oreja a oreja y le dijo: “El infeliz que está debajo de mi bota, señora”. Fue amor, como dicen, a primera vista. Nunca había visto a mi mamá ruborizarse, pero ante él se puso roja, de inmediato se acomodó su alborotado cabello y le sonrió con nerviosismo. Luego, fue todo tan rápido... Lo invitó a comer en la cocina, algo que nunca hacía con ningún comensal, y estuvieron hablando por horas. Mamá sabía un poco de inglés,

Randolph un poco de francés, y conversaron así, a medias, toda la tarde. Cuando era la hora de marcharse, él le dijo que estaría al día siguiente a las seis de la mañana en su puerta. Mamá rio divertida. Pero así fue, a la seis en punto Randolph estaba en nuestra casa tocando insistentemente. A mi madre la abandonó muy joven mi papá para irse con otra mujer. Su familia la votó de la casa por salir embarazada. Y desde que me tuvo a los diecisiete años solo fuimos ella y yo. Nunca, antes de Randolph, recordé haberla visto así de feliz e ilusionada. Solo se quedó diez días en mi pueblo. Y durante esos días con sus noches estuvo al lado de mamá. Ambos eran muy altos, por lo que llamaba la atención verlos juntos. Randolph la sacaba a pasear, como si fuera una jovencita. Mamá se ponía sus mejores ropas, flores en el pelo y un perfume que le costó muy caro, por el que se endeudó un par de meses. Paseaban por la plaza del brazo y, en la noche, por la playa de la mano. Cenaban a la luz de las velas y, hasta en tres oportunidades, Randolph le llevó serenata con la ayuda de amigos de su batallón. Mamá decía que esos días vivió toda la alegría que no tuvo en su juventud. Si los soldados hablaban, o en el pueblo, a ninguno de los dos les importaba. Parecía como si se hubieran dicho a sí mismos “Solo estos diez días tenemos, disfrutémoslos”. Llegó la última noche y Randolph le pidió al cura del pueblo que los casara. Este no quiso, se excusó en papeleos y otros absurdos. Era un viejo cascarrabias que nunca simpatizó con mamá porque era madre soltera y altiva, orgullosa y siempre reía. Sin embargo, al ver la cara de furia de Randolph ante su negativa, les hizo juntar las manos y de mala gana les roció un poco de agua bendita. Mamá lo despidió a pie hasta el puente, agitando un pañuelo rojo que él le había obsequiado un día antes. Luego se escribieron algunas cartas llenas de promesas de amor. A los dos meses, mamá se dio con la sorpresa de estar embarazada. Fue tan feliz, pero cuando lo supo, no pudo comunicárselo a Randolph. Él le envió esa última carta en la que le decía que si se daba el caso de que ella estuviese embarazada y él no volvía, buscáramos a su familia en Garden House. Después de esa última, no volvió a escribir. Mamá esperaba todas las semanas el correo, pero no llegó ninguna carta más. Aun así, orgullosa como era ella, se hizo unos bonitos vestidos de maternidad y lucía su embarazo frente los vecinos a los que les decía: «Si es niña, será Violet como la madre de mi esposo; y si es niño, Ian, como su abuelo». Un día, ya cerca de dar a luz, la encontré llorando a la luz de una vela, releyendo la última carta que le había enviado Randolph. Me miró triste y me dijo: “Está muerto, solo muerto hubiese sido capaz de abandonarme”. Nunca dudó de él. A la mañana siguiente, se vistió de negro hasta el último día que vivió. Llegó el momento de dar a luz, como siempre, mamá daba las órdenes en este caso a las comadronas y reía divertida de lo mucho que el parto demoraba y cómo la hacía sufrir la hija del vikingo. “Mi hija —me dijo—, seremos tres para siempre”. Las parteras afirmaron que perdió mucha sangre y no pudieron hacer nada por ella porque,

además, era una mujer mayor. Cuando nació la bebé, se la acerqué para que la viera, pero ella ya no abrió los ojos. Ella solo se quedó dormida. A veces decía mamá: “Hay mujeres que no nacen para ser esposas. Tienen un poco de felicidad y eso les basta”. Los diez días que vivió con Randolph le bastaron para decir que sí vivió su propia historia de amor. Se fue tranquila, feliz de haber amado a un hombre bueno y de haberle dado un hijo».

Añado a este relato que la foto que Cosette nos dio de su madre se dispuso al lado de la foto de nuestro hermano Randolph. Hasta el presente, cuando las nuevas generaciones de los Townsend preguntan quién es esa mujer de grandes brazos y dulce sonrisa, los mayores respondemos: «La tía Cosette, esposa de tu tío Randolph».

La extensa carta que papá escribió a Josué, y que le dio antes de morir, no se quemó toda. En el alboroto del momento de su muerte, Josué la arrojó al hogar, pero una página cayó fuera y quedó atrapada en la pared, detrás de un mueble. Días después del entierro, a solas en la habitación, alistando las cosas de papá, una moneda cayó de un pantalón, esta rodó por la habitación en forma caprichosa y fue a dar al recóndito sitio donde ese pedazo de página había quedado atrapado. La he guardado por años hasta que tuve el coraje de pedirle a Josué que me permitiera leerla. Mi hermano me besó en la frente y me dijo: «Si se salvó del fuego, merece ser leída».

... Es así, hijo mío, que desde que tenías casi cinco años, yo sabía quiénes eran tus verdaderos padres y callé vergonzosamente aun contemplando tu sufrimiento. De todos mis hijos, siempre fuiste el que con más pena asimiló la idea de ser huérfano. Recuerdo tus silencios de niño, tu melancolía o cómo arrugabas la frente en momentos de profunda reflexión cuando te preguntabas quiénes eran tus padres y por qué te abandonaron. En la vida de nosotros, tu madre Violet y yo, tuvimos siempre un único y agónico pensamiento, una zozobra convertida en una espada de Damocles que blandía sobre nuestras cabezas: la posibilidad de que los padres verdaderos, de alguno de ustedes, regresaran y los reclamaran. Tu madre siempre tuvo una posición clara y, en más de una oportunidad, me dijo que, aunque el corazón se le partiera en dos, ella no podría separar un hijo de su verdadera madre. Era lo correcto, lo justo. Yo pensaba igual. Pero una cosa, amado Josué, es lo que uno imagina que hará en la situación y otra muy diferente cómo actúa cuando esta se presenta. El día tan temido llegó y ¿qué hice yo? ¿Cuándo hice huir a España a tu madre, le sugerí que te llevara con ella? No, hijo. Podría excusarme en decirte que ella me pidió que te quedaras, pero sería una verdad a medias. Tampoco le conté a tu madre Violet lo que pasaba. Conozco a mi amada esposa, he tratado toda la vida de que se me considere un hombre justo y honesto. No por mí, sino por estar a su altura. Sé que ella, aun amándote más que yo, aunque hubiera enloquecido de dolor al dejarte ir, nunca te hubiese separado de tu

verdadera madre. Mary Ann, por amor, renunció a ti dos veces. Tu madre Violet hubiese renunciado a ti, por ser lo justo. Yo no pude, no pude renunciar a ti. Tu madre no pidió que te regresara, consideró que crecerías mejor con nosotros, pero yo nunca le sugerí la posibilidad de que marcharan juntos. Ella era muy joven, humilde, de escasos estudios, fácil de manipular. Si yo hubiese insistido, te habría llevado con ella. Pero no lo hice. Lo siento, hijo, te separé de tu verdadera madre. ¿Cómo excusarme? Fui un niño huérfano, sin hogar; conocí a Violet y ella me regaló una familia. Cuando supimos que no podría darme hijos, la sentí morir, se me iba de entre mis manos lo que más amaba, y te confieso que la idea de la adopción fue la única manera que encontré para no perderla. Adoptamos y entonces mi vida cambió por completo. La primera vez que mi Henry me dijo «papá», o la vez que salvé de ahogarse del río a Randolph, supe en mi corazón que era cierto lo que Violet sintió la primera vez que los vio: eran míos. Cuando llegaste a la casa y te cargué en mis brazos, supe que eras mío, al igual que cuando vi los ojos esmeraldas de Grace, las diminutas manitas de Amy, las mejillas relucientes de Katy o el primer llanto de Bonnie. Ustedes llegaron a mí como un milagro y juré que nada en este mundo me arrebataría los hijos que un Dios misericordioso quiso que encontrara. Pero así es la vida, cuanto más te aferres a algo, más se alejará de ti. Me aferré a mis hijos, levanté muros inmensos, enrejé el sol para protegerlos, para que nadie me los arrebatara. Fui capaz de alejarte de tu verdadera madre con tal de no perderte. ¿Y ahora? ¿Dónde están mis hijos? A kilómetros de distancia, peleando una guerra que no les pertenece y yo muriendo cada día porque no puedo levantar muros hasta donde ellos están. Y como en esta vida nadie se va sin pagar sus culpas, temo que a uno de ustedes me los arrebatara la guerra para saldar cuentas conmigo y sé que moriré si eso pasa. He escrito esta carta desde que empezó esta horrible guerra. Debí dártela hace mucho tiempo, pero no tenía valor. Sé que mi final está cerca y no podía irme sin develarte el secreto de tu existencia. Sin más que decir, hijo mío, imploro tu perdón por el dolor que te causé a ti y a tu verdadera madre. Cuando le cuentes esta verdad a mi amada Violet, suplícale de mi parte también su perdón, por haberle ocultado tan grande verdad. Sé que, teniendo ese corazón tan limpio como fuerte, lo hará.

Cuida a tu madre, a tus hermanos. Cuídense los unos a los otros. No tenemos la misma sangre, pero sí el sentimiento más puro que une a las familias, ese sentimiento que, a pesar de las desgracias, las mantiene en pie: el amor.

*Tan orgulloso de ser tu padre,
Ian Townsend*

Parte cinco
Ese día llegó

Capítulo 18

—¡Amy! ¡Respetar a mi madre! —El grito de Julian fue seguido de un mar de risas.

—Pero fue cierto, Julian, pregúntaselo a ella.

—¿Randolph besó a la marquesa viuda? —preguntó Katy riendo a pierna suelta.

—En mi presencia, y le agarró el trasero.

—¡Amy! —gritó de nuevo Julian.

—Era junio —dijo Amy—. Randolph pasó por casa a conocer a mi Katherine Elinor y se quedó unas horas. Cuando se despidió en la puerta principal, yo me había adelantado un poco con los niños. Lo vi. Randolph la tomó de sorpresa, le dio un beso en los labios y le dijo con su voz de vikingo: «Con lo que me gustan las viudas» y le pellizcó el trasero. Luego se marchó tras hacer una reverencia. Yo me di la vuelta e hice como que no había visto nada. Madre estaba colorada, nunca le toqué el tema. Felizmente no vino hoy...

—Grace, tú siempre le tapabas sus cosas a Randolph.

—No es cierto.

—¿Y lo del carnicero?

—Miren, se ha puesto roja.

—Randolph —comenzó Grace su relato— solo me dijo que estaba cortejando a una chica que vivía en el barrio de Soho, no la traía a la casa porque era de origen humilde y no la quería abrumar con nuestra posición. Mamá insistía en que la trajera, pero Randolph escabullía del tema, hasta que una mañana mamá me convenció de ir a buscarla y hablar con los padres para que vieran que éramos familia de personas honorables. Yo sabía de qué barrio era y que su padre era carnicero. Solo con eso llegamos, tocamos la puerta de la casa y un robusto señor nos recibió, de edad media y con una barba muy espesa, lo recuerdo bien. Ya, esperen... Entonces mamá se presentó como la madre de Randolph y dijo que deseaba pedir el permiso para que su hijo llevara un cortejo formal con su hija. El hombre, frotándose los bigotes y muy sonriente, le respondió que como padre estaría más que encantado de que fuera cortejada por un caballero de cuna noble, pero...

—Pero qué...

—Pero que al ser casada su hijita, a quien debían pedirle permiso para el cortejo era al esposo. No se rían tan fuerte. Despertarán a los bebés... Hubieran visto a mamá. Jamás la había visto tan furiosa ni cuando lo golpearon en el box; durante todo el camino de regreso no dijo una palabra. Entramos a Garden House, fue directo a su habitación y bajó luego con un gran cinturón en la mano, llamó a Randolph a la sala y lo cogió a correazos. Cuando llegó papá de la fábrica, la encontró persiguiendo a nuestro hermano al tiempo que le daba con la correa

en las piernas. Le contó lo sucedido y él se lo quedó mirando seriamente. Se sacó el cinturón que tenía puesto y se lo cambió a mamá. «Toma —le dijo—, este es más grueso». Mamá siguió dándole correazos mientras gritaba: «¡Con sangre, pero yo te quito el gusto por la mujeres casadas!».

—A mí me voló un diente con su puño vikingo —dijo Marcus riendo.

—Te lo merecías —respondió tía gloria.

—A mí también —habló Julian.

—También te lo merecías, marqués —dijo Amy.

—Yo no hice nada, pero igual me golpeó. —Rio Bram—. Fue el día del matrimonio antes de partir a su batería. Me llamó aparte y me dijo que le caía bien y le parecía un gran sujeto, que eso no era personal. Solo para que pagara por adelantado alguna lágrima que brotara de los ojos de su hermana y así, de la nada, me dio un puño en el vientre. En ese momento, entró Katy y al verme doblado le preguntó que me pasaba y Randolph le dijo que me había contado una broma y que no podía hablar de la risa.

—Menos mal que no te conoció, Leonard —dijo Katy mirándolo seriamente—, aunque yo golpeo igual que él.

—¡No lo molestes, Katy! —grité—. Si siguen así, me quedaré solterona.

—¡Uy, qué delicada!

—Marcus, cuenta cuando vomitó al guardia alemán.

—Lo felicité por su actuación y luego de que me dijo que fue de los nervios, esa noche...

—¿Recuerdan cuando me llevó al río para enseñarme a nadar? —interrumpió Josué a Marcus—. Randolph estaba enamorando a dos chicas de la quebrada, entonces yo, como siempre detrás de él, quería que me enseñara a nadar. Me dijo: «Agarra el gorro» y me empujó al río. Luego, cuando vio que no flotaba, se metió a salvarme. Me aventó tres veces, pero aprendí a nadar —después de una pausa, agregó—: Hizo lo mismo el día que murió.

Amy se sujetó fuerte de la mano de Katy. Ella, a la vez, también tomó con fuerza el brazo de Grace, que estaba a su lado. Henry, Marcus, Julian y Doger se pusieron pálidos. Y mi cuñada Alexandra abrazó a tía Gloria que se apoyó en ella. Wallace, a quien había invitado a mi cumpleaños, miraba extrañado a Leonard por la reacción de todos. Es que no sabía que el momento había llegado, después de dos años, Josué contaba lo que pasó ese día.

—Nuestro hermano no estaba bien desde un tiempo atrás. Casi a la mitad del de la guerra. Amigos en común nos contaban sobre acciones erráticas que realizaba o pensamientos incongruentes. La guerra le estaba destruyendo la mente y el corazón. Lo que más decía era de desertar, de ya no poder seguir matando... Días antes de que acabara la Gran Guerra, estaba él con su cuadrilla, cerca de Stenay^[12], Francia. Se escuchaba ya en todos los campamentos que el enemigo estaba pidiendo el armisticio. Esto ya era un hecho. Hasta decían que

el tren que transportaba la comitiva Alemana estaba ya en territorio francés. Todos felices. Randolph era el más alegre. Cantaba, bailaba, hablaba de irse a un pueblo de pescadores y que se dedicaría a tener muchos hijos y a la pesca, en ese orden. Todos estaban contentos, solo esperando la noticia del final de la guerra. Entonces un capitán dio la orden sorpresiva de avanzar a un pueblo cercano tomado por el enemigo, según este, para abastecerse y poder acudir a los baños del pueblo. Randolph y otros se negaron a avanzar, era ilógico, faltaban horas, quizás un día para que se diera fin a la guerra. Sería una carnicería porque estaban en un lugar de difícil acceso, solo había una entrada a campo descubierto, serían carne de cañón. Aun así, acató la orden. Como él predijo, fue una masacre. Los mismos alemanes alzaban las manos gritándoles: «¡Esto se acaba ya! ¡Esperen! ¡¿Por qué tomar por la fuerza, cuando a la mañana siguiente podrían entrar por la paz?!». Murieron inútilmente trescientas personas, entre ellos sesenta soldados aliados, la mayoría de la batería de Randolph, que fueron los primeros que avanzaron... Indignado, cuando terminó la batalla, nuestro hermano intentó matar al capitán que dio la orden. Lo persiguió por entre los cadáveres de los amigos y trató de ahorcarlo. Lo detuvieron entre varios y lo confinaron a una celda improvisada en el pueblo. Yo llegué esa misma tarde. Ya llevaba las órdenes médicas para sacarlo del campo de batalla.

—¿Lo viste vivo? —preguntó Katy.

—Sí, hermana, pero estaba mal, nunca llegó a reconocermelo. Su mirada estaba perdida, le hablaba y él parecía hablar solo consigo mismo. Gritaba como loco: «¡Matar a tanta gente! ¡Golpeé la cabeza de un soldado alemán en una piedra tantas veces hasta que vi los ojos salir de sus órbitas...! ¡¿Por qué?!». Supliqué al capitán que me dejara marchar con él, no estaba en sus cabales, pero este se negó al decir que iría de todas maneras a juicio por insurrección. En medio de la discusión, un remanente de soldados alemanes atacó el puesto. Estábamos rodeados. Randolph pidió salir para ayudar. «¡Debo salvar vidas para reivindicarme!», gritaba. En un momento del caos formado por el ataque, logró huir. Yo traté de detenerlo, pero salió corriendo a campo traviesa, con el torrente de balas que caían y sin un arma. A los minutos, regresó con dos soldados lesionados. No salió a pelear, salió a ayudar a los heridos. En el caos, repitió lo mismo dos veces más. En cada momento mientras yo disparaba al enemigo, trataba de detenerlo. La última vez que traté de impedir que saliera lo hice tras ponerle un arma en la cabeza. Entonces me dijo: «Agarra tu casco, hermano». Cuando desperté del golpe que me dio, él había salido a rescatar más soldados... Ya no regresó.

Todos estábamos abrazados en el salón. Todos los hermanos, cuñados, tíos, todos llorando. Leonard también y hasta a Wallace, el ser más cínico del mundo, lo vi llorar por primera y única vez en todos los años que llevo conociéndolo.

¿Qué vio este querido amigo? El dolor de una familia. Una familia que se sabía por siempre rota. Esa tarde, mientras Josué hablaba, vimos a nuestro hermano morir ante nuestros ojos. Josué lloraba también, tomando las manos de Cosette, su esposa, besaba su abultado vientre y murmuraba: «Mi Randolph, mi Randolph». Quiso decir algo más, pero en ese instante mamá entró a la habitación, seguida de Nana, y nos encontró a todos llorando.

—¡Basta! —gritó molesta *lady* Violet—. Basta, asustarán a los niños. Tía Gloria, por favor, ordene que sirvan los postres en el jardín.

Pasaron algunas horas y encontré a mi madre sentada en el parque, sola, pensativa. Era la primera vez que escuchaba lo que le había pasado a su hijo muerto.

—Mamá, ¿estás bien?

—Sí, cariño, estoy bien.

—Sobre Randolph...

—Estoy bien, hija —después de una pausa, y tras suspirar, agregó—: Sí, tengo pena, tengo dolor. Nunca mi corazón estará completo. Pero de esto se trata la vida. Desolación compensada con alegrías. Randolph, mi querido y alocado hijo, me hizo infinitamente feliz e infinitamente triste. Tu padre, mi amado esposo, compartió conmigo el amor más grande. Ellos ya no están, pero cada minuto vivido a su lado compensa toda esta pena. Así es la vida real, ocurren desgracias, ocurren muertes y es como decía mi abuelo: «A la muerte no hay que temerle porque no es el fin». Yo firmemente creo que es así. Porque creo, se me educó en la verdadera fe. Hay vida después de esta vida. Yo me encontraré con mi hijo y con mi esposo. Y el gozo ante nuestro Dios será eterno. Creo firmemente que así será.

—¿Los extrañas?

—Demasiado, a mi hijo, a mi querido Ian... —después de una pausa, sonrió y dijo—: Este sitio me hace recordar mucho al lugar donde tu padre me vio por primera vez. Yo estaba tras unos rosales espiando el salón de baile del castillo, pues me habían invitado a una fiesta de fin de semana, en la que los ricos y nobles se juntan para buscar parejas. Él, tu padre, sin que yo me diera cuenta, desde una ventana alta como la de ahí arriba, me observaba.

—Y se enamoró de ti apenas te vio.

—No. —Mamá comenzó a carcajear—. Creía que era un bollito de azúcar amarillo dando vueltas con los ojos cerrados al ritmo de la música. No se enamoró en ese instante, pero lo hice reír.

—¿Qué más? Cuéntame.

—Bueno, ¿qué pasó luego? Ah, sí, al día siguiente, Ian comenzó a perseguir al bollito amarillo, o sea, a mí, por todos los rincones del palacio. Ese día...

Epílogo
Doger y el marqués: el duelo final

—T oce... de nuevo... ¿Duele? ¿Ahí?

—¿Y Gervais?

—Igual, te estás muriendo, Donalph... Basta. No te rías tanto... Te vas a atorar.

—Debe ser el momento en que con mayor satisfacción le has dicho a un paciente que está muriendo.

—Sabes la respuesta... No te rías. Toma, bebe... ¿Mejor?

—Sí, pero no alistes tus cosas, Gervais. No te vayas. Hablemos un poco.

—Tengo cosas que hacer y así no tuviera nada pendiente, no me complace tu compañía.

—Vamos, Gervais, no seas cruel con un hombre que está muriendo y te pide unos minutos de tu tiempo.

—Bueno, solo unos minutos, pero...

—Pero ¿qué?

—Responde esta pregunta: ¿por qué yo? Habiendo tantos médicos en Londres, teniendo tanto dinero, ¿por qué solicitas mis servicios? Justamente a mí, que sabes cuánto te desprecio.

—Por lo mismo, es mejor un médico que te odie, pero decente, que esos médicos serviles que se acercan a tu lecho de enfermo a cebarte como a un cerdo para prolongar tu existencia y ver cuánta plata pueden sacarte. Sé de tu odio hacia mí y, aun siendo el sentimiento recíproco, sé también que eres un médico intachable. Aunque gozarás con mi muerte, no me llevarás a ella antes de tiempo y, lo más importante, no prolongarás mi vida más allá de lo que el diablo pida.

—Al menos eres consciente de que irás al infierno.

—Gervais, me sorprendes, para ser un agnóstico confeso, hablas del infierno con mucha convicción.

—A estas alturas, tengo más dudas que en mi juventud, pero una de las razones por las que más deseo que todo sea verdad es para que personas como tú paguen eternamente tanta maldad.

—Yo sí creo. Creo, existe y me iré al infierno. A esta instancia, también ya no cabe pedir perdón, viví como quise. Y ante la pregunta por qué hice todo lo que hice, la respuesta es muy simple...: porque quise, porque pude. ¿Arrepentimientos? ¿Servirían? No lo creo. ¿Sabes quién viene a verme? La mujer pequeña, *lady Violet*.

—Como te hayas atrevido a faltarle el respeto, yo...

—No, claro que no. Dos de las razones por las que tuve tanto éxito en los negocios son: porque supe reconocer la superioridad de mis enemigos y por no

haber entrado en batallas que no podía ganar. Esa mujer es... es única... Nada que pudiera decir o hacer le causaría daño. Supo que se agravó mi enfermedad, que me queda poco tiempo de vida y, aunque cree, así me lo dijo, que mi alma no tiene salvación, era su deber de cristiana tener misericordia de mí y venir a decirme que pida a Dios perdón por mis pecados. Me trajo esa biblia perteneciente a su abuelo y libros de biografías de santos. Dijo que me dedicara a transcribirlos, a ver si de esa manera expiaba tanta depravación. Me hizo reír. Es única en verdad. No me mires así, la escuché en silencio, con respeto, no hice mofa ni me burlé de nada de lo que dijo. Hasta di mi consentimiento para que el trastornado del barón Bayle viniera a verme para rezar por mi salvación.

—¿Le preguntaste de tu hijo?

—Hija. Sí, lo hice, al aducir que iba a morir y quería dejar a mi vástago y único heredero mi fortuna.

—¿Y?

—Se negó a decírmelo, aunque dudó, no por el dinero, está convencida de que mi hija jamás aceptaría un solo centavo de mi fortuna. Dudaba porque no le gustaba decir mentiras, que este secreto le incomodaba, pero luego pensó que no era correcto, su difunto esposo jamás lo hubiese consentido y, en memoria a él, callaría.

—Es lo correcto. Sería un profundo pesar para tu hija saber que eres su progenitor.

—No, le pregunté si esa era la razón y me dijo que no, que sus hijos eran muy sanos, de corazón fuerte, que saber sus parentescos les causaría, como máximo, una pequeña desazón que les duraría unas cuantas horas, ellos se sabían hijos de corazón y alma de Ian, un padre que los amó tanto que una causalidad biológica no cambiaría en nada sus afectos.

—Es cierto. Los Townsend criaron hijos muy buenos, decentes y fuertes.

—Ese Ian Townsend tuvo mucha suerte. ¿Tú crees que si hubiese yo conocido una mujer como en ella en mi juventud, mi vida hubiese sido diferente?

—No, eres un depravado, enfermo.

—Directo y al cuello, qué gracioso eres, Gervais...

—No hubiese reconocido su valor, como se lo oí decir una vez a Ian Townsend. Las personas egoístas, en tu caso malvadas, no pueden amar. No por mucho tiempo. Ella lo amó porque él estuvo a su altura. Noble, bueno y decente, no se hubiese conformado con menos. En tu caso, ni te hubiese mirado.

—Seguro, pero es tan simpática... Me gritó media hora por mis malas acciones y luego dijo que, a partir de ese día, rezaría todos los días por la salvación de mi alma, junto a las oraciones que dedicaba a su cuñado. Al principio creía que era tonta, simple. Luego descubrí... Me dijo que si de niño me hubiesen enseñado a amar y a temer a Dios, no sería lo que soy. Su

inocencia me dejó conmovido. Por primera vez en décadas, sentí la presencia de Dios en alguien... No me malinterpretes, si hubiese podido, la hubiera ahorcado con mis propias manos para sentir ese amor de Dios o para prolongar mi existencia, pero supongo que reflexioné sobre el equilibrio del mundo: para personas como yo, nacen personas como ella, ¿cómo la llamó Gertrudis en el juicio? Sí, «perfectamente buena», para equilibrar la balanza.

—¿Estás seguro de que no comienzas a sentir remordimientos?

—No, Gervais. Crucé la línea hace tiempo. Vendí mi alma por lujos, mujeres, placer...

—Depravación.

—Depravación, y me toca pagar.

—Bueno, Donalph, aunque entretenida tu charla, me marchó.

—No, no lo hagas. Por favor, quédate un tiempo más. Ahora que puedo, te contaré lo que quieras saber de mí, todo.

—No necesito saber más de ti, aunque...

—Aunque...

—Hace unos días, una anciana vino a verme. Se presentó a mi casa como la madre de Armand Dextre. Sí, tu asistente, que ahora todos culpan de la muerte de tus otros amigos. Me pidió, por favor, que le dijeras su paradero, que tú sabías.

—¿Y por qué habría de saberlo yo?

—Dextre, durante años, chantajeó a tus amigos de la lista de Beatriz. Algo tuvo que ver con tu venganza.

—¿Te interesa?

—Solo curiosidad.

—*Do ut des*^[13]

—No es para tanto, el nombre de tu hija morirá conmigo.

—Bueno, lo intenté, pero no te marches, te contaré de Armand y de mis amigos, no te vayas, siéntate. Vamos, Gervais, estás viejo ni pacientes tienes. Siéntate, es una buena historia y soy un buen narrador. Eso, siéntate. Primero te diré por qué. Él también complotó para alejarme de mi dulce Beatriz. Sí, mi fiel asistente. Mi secretario por años. Yo lo hice rico y me traicionó para hacerse más rico. Él les dijo a mis amigos de la existencia de Beatriz, Gervais. ¿Por qué no me diste esa lista antes?

—Beatriz quería ser vengada, pero pidió hasta el último suspiro a *lady Violet*, que estuvo presente en el parto, que cuidara a su hijo. La promesa de cuidar al niño era más importante que tu venganza. Así lo decidió *lady Violet* y, sobre todo, Ian. Él estaba convencido de que lo mejor para ese niño, la mejor manera de cuidarlo era al alejarlo de ti. Eres un monstruo y como tal terminarías destruyéndolo. Opiné igual. Prioridad.

—Hicieron lo correcto. Mi hija creció rodeada de amor, nunca le faltó nada.

Le dieron la felicidad que yo no le hubiese dado. Volviendo a mi venganza...

—Potter. Moore y Matheus.

—Lamento no haberlo descubierto antes. En ese momento, me cegué, pero luego me pareció lo más lógico, esos malditos estaban molestos conmigo porque ya no quería participar en sus orgías, siendo el que generalmente les proporcionaba las mujeres y demás entretenimientos. Me acosaban con preguntas del porqué me había retirado a vivir fuera de la ciudad. Supieron de Beatriz y quisieron saber qué tenía de especial. Pero, la verdad, fueron manipulados por Hopkins. Este sabía que estaba embarazada, él la quería muerta por las razones que te dije.

—Y se enteraron de Beatriz por Armand.

—Ese perro se delató solo. Cuando me diste la lista, comencé a hacer mis planes y se puso muy nervioso. Lo hice seguir y fue directo a la mansión de Potter, pero no actué de inmediato. Fingí locura y lo despedí tras darle mucho dinero para que no desconfiara de mí.

—¿Qué le hiciste a Armand? No, no quiero saber.

—Le arranqué las orejas... primero.

—¡Basta!

—Perdón, pero fue el más prosaico de todos. La ira me ganó y no fue correcto. La venganza se disfruta si no es solo por rabia. Dile a la madre que lamentablemente no encontrarán nunca el cadáver. Terminó como comida para cerdos. Quizás ya se lo comieron en salchichas.

—No es gracioso.

—No, no lo es, pero para mí fue justo. Con Potter lo hice mejor.

—Encontraron lo que quedó de su cadáver en un campanario.

—¿Sabes por qué lo hice ahí? Ese campanario pertenecía a una casa de huérfanas de la guerra, se presentaba como benefactor, pero era donde sacaba niñas para sus orgías, sus...

—Basta.

—Si en algo Dios se comparecerá de mí, es en que, a diferencia de Potter y Moore, nunca me gustaron los niños o niñas. Déjame contarte los detalles... ¿no? ... ¡Ah, Gervais!, haces perder la diversión, pero puedo decir que sufrió mucho, literalmente dejó este mundo a pedazos... Ya no te molestes... Hice que toda su fortuna la dejara a obras de caridad.

—Para ser alguien que no le teme al infierno, estás muy ansioso de quedar bien, con ¿ya sabes?

—¿Con Dios? Puede ser, pero esta venganza me ha permitido vivir estos últimos años con algo de placer. Y sí, tengo miedo de lo que me espera, lo confieso, pero no quiero dar mi brazo a torcer. Potter era un hombre más perverso que yo, ni tú, ni nadie sabían que formaba parte de nuestro grupo y eso era lo que más me molestaba de él, nunca mostró su verdadera cara. Al

menos eso no podrán decir de mí, hipócrita nunca fui.

—Fuiste, honestamente, un maldito.

—Si puedes, alguna vez dile a la mujer pequeña que nunca me metí con niños.

—¿Por qué?

—No lo sé, nunca me importó la opinión de los demás, pero quiero que ella... lo sepa, no sé por qué.

—Nunca le hablaré de ti, ni para bien, ni para mal. Es una persona que tiene muchas cosas buenas en qué pensar, y no creo que tú seas digno de ocupar sus pensamientos.

—Está bien, tienes razón, pero lo que digo es cierto, siempre me gustaron las mujeres, ya grandes, con cuerpos de hembras, grandes senos, fuertes piernas y gran...

—¡Basta!

—¡Gervais, qué aburrido eres! Bueno, Potter, el gran hipócrita, vestía levita negra e iba a la iglesia todos los domingos con su esposa, con su biblia en mano y al lado de esa horrible mujer.

—Quizás ella era también una víctima.

—No, qué va. Era su secuaz, sabía la muy asquerosa, sabía quién era su marido, llevaba a casa niñas púberes para el trabajo doméstico y cuando estas salían embarazadas, ella misma las llevaba a las comadronas para que abortaran. Decía que prefería que su esposo hiciera esas asquerosidades en casa, antes de enfermarse con males de putas. Hipócrita, se rasgaba las vestiduras en público hablando de la indecencia de damas como tu amiga Helen por divorciarse, o vomitaba cosas terribles de *lady* Violet por adoptar niños de la calle, y no tenía ningún reparo en tener acondicionado cuartos en su propia casa donde su esposo daba rienda suelta a sus perversiones. Cuando se aburría de las niñas, ella misma les compraba un vestido nuevo, les daba dos monedas de plata y las tiraba a las calles de Whitechapel. Pero ella también pagó. ¿Sabes qué hice?

—No.

—Fue muy divertido. Con esto de las fotografías, comenzó a coleccionarlas, hasta se montó un estudio en su casa, donde se fotografiaba con sus musas. Ordené que las esparcieran alrededor de su cadáver. No solo lo destruí a él, lo desenmascaré delante de toda la sociedad, lo torturé hasta que dejó toda su fortuna a ese orfanato donde fue encontrado. La vieja bruja se quedó sin un quinto, está viviendo de la caridad en casa de unas tías lejanas y remienda ropas para subsistir. Me encargué de cerrarle todas las puertas y de hacer correr los rumores de lo que pasaba en su casa. Todos saben qué clase de personas eran.

—¿Y Moore? Lo encontraron en el centro de Londres totalmente

desfigurado.

—Moore, de todos nosotros, era el más avaro y codicioso. Nació en la pobreza, en realidad era hijo de un carbonero y una prostituta de los bajos fondos. Desde joven se dedicó también a la prostitución, él mismo me lo contó. Se hacía de amantes ricos y poderosos, conseguía favores o los terminaba chantajeando. Así, amasó su fortuna. A mediana edad, se volvió un hombre respetable de negocios, viudo tempranamente y en extrañas circunstancias... Sin detalles, ya lo sé... En realidad, detestaba a las mujeres. Las odiaba, su gozo era el sufrimiento, hacerlas sufrir, verlas llorar era lo que le excitaba. No era de mi agrado. De solo imaginar lo que le hizo a mi pobre Beatriz, yo... Primero comencé a sabotear sus negocios. Durante la guerra hizo malos negocios y se metió a la especulación. En un año lo arruiné, lo llené de deudas, de acreedores. Desesperado, a su vejez volvió a prostituirse por dinero...

—¡Basta!

—Con él no me ensucié las manos. Lo mataron dos prostitutas que él, en sus juegos perversos, les había desfigurado el rostro. ¡Oh, Gervais!, en tus oraciones pide a Dios que te salve de la furia de una mujer... No sabes lo que le hicieron...

—¿Matheus?

—Matheus... Este era un ser extraño. Entró al mundo de nuestras fiestas...

—Orgías.

—Sí, orgías. Como te decía, entró para informarse. Era noble, pero estaba en ruina. Creo que ni le gustaba el sexo. Para él era solo un negocio. ¿Sabes cómo hizo su fortuna el hijo de la familia más noble de Inglaterra? Como un vulgar proxeneta. Traía mujeres, niñas y niños de todas partes del mundo para esclavizarlos. Con los años logró montar una organización dedicada a la prostitución tan bien estructurada que nunca se supo quién era la cabeza, hasta que yo lo descubrí. Hubiese querido destrozarlo. Una noche contraté unos forajidos e irrumpieron su casa, lo llevaron vendado a una cárcel acondicionada para él, le hicieron lo que él hacía con sus esclavos sexuales, día y noche. Estaba sujeto por la muñeca con grilletes hasta que, preso de la desesperación, se arrancó la mano con sus propios dientes y huyó por una alcantarilla. Las heridas se le infectaron y lo encontraron muerto en una saliente del Támesis. Igual, toda su fortuna fue dejada a los pobres, no sin antes hacer públicos sus oscuros negocios. Saqué a la luz sus clientes, proveedores, todo.

—*Acta est fabula*^[14]

—¿No tienes remordimientos, Gervais? Si los hubiese matado antes, ¿cuántas vidas hubiésemos salvado?

—Pediré perdón por ello, pero no me arrepiento. Salvé la vida de tu hijo al alejarlo de ti.

—Cuando llegó el turno de Hopkins, mi objetivo era llevarle la cabeza del hijo que buscaba por tantos años y hacerla rodar a sus pies, pero hubo un gran

problema: descubrí que era uno de los hijos adoptados por los Townsend, tu adorado Josué.

—¿Cómo lo descubriste?

—Cuando Gertrudis desapareció, siempre tuve la certeza de que la mujer pequeña tenía que ver en todo eso, que la había ayudado huir. Gertrudis nunca hubiese tenido el valor para hacerlo ella sola. Entonces comencé a poner espías en la casa de los Townsend: jornaleros, doncellas etc. Nunca supe de Gertrudis, pero sí me contaban de los niños que habían adoptados. Cuando pasaban los meses, los espías, admirados y enamorados por la bondad de la señora Townsend, desertaban, pero resultó que uno de ellos me contó sobre el niño que encontraron en la entrada de la casa, con unas mantas sucias y una nota que decía: «Josué». Unos años después, ese criado esporádicamente regresaba a la casa para mantenerme al tanto y fue entonces que me comentó un hecho particular: unas notas de un supuesto chantaje a los Townsend en las que se los amenazaba con revelar que el niño era adoptado. Fue lo que dijo Ian a Violet, pero no fue así. Este empleado leyó la nota. Era de la madre de Josué, quien le pedía ayuda para salir del país porque el padre del niño, un hombre muy rico y poderoso, había perdido a sus hijos legítimos y se había enterado de la existencia del niño, por lo que quería reclamarlo. Ian calló ese secreto.

—Nunca se le dijo a nadie, ni a su esposa, que la madre de Josué existía y que el padre también. Supongo que pensó lo mismo que tú, que el niño estaría mejor con ellos.

—Me acordé de esa historia y de la de mi primo. Uní las piezas y engranaban perfectamente. Comencé a enviarle notas a Hopkins en las que le confirmaba la existencia de su hijo. Sin decirle el nombre, lo chantajeaba y le sacaba mucho dinero. Luego le conté la verdad a Josué Townsend y pude gozar de ver a mi primo retorcerse ante la mirada de asco de su único hijo. El resto de la historia ya la sabes.

—¿Se lo contaste a *lady* Violet?

—No, y si no me dices quién es mi hija, lo haré. Sufrirá mucho por el engaño de su esposo...

—¡Ay, Donalphy!, no has entendido nada de este juego. ¿Cuánto crees que sufrirá *lady* Violet cuando le cuentes la verdad?

—Unas cuantas horas, perdonará al hijo y al esposo por el engaño.

—¿Y?

—No lo haré... estaba blufando. Además, la mujer pequeña es la única que reza por mí. Lo dejaré ahí. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque sé la verdad. Solo quiero que lo confirmes. Siempre fui tosco, feo, desagradable, pero siempre estuve un paso delante de todos con mi inteligencia. La respuesta estaba delante de mí. La misma edad, una se parecía a

Beatriz y la otra a mí, el carácter de ambos, lo mejor de los dos, entonces, lo más lógico: las dos son mis hijas, mellizas. Beatriz venía de una madre melliza. Se hereda. Nació Katy o Amy, y pensaron separarlas para evitar que yo diera con ellas. Una ocultaría la identidad de la otra. A mi Katy te la llevaste fuera de Londres apenas nació. Pensaste que Amy moriría pronto por nacer con muy poco peso. Si yo llegaba a ustedes, me dirías que mi hija murió, pero ella vivió. Cambio de planes: Violet te obligó a que trajeras a su otra hija. Las dos son mías.

—Ellas lo saben.

—¿Mis hijas saben de mí?

—Violet se los contó cuando quisiste chantajear a Josué. Les causó un poco de tristeza saber que eres su padre biológico, pero se alegraron enormemente de saberse hermanas.

—No han venido a verme. ¿Por qué?

—Su madre se los pidió, pero ellas decidieron que a su padre no le hubiese gustado saberlas aquí. Solo reconocen un padre: Ian.

—Mis hijas...

—Quizás, en algún momento...

—No, está bien, que no vengan. Algo bueno en mí hubo en este mundo, mi amor por Beatriz, y dio su fruto: dos hermosas hijas. Está bien, confirmé mis dudas y Beatriz descansa en paz. Los Townsend fueron lo mejor que les pudo haber pasado. Está bien. Gervais, abre esa gaveta, esos escritos... Sí, esos. El primer sobre es mi testamento. Te dejo a ti toda mi fortuna...

—No te rías.

—Es mi venganza contra ti, dirán que actuaste sin ética para quedarte con mi dinero.

—No te rías, te atorarás de nuevo.

—Dame ese brandy, sírveme, brindaré por mis hijas amadas y bellas, y porque tiraré tu fama de hombre correcto al suelo.

—Bebe despacio.

—¿Quieres un poco? No, no hay para ti. No sabrías apreciar este brebaje de los dioses.

—No aceptaré tu dinero.

—Lo harás. Regálalo a los pobres, mantén orfanatos o esas tonterías propias de ti. Quería dárselo a las hijas de mi amada Beatriz, pero no lo recibirían. Le darás buen uso. Solo una cosa te pido a cambio, Richard. Toma esto. Por favor, entiérralo en la tumba de Beatriz, sé que sabes dónde está.

—Eso sí puedo hacer por ti. Respira despacio, estás muy agitado.

—Estoy mejor. En un segundo sobre... Ese, sí. Esas son mis memorias. La mujer pequeña me dio la idea, pero en vez de transcribir biografías de santos, escribí la mía. Ahí está mi vida y, aunque te cueste digerirlo, la gocé. Bien se dice que recordar es vivir dos veces. En estas páginas están narradas mis orgías, mis

amantes del club de depravados y luego los detalles de mi venganza, paso a paso, sin omitir ninguna canallada. Hazlo llegar a un editor, quiero que el mundo conozca mi vida y que sepa que la disfruté a mi manera.

—¿Por qué estás haciendo todo esto?... ¡Maldito imbécil!... ¿Qué tenía el *brandy*?

—Lo que le diste a Hopkins. Mira cómo me río de ti. Es tarde, Richard, otro paciente que se muere a tu vista. El veneno ya está haciendo efecto y, como sabes, no dejará rastro, es tarde. ¿Crees que viviría el tiempo suficiente para pedir perdón? Basta, no te acerques, es el fin. Me voy como vine. Mi último gran pecado... El infierno me espera.

Gervais vio al hombre cambiar de color, ahogarse con su propia saliva y, en un rictus de dolor, abandonar este mundo. Mandó llamar a la guardia, pero antes guardó el testamento. Y en un acto de piedad, quizás hasta de simpatía por el marqués de Rogarth, arrojó sus memorias al fuego.

Fin

Agradecimientos

A Selección BdB, a la editorial Penguin Random House y a Lola Gude, por darme la oportunidad de poder contar la historia de los Townsend.

Si te ha gustado
Hasta que regresen
te recomendamos comenzar a leer
Corazón congelado
de *Camilla Mora*



Prólogo

Él sujeto le clavó los dedos en las caderas y comenzó a marcarle el ritmo, moviéndola hacia arriba y abajo, mientras jadeos salían de su boca apestosa y

medio abierta. Era una imagen que Ange esperaba poder borrar de su mente apenas todo ello terminara, al igual que la suciedad que parecía bañarla por fuera y que se filtraba hacia dentro de su ser.

—¡Vamos, muñeca! Pon más entusiasmo, no pagué para esto —la regañó con brusquedad. La empujó hacia arriba con su pubis y casi la hace caerse de encima de él, además de que el sudor que lo cubría la instaba a resbalarse.

El asco viajó desde su estómago hasta instalársele en la garganta, y Ange solo se concentró en no vomitar sobre el abdomen del hombre que retozaba debajo de ella y disfrutaba de lo que había pagado, sin importarle que ella solo fingiera. Las lágrimas amenazaron con escapar de sus ojos, pero las obligó a mantenerse donde estaban. No lloraría, no sería débil cuando no podía darse el lujo de serlo.

Los olores a suciedad y sudor inundaban su nariz y las náuseas la asaltaron. Se concentró en respirar hondo y hacer que su cuerpo subiera y bajara sobre las caderas de ese ser despreciable. Al menos, le había concedido que mantuviera las luces apagadas y no tener que distinguir su físico excedido en peso ni sus expresiones lujuriosas que solo aumentarían su malestar estomacal.

Tuvo que repetir la frase que venía diciéndose en la mente desde que había entrado en ese motel de mala muerte: «Es por ella, lo haces solo por ella». Debía recordárselo si no quería sumirse en un pozo de podredumbre del que jamás pudiera escapar. Se reprodujo como un disco rayado en su cabeza, como su mantra personal que le brindaba la paz que precisaba para hacer frente a un presente desgarrador.

Maldijo al hombre que las había dejado en la estacada, que nunca se había preocupado por ellas, y juró que, al menos, obtendría del hijo de puta que había puesto su esperma dentro de ella y de lo que había resultado un ser maravilloso como su hija, Miranda, lo que a ella le correspondía. Pero, en ese momento, debía limitarse a darle placer al tipo que tenía entre sus piernas y que gozara como para ganarse el gran monto de dinero que le había prometido por ser su puta por una noche.

Capítulo 1

Tres años después

Andy caminaba a su lado con las manos en los bolsillos delanteros de su *jean* y con la mirada baja. Él había insistido en acompañarla hasta la puerta del edificio de apartamentos donde vivía, después de la cita que había tenido.

Los nervios la colmaban por dentro. ¿Qué debía hacer? ¿Besarlo? Era lo esperable, dado que volvían de su primera velada, ¿cierto? Sin embargo, algo en todo ello no parecía correcto.

Miró de reojo al hombre que tenía un aspecto tipo *híster* con sus lentes con armazón de acetato. Por lo que había oído, desde que habían dejado la empresa Hayworth y habían fundado la agencia publicitaria S&P, Andy había abandonado su apariencia seria para reemplazarla por la que usaba en su vida privada, más relajada y un tanto *vintage*. Lo que también aplicaba a dejar de utilizar las lentes de contacto que cubrían sus ojos de un azul tan tenue que apenas se distinguía.

Llegaron a las escaleras de granito y se detuvieron. Él abrió la boca para decir algo, pero ninguna palabra salió de sus labios entreabiertos. Andy sonrió, ruborizado, y le rehuyó la mirada con la suya, tan clara como el agua cristalina. Era un hombre muy atractivo, con sus modales caballerescos y su simpatía. Tal vez solo debía obligarse a sentir algo por él y lo demás vendría después. Muchas veces había oído que el amor venía con el tiempo, ¿sería así? ¿Una podía acostumbrarse a amar a alguien? ¿Se podía cimentar una relación sobre la amistad? Andy era uno de los mejores hombres que había conocido y quería a toda costa sentir algo más por él, sin embargo, el hecho de que disfrutaran de alguna intimidad física la asqueaba y no creía que pudiera tolerarlo.

Él parecía igual de indeciso que ella y hasta reacio al tan esperado beso de despedida por tantas otras parejas en las mismas circunstancias, claro que no eran ellos. ¿Por qué vivían ese instante como una penuria? La cita había ido de maravilla. Habían concurrido a uno de los restaurantes de moda de Manhattan, uno que se había inaugurado hacía unos meses y que no era tan caro como para que no pudieran compartir los gastos. Ange jamás consentiría que un hombre le pagara absolutamente nada.

—Bien —dijo Andy. Parecía que lo había asaltado una escasez de palabras, algo que Ange jamás creía que presenciara. Andrew era una de esas personas

que no se callaban jamás y hablaba hasta por los codos—. Hemos llegado. —Él le tomó los dedos de una mano y jugueteó con ellos sin alzar los ojos hacia ella.

—La pasé muy bien. —Ange subió un par de escalones y se volteó hacia él, que continuaba a los pies de la escalera y con su mano en la suya. Quedaban casi a la misma altura, dado que Ange era una persona menuda y un tanto pequeña.

Sus ojos se conectaron y Ange lo supo, era el momento del beso. Ese beso tan ansiado por otras parejas, la culminación de una cita perfecta, pero para ella era un intercambio que solo quería que sucediera lo más rápido posible para correr escalera arriba y encerrarse en la quietud de su apartamento.

Él tiró con suavidad de sus dedos para que se inclinara; sus labios apenas se rozaron en un beso dulce. No intentó sujetarla, atraerla hacia él ni aprovecharse de ninguna manera. Andy era lo que era: un caballero y una ternura de hombre.

«¡Quiero sentir algo!», se gritó en la mente para darle la orden a su corazón, que se hizo el tonto y se negó a alterar la frecuencia lenta de sus latidos. Ningún sentimiento amoroso afloró en ella. Sus labios se separaron. Los ojos claros se clavaron en los suyos, oscuros, y no sintió nada, continuó tan fría como siempre. Era como si una mano gélida tuviera atrapado al órgano en medio de su pecho. Ella notó que Andy buscaba algo en su expresión, algo que no hallaba, por lo que Ange le sonrió y le pasó una mano por la mejilla en una breve caricia.

—Gracias por todo, Andy.

—Espera. —Él atrapó su mano y la observó con atención—. Lo lograremos, Ange, solo tenemos que esforzarnos.

No había forma de hacerse la desentendida de lo que él implicaba.

—Andy... —se compadeció.

—¡Vamos! Solo tenemos que...

Él tampoco había sentido lo que se debería. Ella ya lo había notado. Él era tan especial; Andy había intentado con energía despertar algo en ella, algo que no había conseguido reavivar, sin embargo, estaba decidido a que lo de ellos funcionara. ¿Por qué? No llegaba a comprenderlo. A pesar de las características positivas que se veían a plena vista de Andrew Morgan, había una capa bien profunda, un tanto oscura, y que ella no llegaba a dilucidar. Era un ser complejo y no creía que ella fuera la mujer que debía desenterrar lo que él guardaba en su interior.

Ella intentó recuperar su mano, dispuesta a continuar su camino escaleras arriba, pero él la aferró con mayor fuerza.

—Ange...

Se volteó y posó una mano en la pared de ladrillos a la vista.

—Bien, planifiquemos otra salida.

—No lo llamaremos cita, sino una oportunidad para las... —Andy se encogió de hombros y volvió a enterrar las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Chispas —concluyeron al mismo tiempo.

Eso era con exactitud lo que había faltado: chispas. Ni fuegos artificiales. Había sido una idiota. Una idiota por haber tenido un anhelo durante toda la velada de que su corazón volviera a sentir alguna emoción por un hombre, uno que realmente valía la pena. ¿Pero para qué engañarse? Ange había creído que con un encanto como Andy el suelo se le movería bajo los pies al unir sus bocas y... no había sucedido nada. Ni siquiera un leve temblor al pasar los automóviles por la calle.

Se despidieron y Ange se apresuró a estar dentro de su apartamento, como si con eso volviera a su equilibrio, a la seguridad a la que estaba acostumbrada.

—¿Cómo te fue? —preguntó su madre al salir de la cocina con un paño en las manos.

—Bien.

—¿Solo bien?

Ange no le respondió, sino que se dejó caer en el sofá que estaba en medio del pequeño living. Habían conseguido mudarse a un hogar decente gracias a que Ange había comenzado a trabajar en la agencia de publicidad S&P. Había sido por obra de una chica que había conocido en un mugroso empleo como camarera de un tugurio de comida chatarra. Keyla y ella habían congeniado desde el inicio y, cuando Key se fue a trabajar en la agencia del que luego sería su novio, la había propuesto a ella como recepcionista. Y lo más sorprendente era que la habían contratado, Mark, el novio de Key, y su socio, Alex, a pesar de que su currículo demostraba que no tenía experiencia en el área.

Subió los pies sobre el sofá verdoso, se abrazó las rodillas y dejó caer la frente encima de estas.

—¿Cariño? ¿Estás segura de que fue bien? —Su madre se acercó, se acomodó a su lado y le posó una mano en un hombro. Siempre habían estado juntas y era la persona que la apoyaba desde que tenía registro en su memoria. Sin su madre, no sabía qué hubiera hecho con Miranda y todo lo que habían tenido que afrontar desde que supieron de su diagnóstico.

—Sí, mamá. Es solo que...

—No es él, ¿verdad? —finalizó por ella—. No es el indicado. —La expresión de adoración que tenía la mujer que la había tenido a los veinte años dentro de un matrimonio colmado de amor, pero que había enviudado muy joven, con apenas unos treinta y cinco, la hizo sentir aún más vacía.

—No es que no sea él —explicó al anidar su barbilla en sus rodillas—, es que creo que no existe un él para mí, mamá —concluyó sin emoción alguna. Se sentía muerta por dentro, como una zombi de esas películas que tanto encantaban a Andy. Una muerta en vida.

—Oh, claro que sí, cariño. —Le apretó una mano con la suya, cálida y consoladora—. Solo no lo has encontrado aún.

—Pero Andy es tan... —No supo cómo proseguir, eran tantas las cualidades

maravillosas que él poseía que le parecía mentira no estar rendida a sus pies.

—Oh, Andrew es perfecto, tengo que admitirlo. Pero él no es para ti, mi vida —desestimó su madre—. La perfección no va contigo, eso te lo digo como que soy tu madre y te tuve nueve meses en mi vientre.

—¿Y por qué no, mamá? ¿Acaso solo puedo enamorarme de los cretinos e hijos de puta como el padre de Mirchus? —espetó en un tono bajo para que no escuchara su niña, que dormía en la habitación de junto, una que compartían.

El ambiente se tornó tenso y la ternura en el rostro de su madre mudó en enfado.

—A ver, Ángela. Déjate de estupideces, no digo que tu futuro sea tan desolador como para solo enamorarte de porquerías como el padre de tu hija. La mierda sucede, ahora está en ti superarla y salir adelante. ¡Deja de regodearte en esta! —escupió la mujer con evidente enfado.

Una sensación de dolor en el alma asaltó a Ange. Su madre no se merecía su negativismo, ella también había tenido que pasar por obstáculos para que las mujeres Mendoza avanzaran en la vida. Era una luchadora nata.

—Mamá, lo sien...

—¡Basta! Comienza a cambiar los ojos con los que miras la vida, cariño. No voy a tolerar que mines tu camino solo porque hayas tenido malas experiencias.

¿Acaso ella sabía qué tan profundamente malas habían sido? Buscó en la mirada igual a la suya y descubrió que no. Su madre solo hablaba del hombre que le había mentado, le había hecho creer en un futuro diferente para solo abandonarla a los pocos meses con una niña en su vientre y la sorpresa de que tenía una familia paralela.

—Volveré a salir con él —aseguró con ímpetu—. Veremos si algo surge con el tiempo.

—Son dos idiotas, eso es lo que son. —Su madre bufó en reprobación y retornó a la cocina a continuar secando la vajilla como todas las noches—. Recuerda que mañana me voy temprano hacia la casa de mi hermana por unos cuantos días, mi autobús parte a las ocho, así que debes retirar a Miranda de la escuela.

Ange asintió y su madre desapareció por la puerta. Recostó la mejilla en sus rodillas y una frialdad se le desparramó por dentro. Hacía años que lagrimas no caían de sus ojos, como si todo el dolor trascendido se las hubiera secado.

No tenía por qué tener pareja. Ella sería una madre soltera de por vida y se focalizaría en su hija y en su trabajo. Solo que... Solo que quería que Miranda conociera lo que era el amor de una familia completa, que experimentara lo que ella había vivido los pocos años en que había disfrutado de su padre antes de que falleciera.

El sentimiento que se habían prodigado su madre al cantar mientras

cocinaba y su padre al abrazarla por detrás apenas volvía del trabajo eran momentos que atesoraría en su mente de por vida. Esos rostros colmados de tanto sentimiento, quería eso para su hija. No la amargura que habitaba en su corazón.

Claro que Ange sentía amor, amor por Miranda y por su madre. Pero ella buscaba uno de otro estilo, ese que se sentía cuando los futuros de dos personas se unificaban, ese lazo que solo te amarraba a un ser por el resto de tu existencia.

Suspiró con profundidad y se alzó del sofá. Parecía que Miranda no tendría eso, así que se esmeraría en hacerla sentir la niña más amada del mundo. Porque su hija era su todo, su galaxia entera. Su razón para respirar cada día.



Hasta que regresen

La saga de la adorable familia Townsend llega a su fin. La terrible Primera Guerra Mundial no los deja exentos de las penurias. La muerte se hace presente en la familia y ni el paso de los años logra sanar aquella herida, puesto que Josué, uno de los sobrevivientes, se encierra y guarda para sí los detalles del trágico fallecimiento de uno de sus hermanos.

Sin embargo, la llegada de una desconocida joven francesa y su bebé revoluciona a la familia, al asegurarles que la pequeña no es ni más ni menos que una Townsend. Pero como si aquello fuera poco, una serie de extraños asesinatos y la intervención de un joven español hacen que la bella Bonnie, ya convertida en mujer, ponga en práctica sus conocimientos periodísticos. La investigación no solo desvelará oscuros secretos que pondrán en peligro a la familia, sino que también hará que la menor de los Townsend conozca al amor de su vida.

Los inolvidables Ian y Violet, junto con las tristezas y alegrías de sus hijos, cierran la historia de esta familia con un original y emocionante final.

Nunila de Mendoza nació en Lima, Perú, el primero de abril de 1973. Está casada, tiene dos hijos y es odontóloga. Escribe desde hace muchos años cuentos y novelas de ficción. Es una apasionada de la literatura inglesa romántica y ha sido finalista en concursos de escritura internacionales.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Nunila de Mendoza

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-38-8

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

[1] Que está en celo, especialmente, el cerdo.

[2] En español, «¡Por Dios, no!».

[3] Que es excesivamente tonto, estúpido o lelo.

[4] Meterse una persona en asuntos o problemas que no conoce, que no le competen o que no reportan ningún beneficio.

[5] Expresión española: «Lo que encontramos está muy bien», «Es divertido», «No hay problemas», «Todo son facilidades», «¡Es el paraíso!».

[6] En español «Mi Dios».

[7] Traducción del francés: «Esto no es correcto».

[8] Frase popular española para describir el sueño de un borracho.

[9] *El banquete de las castañas*, o también llamado *El ballet de las castañas*, fue una orgía que se llevó a cabo el 30 de octubre de 1501 en el Palacio

[10] En español, «Mi señor».

[11] Oh, amor, sí, sí.

[12] La batalla de Stenay fue la última y más absurda batalla de la Primera Guerra Mundial. El 8 de noviembre de 1918, el general norteamericano William M. Wright ordenó a la 89ª División del Ejército de los Estados Unidos atacar la ciudad de Stenay (Francia). Era un secreto a voces que el armisticio estaba cercano, por lo que la mayoría de los mandos de todos los ejércitos en lucha ordenaron a sus unidades permanecer tranquilas. Además, Stenay no tenía valor estratégico alguno; el único motivo que Wright tuvo para ordenar el ataque fue que la ciudad contaba con unos baños públicos que el general pensó que sus soldados podían usar para tomar un buen baño, asearse y afeitarse. En esta batalla inútilmente murieron sesenta soldados aliados y trescientas personas en total. El 11 de noviembre a las 11 a. m., el ejército aliado pudo entrar al pueblo sin derramar una gota de sangre. William M. Wright, aunque se lo denunció y fue investigado por este acto criminal, nunca fue sancionado.

[13] Latín que significa «Doy para que me des».

[14] Latín que significa «La historia se ha terminado».

Índice

[Hasta que regresen](#)

[Nota editorial](#)

[Parte uno](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Parte dos](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Parte tres](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Parte cuatro](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Parte cinco](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Nunila de Mendoza](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)